

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 6

50 Cents.



BARTOLOZZI

UN LIBRO ADMIRABLE

COLECCIÓN

DE CUATROCIENTAS CUARENTA Y NUEVE REPRODUCCIONES DE

CUADROS, DIBUJOS Y AGUAFUERTES

DE

DON FRANCISCO DE GOYA

PRECEDIDOS DE UN EPISTOLARIO DEL GRAN PINTOR Y DE LAS NOTICIAS BIOGRÁFICAS PUBLICADAS POR D. Francisco Zapater y Gómez EN 1860

LA PINTURA ESPAÑOLA es la más alta contribución de nuestro país al Arte universal. Greco, Velázquez, Mora es, Zurbarán, Ribera, Pantoja, Murillo, Coello y tantos otros nombres inmortales, son glorias que a la Humanidad ha dado el suelo español. Entre todos, con luz propia y luz singular, se destaca el genialísimo aragonés Don Francisco de Goya. Su personalidad crece sin cesar a lo ancho del concepto popular y a lo profundo de la estimación técnica. Goya es cada día más estudiado, más y mejor enaltecido. Su bibliografía, incesante y creciente.

No ofrecemos en este libro la figura de Goya a través del criterio particular de tal catedrático eminente o de tal crítico profesional. Ofrecemos, si se nos permite la expresión, a Goya mismo; así pintaba; y presentamos cerca de quinientas reproducciones de su

obra inmensa; así vivió; y damos su biografía más fidedigna; así era; y damos un epistolario en el que palpita con toda la pujanza original y atractiva de su temperamento irresistible.

Pretendemos, pues, que nuestro libro es el más goyesco de los libros sobre Goya, el más auténtico y directamente goyesco. Los diversos lectores obtendrán, por ventura, interpretaciones diversas de Goya; pero serán suyas: derivadas, sin intermediario, del mismo cauce original.

Tipográficamente, el libro es obra admirable que sólo por dicho aspecto se recomendaría. Impreso por procedimientos hasta ahora desconocidos en España, el libro resulta un álbum bellísimo, en el que los cuadros de Goya destacan perfectamente sus valores.

UN TOMO de 485 páginas, impreso en **estampa fototípica** sobre magnífico papel **couché** mate. Encuadernación en antilope fino con planchas de bronce grabadas a mano, según dibujo original, protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente. **50 PESETAS**

JUAN DE LA ENCINA

LOS MAESTROS DEL ARTE MODERNO

ESTUDIO Y REPRODUCCIONES (EN MAGNÍFICAS LÁMINAS FUERA DE TEXTO) DE LAS OBRAS DE

INGRES, COROT, DELACROIX, COURBET, PUVIS DE CHAVANNES, MEUNIER, MANET, ROPS, DEGAS, WHISTLER, FANTIN LATOUR, RODIN, ODILON REDON, MONET, PISSARRO, SISLEY, RENOIR, CÉZANNE, GAUGUIN, CARRIÈRE, VAN GOGH, TOULOUSE LAUTREC

Conocida y bien fundada la reputación del ilustre crítico de Arte JUAN DE LA ENCINA, no hay que encomiar el interés de este libro, en el que, con su claro y agudo juicio, describe la obra de los grandes precursores, cuya estela encontramos en cada manifestación del Arte contemporáneo.

UN TOMO DE 150 PÁGINAS, CON 45 LÁMINAS EN PAPEL COUCHÉ EN RÚSTICA, **12 PESETAS**. EN TELA, **14,50 PESETAS**

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL
NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Año I.—Núm. VI.

Miércoles 30 Septiembre 1925

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :: OTROS PAISES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.



(Foto Mme. Albin Guillot.)

MODELO JEAN PATOU

Pocas combinaciones pueden rivalizar, en suntuosidad sobria y discreta, con la del vestido de terciopelo negro y la capa de armiño de immaculado esplendor.

UNA NOCHE DELICIOSA

por (1)
P. G. WODEHOUSE



El semblante de Dudley Finch presentaba un aspecto lastimoso. Con las pupilas vidriosas de un hombre extenuado y próximo a perecer de inanición, miró el reloj una vez más. Marcaba las dos y cinco, y Roberta Wickam le había prometido venir a buscarle al *hall* del Claridge a la una y media en punto.

Un leve —un lánguido— sentimiento de reproche comenzaba a expandirse a través de Dudley. Por impío que fuese el pensamiento de admitir en aquella angelical criatura defecto alguno, no podía negarse que semejante predisposición para hacer esperar a un camarada a la hora de comer estaba tomando las proporciones de algo muy parecido a un lunar, sin el cual, por supuesto, la muchacha era la perfección misma. Dudley se puso en pie, y habiendo remolcado su flácida envoltura hasta la puerta, se semitambaleó hasta Brook-Street y quedó inmóvil en el zaguán avizorando los transeuntes como una lady Shallot masculina (2).

Recortado por el feble sol de Londres sobre el fondo oscuro del *hall* del Claridge, Dudley presentaba muy apreciable plasticidad. Un buen sastre le hubiera en tal momento definido como la encarnación de un ideal utópico. Desde su testa brillante y bien oliente hasta sus fúlgidos zapatos. Desde sus botines ala de pichón hasta los garridos colores de su corbata de ex alumno de Eton (3). Todo intachable. El crítico más exigente no hubiera podido menos de aplaudir. Quien al pasar por allí echase de ver tan impecable figura habría, sin duda, de pensar que si correspondía al tipo habitual de comensales del Claridge, el dueño del Claridge no podía menos de sentirse satisfecho.

No fué la admiración, sin embargo, lo que detuvo ante Dudley a un sujeto tocado de un sombrero blando, cuya traza hizo estremecerse a Dudley. El recién llegado, con visible sorpresa, quedóse mirando al que aguardaba.

—¿Qué veo? Te imaginaba camino de Australia.

—No estoy, no, repuso Dudley Finch, camino de Australia... —Y su pulida frente dibujó un entrecejo contrariado.— Rolie, buen viejo —añadió con mesurado reproche—, ¿cómo andas por Londres con semejante sombrero?

Roland Attwater era primo suyo, y a uno no le gusta ver a sus parientes exhibirse en una pinta lamentable.

—Aparte de que esa corbata no va bien con esos calcetines —y movió la cabeza tristemente. Roland era escritor y, lo que es peor aún, había sido educado en un colegio de categoría subalterna—. Harrow o algo así había oído Dudley que se llamaba (4). Pero con todo era realmente lamentable que Roland no tuviera un concepto más conveniente acerca de las cosas esenciales de la vida.

—Dejemos mi sombrero —dijo Roland—. ¿Cómo estás aquí en vez de estar camino de Australia?

—Muy sencillo. Broadhurst ha recibido un cable y no embarca hasta el 17.

o o o

Roland Attwater pareció tranquilizarse con la respuesta. Como todos los demás graves miembros de la familia sentíase hondamente preocupado por el porvenir de Dudley, punto acerca del cual no habían dejado de producirse ciertos leves roces, ciertas ligeras dificultades familiares en el intento de conciliar dos puntos de vista francamente encontrados. La familia había querido que Dudley trabajase en los negocios que su tío John tenía en la City, en tanto que Dudley aspiraba a encontrar algún *sportsman* suficientemente sensato para prestarle unos cientos de libras, con las que proyectaba establecer un nuevo *dancing*. El litigio estaba a punto de someterse a un arbitraje cuando Mr. Sampson Broadhurst, padrino de Dudley, llegó súbitamente de Australia y propuso al muchacho llevárselo consigo y enseñarle su negocio de ganadería lanar. Quiso la buena fortuna que Dudley fuera un empedernido lector de ese tipo de novelas en las que todo el mundo, automáticamente, en cuanto se

(1) P. G. Wodehouse es uno de los más famosos y más solicitados humoristas de la tierra del *humor*. Hemos querido ofrecer a los lectores de MUJER el regalo de un cuento titulado en inglés *The Awful Fate of the Miser*, sin cercenar una sola línea, porque apenas la hay sin encanto y sin gracia, aunque ello, y la falta de espacio, nos obligue a no dar íntegro el cuento en un sólo número según nuestra práctica habitual.

(2) Heroína de un poema inglés que, aguardando a su amante, espía su aparición desde la torre de un castillo.—(T.)

(3) Famosísimo colegio inglés donde se educa la más elevada clase social de Inglaterra. Como los demás, tiene su uniforme; y la corbata, exclusiva de sus alumnos, es como una patente de distinción.—(T.)

(4) Harrow es otro gran colegio inglés, tan calificado que presume de igualar, si no de superar, a Eton en categoría. Es necesario saber igualmente el amor de cada inglés a su *school* y el desdén que el colegial de cada una (pero especialmente de Eton o de Harrow) considera a los alumnos de los demás, para apreciar el ademán del personaje.—(T.)

va a Australia, hace una gran fortuna y resulta un héroe. Tal fué el origen de la decisión que rotundamente anunció al consejo de familia: que Australia le parecía una gran cosa y que no tenía dificultad que oponer al nuevo proyecto.

—Menos mal —dijo Roland—. Temí que a última hora te hubieses arrepentido.

Dudley sonrió.

—¡Chico, qué curiosa coincidencia de tu pensamiento con la realidad!... Curiosa, curiosa. Porque eso, precisa y justamente, eso es lo que estoy casi resuelto a hacer.

—¿Cómo?

—Ni más ni menos. Verás, mi buen Rolie —dijo Dudley en tono de confidencia—. Sucede que acabo de conocer a la muchacha más estupenda que puedes imaginarte. Y a veces, cuando me ronda por el magín la fecha fatal en que zarpará el barco y surge ante mí la imagen de todas esas leguas de agua que me separarían de *Ella*, resulta que la perspectiva no acaba de vencerme; y entonces suele ocurrírseme que sería una gran combinación reservar el camarote y las ovejas para mi respetable padrino, mientras yo opto por continuar bajo la luz sagrada del cielo nativo.

—¡Pero eso sería tremendo! No es posible que imagines tamaño disparate.

—¡Es una chica...! Lo más maravilloso que cabe soñar. Y además te conoce. Se llama Roberta Wickam. A mí me deja que la llame Bobbie. Es admi...

Pero se interrumpió bruscamente.

Sus ojos se iluminaron con tierna luz, y su semblante adquirió súbita expresión de bienaventuranza.

—¡Yo-ho! (1) —gritó.

Roland volvió la cara.

Una muchacha cruzaba la calle en aquel momento; una muchacha menuda y aniñada, con el pelo corto y deliciosamente rubio. Atravesaba la calle con todo el alegre desparpajo de una mujer que llega a almorzar con cuarenta minutos de retraso y no concede al suceso desmedida importancia.

Dudley Finch prorrumpió en nuevos, más alegres y recalcados *yo-ho!*

La muchacha se acercó sonriente y amable.

—No llego tarde, ¿verdad?

—¡Nada de tarde! —dijo amorosamente el arrobado Dudley—. ¡Nada en absoluto! También yo acabo de llegar.

—Me alegro. ¡Hola, Roland! ¿Qué tal?

—Bien. Muchas gracias —contestó Roland Attwater, con escueta cortesía.

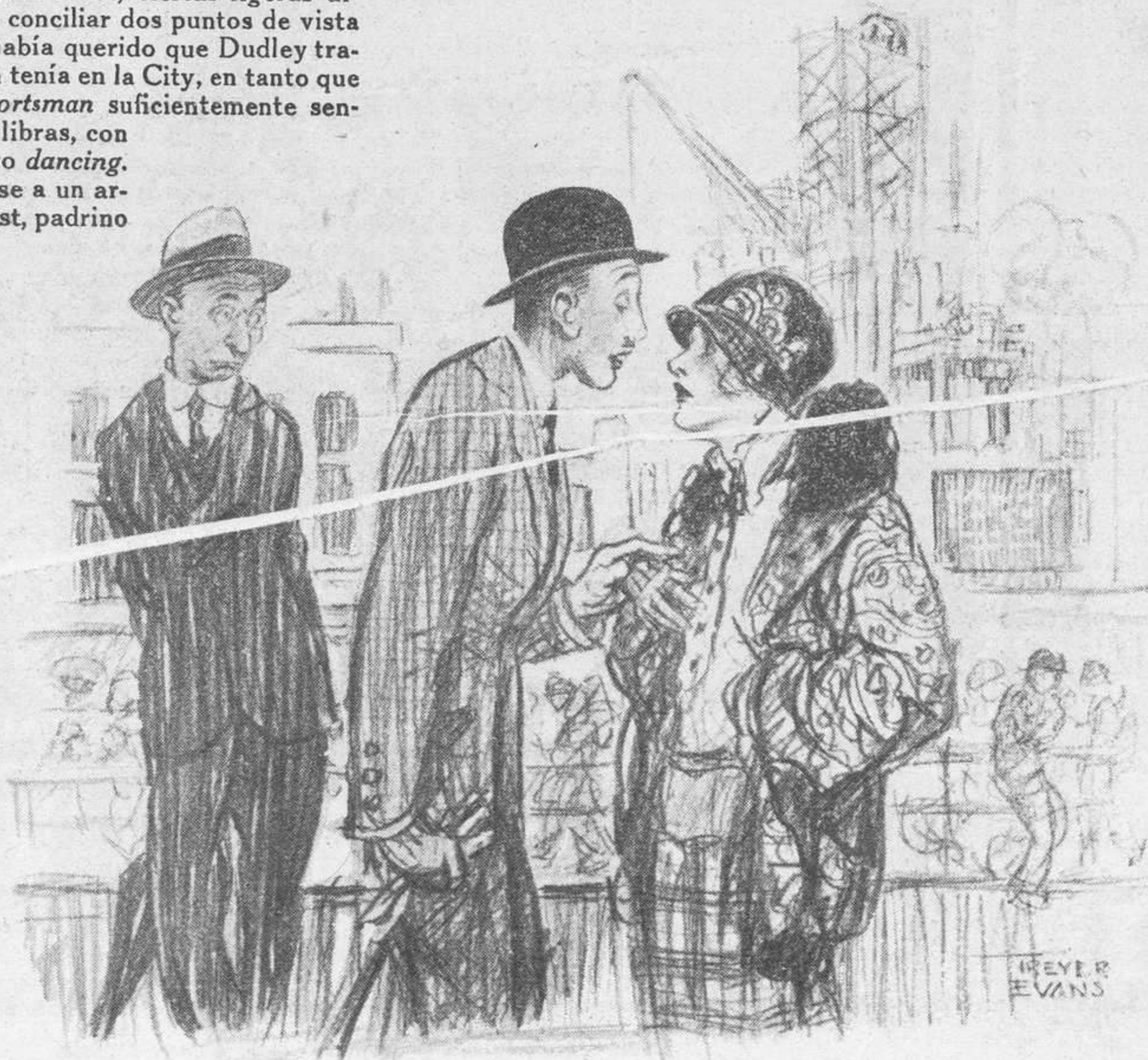
—Enhorabuena, ¿no?

—¿Por qué? —interrumpió Dudley, curioso.

—¿Por qué ha de ser, sino porque se casa?

—¡Ah, claro! —dijo Dudley.

(1) Voz arbitraria sin sentido propio.—(T.)



REYER
EVANS



Se había enterado hacía poco de que su primo se iba a casar con Lucy Moresby, e inmediatamente había pensado qué extremo grado de insensatez representaba el conocer a la divina Roberta y poder tomar en consideración a cualquiera otra mujer, que por ser otra había de ser tan inferior. Quizá ello proviniese de su estancia en Harrow.

—Mi enhorabuena más cordial.

—Gracias —dijo Roland, lacónico—. Bueno, tengo que marcharme... Mucho gusto... Adiós.

Y echó a andar hacia Grosvenor Square.

Parecióle a Dudley que su primo había estado demasiado seco.

—Este buen Rolie siempre tan brusco —dijo, mientras se sentaban a la mesa—. Se marchó tan de repente... ¿Verdad?

Miss Wickam suspiró:

—Sospecho que a Roland no le soy simpática; no le gusto.

—¿¿Que no le gusta usted?? —Y Dudley se tragó una patata, que en momento de más calma no hubiera dejado de advertir que estaba a unos 50° por encima de la temperatura adecuada para la deglución—. ¡Que no le gusta usted! —repitió con lágrimas en los ojos—. ¡Ese hombre es irremediabilmente idiota!

—En tiempos fuimos muy amigos —dijo Roberta tristemente—; pero desde aquella historia del lagarto...

—¿La historia del lagarto?...

—Roland tenía un lagarto, y yo lo cogí y lo llevé con nosotros a Hertfordshire una vez que Roland vino a pasar el *Week-end* (1) en casa. Y yo metí el lagarto dentro de la cama de otro invitado, y a mamá se le ocurrió que había sido Roland el que lo había metido, y Roland tuvo que marcharse de madrugada, en el tren de la leche. Temo que no se le ha olvidado aún...

—¿Y qué otra cosa podía usted haber hecho? —preguntó Dudley, tiernamente—. Digo yo: si un camarada tenía un lagarto, lo más natural era que se lo metiera usted en la cama a otro camarada.

—Justamente lo que yo pensé.

—Un lagarto no está a mano todos los días. Nada más lógico que aprovechar tan rara ocasión.

—Claro. Pues Roland no cayó en la cuenta. Ni mamá tampoco —añadió Miss Wickam, como pensativa.

—Por cierto —dijo Dudley— que tengo grandes deseos de conocerla.

—Bien fácil es. Mire: yo voy allí esta tarde. ¿Quiere venir?

—Pero... ¿De veras? ¿Podría ir?

—Naturalmente.

—Pero ¿sin avisar ni nada?

—No se preocupe. Le pondré un telegrama a mamá. Le encantará recibirle.

—¿Está usted segura?

—¡Segurísima! Le digo que encantada.

—¡Bravo! Yo contentísimo y agradecidísimo.

—Le llevo en el auto.

Dudley calló un instante. Buena porción de su beatitud pareció evaporarse de repente. Conocía las aptitudes de *chauffeuse* de Miss Wickam merced a una experiencia, durante la cual había vivido media docena de muertes en el brevísimo lapso de tiempo invertido en recorrer media milla en su auto.

—Si fuera lo mismo —dijo con cierta inquietud Dudley— yo creo que iría perfectamente en el tren.

—Eso, a su gusto. El mejor tren es el de las seis y cuarto. Llegará usted a buena hora para cenar.

—¿A las seis y cuarto? Magnífico. Por supuesto, en la estación de Liverpool Street, ¿no? Claro que simplemente un maletín, ¿verdad? ¡Espléndido! Bueno. ¿Usted está bien segura de que su madre no me juzgará entrometido...

—Le digo que no, que encantada de verle.

—¡Estupendo! —dijo Dudley.

□ □ □

A punto de salir de la estación de Liverpool Street estaba el tren de las seis y cuarto cuando Dudley introdujo en él su persona y la maleta correspondiente.

Camino de la estación se había detenido, no sin imprudencia, en el Drones Club, y mientras tomaba un refresco en el bar se había enzarzado con dos amigos en una interesante discusión.

Cuando se dió cuenta, tenía el tiempo estricto de dar un salto, correr al guardarropa, atrapar la maleta y coger un taxi al vuelo. Por fortuna, topó con un taxi excelente; y si es cierto que al llegar iba un tanto sin aliento, por lo demás todo iba bien. Reclinóse en el asiento y quedó pensativo.

La imagen de Bobbie trajo tras sí la evocación de su madre. No podía negarse que, de ir todo por buen camino, aquella madre, hasta el presente ignota, iba a jugar un papel de primer orden en la vida de Dudley. Con ella habría él de entenderse luego que Bobbie, volviendo los ojos tímidamente hacia el chaleco de Dudley, le hubiera musitado que le amaba desde el primer día.

—Lady Wickam —diría entonces él—. No, no Lady Wickam: ¡Madre!

Si; éste era sin duda un principio excelente. Lo demás sería facilísimo. Por supuesto, con tal que la madre fuese de la mejor calidad

de madres y se sintiese tal desde al principio. Retratando estaba *in mente* a Lady Wickam, y ya contemplaba complacido una afable dama de edad más que madura y dulce semblante, cuando el tren se detuvo en una estación, y el oportuno resplandor de un nombre estampado en un farol mostró a Dudley que había llegado el momento de bajar.

Unos veinte minutos después, un criado cogía su maleta y le invitaba a entrar en una habitación que parecía una especie de despacho.

—Milady, aquí está ese señor —dijo sin preámbulos el mayordomo—. Y se retiró.

—No deja de ser un tanto estrambótica la manera de anunciar a un huésped distinguido —empezaba a pensar Dudley—; pero no le fué dado insistir en tal reflexión, porque de un sillón que ante la mesa había, y en el cual hasta aquel momento había estado sentada escribiendo, alzóse inopinadamente una imponentísima persona cuya presencia suprimió un latido del corazón de Dudley. Recordaréis cómo el difunto Bingley Fox Esq. en sus gratas y verbosas Memorias (*Sesenta años de vida mundana*: Cook and Butterfield, Editores, 18 chelines) cuenta que la viuda del eminente político y dueño de una excelente jauría, Sir Apsley Wickam era «una de las tres bellísimas Miss Debenhams»; mas la belleza, como se ha dicho muy bien, es concepto relativo y subjetivo. Digamos, pues, sin vacilar, que los principales rasgos físicos de Lady Wickam no se ajustaban a los módulos de la belleza ideal, según el arquetipo de Dudley. Prefería él que los ojos femeninos fuesen en cierto modo algo diferente de una perforadora combinada con los Rayos X; y sus ideas en materia de barbillas no requerían inflexiblemente que esa parte del rostro tenga la consistencia del granito, ni traigan a la mente reminiscencias de la proa de un acorazado entrando en batalla. Sin duda, la madre de Bobbie podía estar encantada de recibirle, como Bobbie se lo había predicho; pero, en tal caso, debía de tener el deliberado propósito de disimularlo cuidadosamente. Y de pronto, como una ola en el mar, le embistió la convicción de que aquel traje a cuadros escoceses que él había escogido tan amorosamente resultaba, sin duda posible, de un chillón intolerable. En casa del sastre primero, después en el Drones Club, el terno parecía, no sólo agradable, sino hasta lleno de un optimismo contagioso; pero allí, en aquel ceñudo despacho, le daba todo el aspecto de un corredor de apuestas fugitivo.

—Muy tarde viene usted —dijo Lady Wickam.

—¿Tarde? —balbuceó ataragantándose Dudley.

Le había parecido que el tren llegara poco más o menos a su hora.

—Pensé que vendría usted a primera hora de la tarde. Ahora que quizá haya usted traído magnesio.

—¿Magnesio?

—¿No ha traído usted magnesio?

Dudley tragó saliva y movió la cabeza como volviendo a encargarla en su sitio. Se concedía él cierta autoridad en achaques de etiqueta, y presumía de conocer con detalle todos y cada uno de los adminículos que un muchacho de buena sociedad debe llevar consigo cuando va a pasar un par de días a una residencia campestre. Pero aquello era positivamente nuevo para él.

—No —dijo—; magnesio no he traído.

—Pero entonces —preguntó Lady Wickam, no sin cierta viveza—, ¿cree usted posible tomar fotografías a estas horas?

—¡Ah! —dijo Dudley vagamente—. Sí, sí, ya comprendo... Realmente la luz no puede ser más escasa. ¡Je, je...!

Lady Wickam pareció revestirse de cierta resignación.

—Claro que, supongo yo, podrán enviarnos mañana alguien.

—Nada más exacto ni indudable —afirmó Dudley vivamente.

—Entretanto le diré a usted que aquí es donde yo trabajo.

—¿Cómo? ¿Aquí? ¡Ah!

—Aquí. Todos mis libros han sido escritos en esta mesa.

—¡Aaah! Es un detalle sumamente interesante.

Y recordó que Bobbie le había contado que su madre escribía novelas.

—Sin embargo, donde suelo recibir la inspiración es en el jardín, generalmente en la rosetal. Me complace sentarme allí por las mañanas a pensar.

—¿Qué otro lugar más dulce y sugeridor? —dijo Dudley efusivamente.

Lady Wickam le miró inquisitivamente. Empezaba a darse cuenta de que todo aquello no era normal.

—¿Usted es del *Tocador de las Damas*? —le preguntó súbitamente.

—¿De qué? De... ¿cómo dice usted? —dijo Dudley.

—¿Es usted el redactor que el director del *Tocador de las Damas* iba a enviarme para hacerme una interviú?

Dudley pudo al fin *contestar* por vez primera:

—No, señora.

—¿No? —repuso cual un eco Lady Wickam.

—Rotunda y totalmente no, señora.

—Entonces... ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Dudley Finch, señora.

—¿Y a qué debo el honor de esta visita?

El tono de esta pregunta se pareció tan extraordinariamente al

(1) Fin de semana. Locución inglesa correspondiente al hábito de pasar en el campo sábado y domingo.—(T.)

Impresión sobre la obra de Papini: «Historia de Cristo».

¿Has leído esta obra, mujer? Es grande, inconmensurablemente grande, y deja al finalizarla un ansia de perfección que antes no sentías. Sin embargo, esa obra, como todas (todas las que merecen la pena), hay que *saber* leerla. Y no me vayáis a juzgar presuntuosa por esta frase: al decir saber, he debido más bien decir *querer*. Porque saber, desde que aprendemos a ello, todas sabemos leer: ahí la cosa, lo importante es, sabiendo..., *querer*. poner la voluntad, es decir, la atención plena en aquello que se lee.

Estaría encantada, mujer y hermana mía, de que si la has leído me digas tu impresión sobre ella. Aquí voy a esbozarte la mía, humilde: Papini, anarquista por largos años que fué, ha querido sintetizar en su obra toda, que Cristo lo era también. Pero una idea de anarquía santa, nada parecida a la criminal.

Hombre de talento y de grandes pasiones, encontró por fin, dichoso él, dónde poner su desbordante idea de amor: estudió, como quizás nadie ha estudiado, lo quizás único digno de estudiarse: estudió a Cristo y su vida, y en premio a este estudio, hecho con deseo de amor, Cristo se dió a conocer a él, y por este medio él nos lo ha transmitido como es: todo Amor, todo Misericordia, todo Paz. Se ciñe exclusivamente a su historia, y apenas nombra a su Divina Madre, aunque en sus frases sobre Ella, como de pasada, la encomia casi debidamente. Pero en absoluto nombra a José; es más, hace alarde de no nombrarle: esto me ha causado profundo disgusto, pues soy muy devota de mi patrón. Pero creo en suma que sólo se ocupa de la Santidad de Jesús, para que brille única y fuertemente en todas las inteligencias y, sobre todo, en todos los corazones. Quizás hace bien: ¡hay tanta distancia de Jesús al Santo más Santo!

Sus conceptos sobre la humildad, que nos suenan tan extraños, por lo poco practicados, son admirables. Lo mismo la historia de la Pasión, si bien a mí me ha gustado aún más el primer tomo. Y la oración de Cristo, está al final del segundo tomo. La oración a Cristo es lo más hermoso que ha salido de pluma humana: en fin, mujer y hermana mía, lee este libro y te sentirás consolada; consolada, que no es poco para estos tristes días que corremos, y enseñada en la Divina Historia del Crucificado: enseñada y deseosa, ansiosa de que nos llegue a todos su era de paz eterna y de infinito Amor..

Fraternidad.

Unidas las mujeres, como hermanas, formaríamos un solo corazón de luminosas y encendidas granas: bello como una rosa de Sarón.

Seríamos glorioso ramillete, guirnalda de berilos y de luz, odorante resina de un pebete, armonía prendida en un laud.

Seríamos cual lirios en la altura; tendríamos dulzores de pomar; nuestras almas tendrían la blancura de la espuma que irisa sobre el mar.

Seríamos un astro centelleante, ardoroso chispazo sideral, e irradiaría nuestra luz, triunfante, como un rayo de sol en un cristal.

Nuestra unión fuera entonces cual cadena de duros eslabones diamantinos, rígida, terca, poderosa y plena de viriles arranques masculinos.

Unidas las mujeres, como hermanas, formaríamos un solo corazón de luminosas y encendidas granas: bello como una rosa de Sarón.

WHITE IRIS.

LINA TAGORE.

Valladolid, 1.º septiembre 1925.

Serenidad.

La luz de Febo, lentamente, se hunde en lontananza, enrojeciendo los contornos de las lejanas colinas. ¡El astro rey sigue la ruta de su eterno caminar por los espacios siderales!

El labrador, cansado de la ruda faena del día, presuroso recoge los aperos y se encamina al pobre hogar en busca del descanso y las caricias de los suyos.

Cede en violencia el viento, como temeroso de turbar el silencio que por doquier se extiende, callan los pájaros en sus trinos. Ya se oye el canto del pastor que con el ganado retorna. Quizás quiere que su voz avise a la gentil mocita que en la alquería atisba.

El eco débil del toque del *Angelus*, allá en la ermita, rasga la quietud del momento. El humilde asceta, cubierto el flaco cuerpo en burdo sayal, póstrase de hinojos. ¡Ofrece sus sacrificios al Sumo Creador!...

Todo es paz. Todo es calma. Hasta las flores, tímidas, cierran sus pétalos. La campiña recógese a sí misma. Y en lo alto, Héspero, con su luz brillante, desafía las tinieblas que, rápidas, se ciernen.

¡Es el ocaso del día! ¡Es la hora solemne del crepúsculo, heraldo de la noche!

Alicante, 1925.

ARAT.

Yo quisiera...

Yo quisiera ser ave que, ascendiendo a la altura, pudiese la belleza del mundo contemplar. Quisiera al mismo tiempo ser pez que conociera todas las maravillas y riquezas del mar. Quisiera que en el mundo nada hubiese secreto. Quisiera los deseos de todos conocer. Quisiera que en el arte nada se me ocultara, y yo la ciencia toda quisiera poseer. Quisiera la justicia donarla por mi mano, castigar al impío, galardonar al justo. Quisiera del que goza poner en la memoria que otros muchos sollozan ante algún gran disgusto. Quisiera que a mi lado no hubiese nunca penas, y a todo el que sufriera quisiera consolar. Quisiera no haber hecho jamás un daño a otro, y a todo el que me ofende quisiera perdonar. Quisiera que, al ocaso del curso de mi vida, tranquila mi conciencia de culpas estuviera. Quisiera ser llorada por todos los que amo, y ya después quisiera... ¡no sé lo que quisiera!

Madrid.

ROSA LINA.

Mujer sobre todo.

MUJER brinda a las lectoras españolas sus columnas, y este ofrecimiento me sugiere la idea de escribir algo para la simpática Revista que con tan nobles intenciones ha empezado a publicarse.

Es ya un axioma inexorable el dicho de que a la mujer no hay quien la entienda, cuando tan fáciles son de comprender.

Un furor de escritores dignos de un pataleo, o, mejor, de un veto decidido, han creado una literatura en la que presentan a la mujer como una fiera caprichosa, casquivana, comida de lujuria y falta de talento, cuando lo más cierto es que esos escritores no se han detenido en estudiar a la mujer, o de hacerlo han cogido como ejemplar a cierta clase de mujeres en las que el vicio o acaso la desgracia se cebó.

Hoy, como ayer, la mujer, incluso aquellas que hemos dado en llamar modernas, lleva en sus mejillas el retrato de su carácter y en sus ojos el fondo del corazón; ese corazón tan temido por aquellos a quienes es muy cómodo cansarse de repetir el timido de que a las mujeres no hay quien las entienda.

La excesiva sensibilidad, la aristocracia del carácter, la afición por lo bello, la ingenuidad, son dones que la Naturaleza dió a la mujer, como compensación a su poca fuerza, a su cortedad, a su fragilidad, en una palabra.

Los deportes, si son bruscos, fuertes, hacen perder a la mujer las primeras características aquí enumeradas, como cambio natural por la adquisición de la intrepidez, del valor y de la fuerza.

No puede ser mujer, muy mujer, en la verdadera acepción de la palabra, aquella que dedica sus ocios a ejercicios violentos o que cultiva los deportes fuertes con demasiada prodigalidad.

No concibo a una muchacha jugando al balompié, por la misma razón que no se harán mis ojos a ver bordar a un muchacho.

Querer igualarse la mujer al hombre es ir contra Natura.

Dios creó al varón y a la hembra esencialmente distintos, y procurar confundirlos es ir contra Dios.

Siempre será más bonito aquel momento en que se cubre de carmín el rostro de una muchacha cuando se le acerca un joven para hablarle del Eterno Tema, que aquellas que vocean y discuten con los hombres si el guardameta del Racing es mejor que el del Real Madrid.

VIOLETA DE ESPAÑA.

A unos ojos azules.

Tienes en tus bellos ojos el imán de los imanes y en tu boca tan bonita el mejor de los rosales.

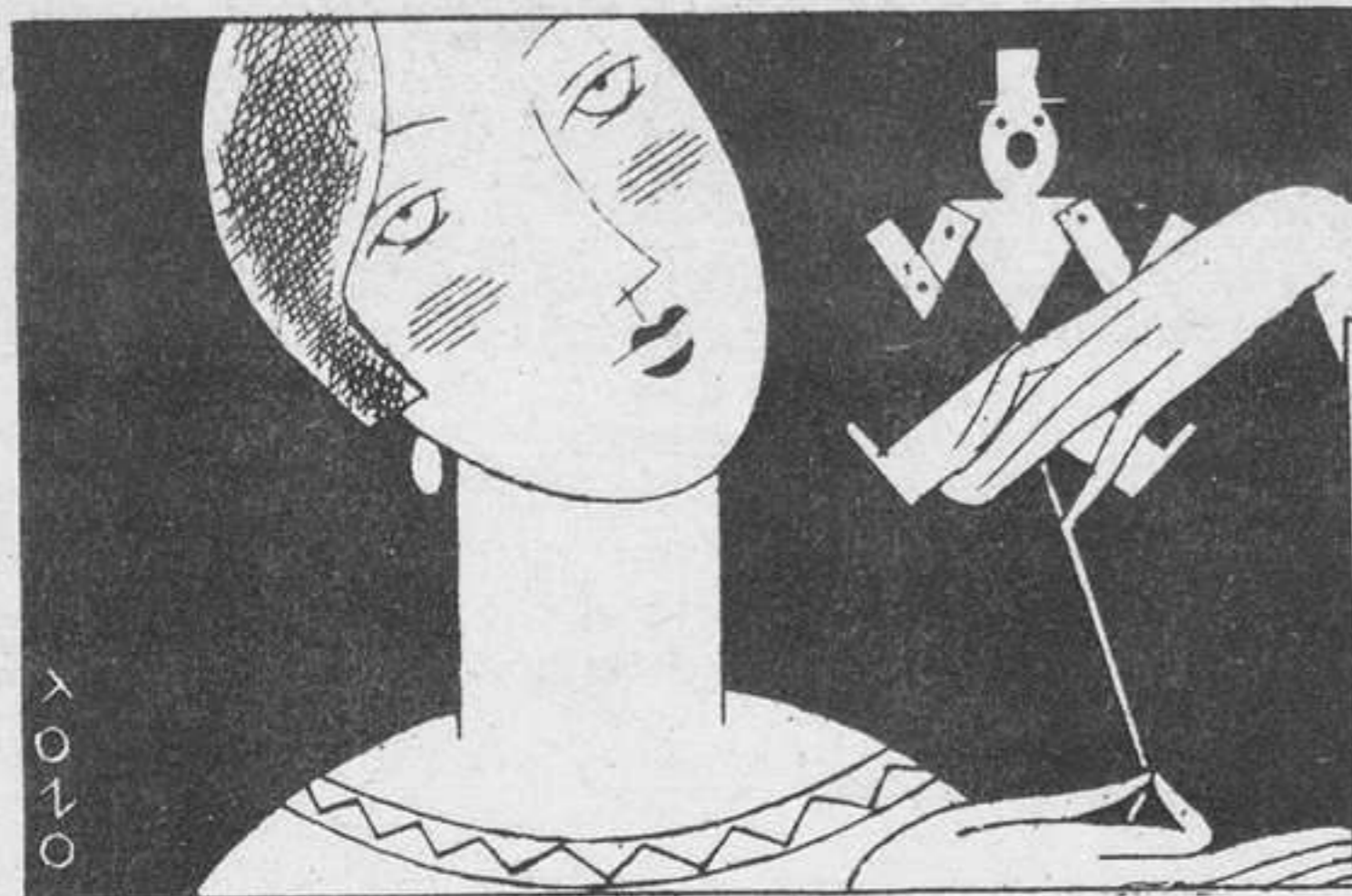
¡Con cuánto amor besaría en ese lindo rosal, aunque sus muchas espinas luego me hicieran sangrar!

Te tengo comparaita con la Virgen del Pilar por lo buena y lo bonita.

Quisiera poder leer en el fondo de tu alma, para saber de una vez si eres buena o eres mala.

Al pie de un Cristo bendito me juró que me quería; ¡quién había de decirme que hasta jurando mentía!

G. DE VILLARRAZO.
3-IX-25.



MONINA

NOVELA

POR

GYP

(Continuación.)

—Sí, sí; el señor conde ha reprendido a la señorita Dionisia.

—¡Ven aquí, Monina!... —dijo la marquesa.

La joven fué corriendo a sentarse en un cojín a los pies de su abuela, mientras el señor de Rueille, acercándose a Juan, le dijo a media voz:

—Debías impedir que Monina tenga contigo esas maneras...

—¿Qué maneras?... Tú sueñas...

—Yo no sueño nada absolutamente... Después de todo, Dionisia tiene veinte años...

—Veintiuno.

—Tanto mejor para que tuviera más compostura.

—¡Pobre pequeña!... No puede ser más juiciosa de lo que es.

Y añadió mirando a su primo:

—No sé, verdaderamente, qué mala hierba has pisado...

El señor de Rueille murmuró un poco azorado:

—Sí, ya sé...; naturalmente, no tengo razón...

—¡Ninguna! —le dijo secamente Blaye, y se levantó.

Al verle Monina se separó de la marquesa y, dirigiéndose a él, le dijo:

—¡Ah!... Tú no te marchas... ¡Abuela, prohibale usted que nos deje!...

—¡Vamos, Juan...! —dijo la marquesa, medio amable y medio enfadada—, no seas tan terco.

El joven volvió a sentarse y dijo con tono afligido:

—¡He aquí el campo..., el reposo..., las vacaciones...! Trabaja uno como un negro..., se hacen revistas..., revistas con coplas... Se acuesta uno regularmente a las dos de la madrugada... ¡Lo que se llama darse un verde...!

Pedrito parecía escuchar con recogimiento.

—Sigue, viejo; tú me interesas —dijo en tono de burla.

Y como Monina se rió de Juan, molesto se volvió a Pedrito:

—Eres muy gracioso, pequeño.

La voz de la señora de Bracieux se dejó oír:

—¡Hijos míos, sois insostenibles!

Y los miraba sorprendida, preguntándose qué viento de batalla había soplado de pronto, sin comprender nada de las asperezas, de las actitudes hostiles que notaba por primera vez. Y de nuevo llamó a Monina, que parecía preguntar a todo el mundo con sus dulces ojos llenos de asombro:

—¿Sabes tú qué les pasa?

Ella respondió, ingenua y curiosa:

—No se me ocurre, abuela.

—¿No ves las caras que ponen?

—Sí que las veo; pero no sé el motivo. Si es por mi revista, la dejaremos; no quisiera que con el pretexto de que me divierte, y me divierte enormemente, se aburra todo el mundo.

—¿Se trabaja, sí o no? —gritó el señor de Rueille—. Ya me canso de estar esperando aquí como un imbécil.

—¿En dónde quedamos? —preguntó Juan en un tono que significaba: Puesto que es preciso, vamos allá.

Rueille respondió:

—Ya te han dicho dónde estamos. Te lo han dicho dos veces.

Monina explicó bondadosa:

—En el poeta simbolista que debe responder a Venus.

—¡Ah...! Perfectamente..., ya sé...; le acusa de una porción de cosas... y tú quieres que se defienda...

—En una copla.

—Ya comprendo...

¿Dónde vas...?

—Voy —contestó

Monina atravesando el salón— a sentarme al lado del señor Giraud, que no me dará matraca.

El profesor enrojeció y se encogió cuanto pudo en el diván donde estaba sentado. Dionisia, deslizándose junto a él dijo:

—Ya escuchamos.

Juan, dando vueltas a un lápiz y a un trozo de papel, preguntó:

—¿Cuál es la réplica de Venus?

Como el señor de Rueille, distraído, contemplaba una mariposa que volaba alrededor de la lámpara colocada ante él, varias voces repitieron a gritos:

—¿Cuál es la réplica de Venus?

Aturdido, leyó tapándose los oídos:

—«¡Ya sabes que no creo en palabras...!»

—¡Borra...! —dijo Juan— y pon: «¡no creo nada de nada, ya lo sabes...!» Y ahora, el simbolista responde:

El alma de un simbolista
es, señora, metálico estuche de amatista
con cierre de diamantes.

Si su modo de abrir es comprendido,
ilumina la estancia el tesoro escondido
y ríe la tristeza en los labios amantes.

El señor de Rueille exclamó:

—¡Muy gracioso!, ¿eh...?

—¡Diantre! —dijo Juan, enfadado—, no digo que sea una obra maestra... Monina me pide una copla y yo se la hago como puedo. No te impido que hagas otra mejor.

—¿Con qué música se va a cantar eso? —preguntó Monina.

—¡Ah, sí..., es verdad! Hace falta música... ¿Cuál pondremos?

Rueille aconsejó:

—Poned: «Música, *Acecho a un muchacho de mi edad.*»

—¿Y eso va bien?

—¿El qué?

—Esa música.

—¡Ah! No sé; no la conozco.

—Entonces, ¿por qué nos la aconsejas?

—Porque parece indicado... *Acecho a un muchacho de mi edad...* Sobre ese tema puede hacerse un montón de coplas.

—Pero —observó Monina—, los versos del simbolista son más largos; el segundo, sobre todo. No se podrán cantar nunca con esa música. Ni con otra.

—¡Calla, pues es verdad! No había pensado en ello.

—Felizmente —dijo Pedrito muy satisfecho—, Monina piensa en todo.

Juan añadió:

—Luego buscaremos la música. Continuemos, porque así no vamos a concluir nunca... ¿Quién está ahora en escena?

Como Rueille mordisqueaba su portaplumas mirando a

Monina, sin oír la pregunta, le gritó:

—¡Pablo!... ¿Estás aquí o en otra parte?

—Estoy aquí.

Entonces, haz el favor de decirme qué personajes son los que están en escena.

—Espera..., voy a ver.

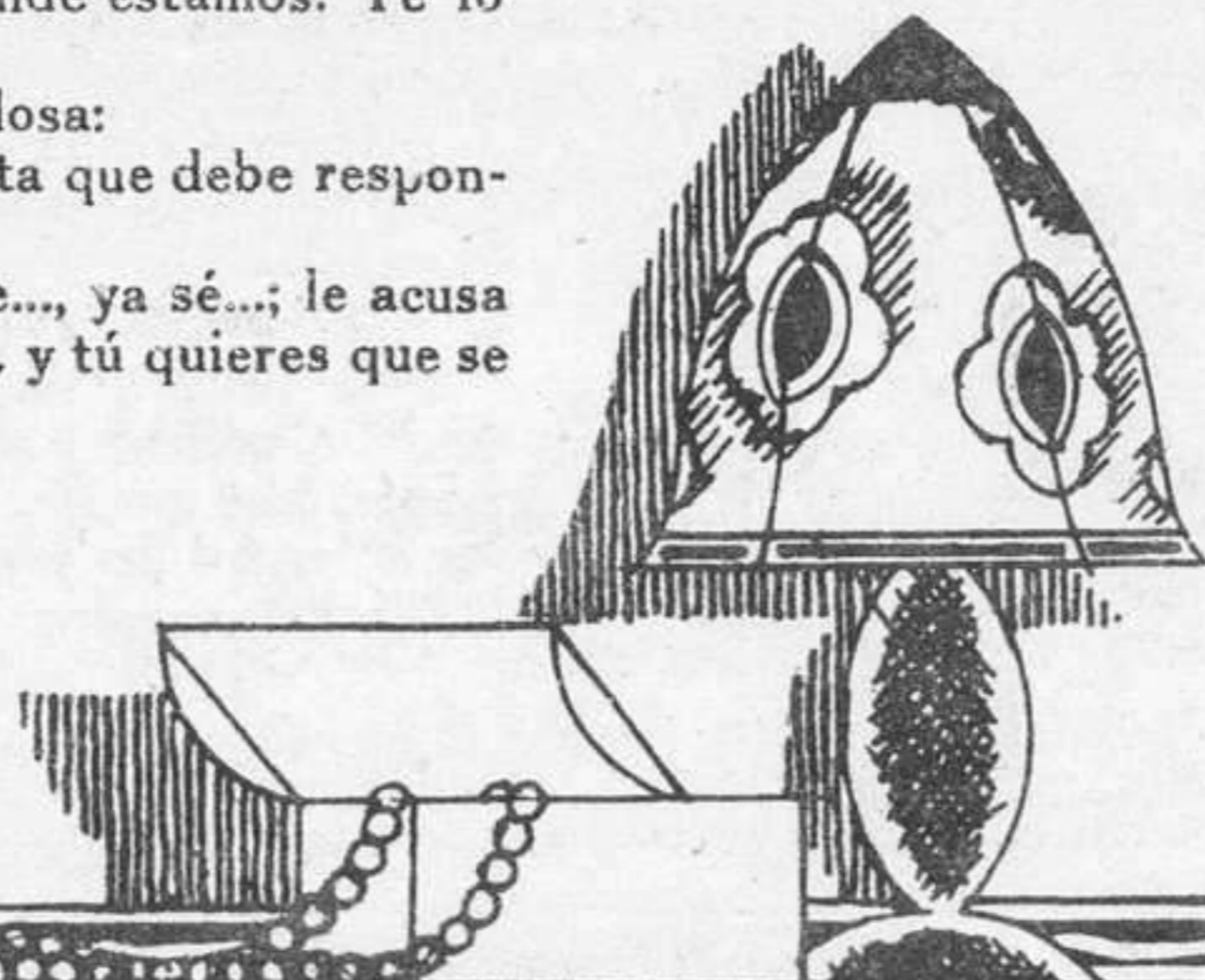
—¡Cómo! —dice Monina—. Pero ¿tiene usted que buscarlos?

—Ya puede usted suponer que no me sé de memoria todas las pequeñeces que cada cual me dicta.

—Yo me las sé.

Y volviéndose a Juan de Playe, le explicó:

—Están en escena: Venus, el Simbolista, Tomás Vireloque y el Oportunista. Anoche



dijimos que después de la presentación del Simbolista a Venus haríamos entrar a madama Stael...

—Muy bien. Hagámosle entrar en seguida.

—¿Ha encontrado usted alguien para este papel? —preguntó Ruelle.

—Hasta ahora nadie ha querido desempeñarlo.

—No —dijo Monina—... Hace un momento he preguntado a la señora de Juzencourt, que se ha negado resueltamente; y si Bertrada rehusa también...

La joven respondió muy afable:

—Bertrada se niega en absoluto.

—Eso no está bien.

—¿Es indispensable madama Stael? —preguntó el tío Jozano.

—Pero muy indispensable —dijo Monina convencida—; es absolutamente preciso hallar el medio de...

Y de pronto, inspirada, exclamó gozosa:

—¡Enrique puede muy bien desempeñar ese papel!... ¡Casi no tiene bigote!

—¡Yo! —dijo Bracieux sorprendido—... ¿Hacer yo de madama Stael?...

—¡Era más bien hombruna!... ¡Ya verá qué bien!...

—¡Nada..., nada! Que no quiero presentarme ante las gentes que me conocen con vestido escotado, turbante y barriga... ¡Sería horrible!...

—No, no. Vamos, supongo que no te vas a hacer de rogar.

—¡Y estropearse todo por tu culpa! —añadió Pedrito con cierta dignidad.

Enrique se volvió hacia él:

—¡Por mi culpa!... Bien se ve que no estás en mi lugar; pero..., ¿por qué no?... Tú podrías muy bien hacerlo por mí.

Y como Pedrito hiciese un gesto de espanto, siguió:

—¿Por qué no?... Tú tienes aún menos bigote que yo...

—Sí; pero soy demasiado alfeñique —declaró Pedrito socarronamente—. Madama Stael era mujer más bien luminosa...

—¿Alfeñique? ¿Tú, el atleta?...

Juan de Blaye golpeó en el suelo con un taco de billar para imponer silencio.

Ya buscaremos quien represente a madama de Stael después que hayamos encontrado lo que debe decir. Por de pronto, entra en escena ¿No escribes, Pablo?

—¿Qué quieres que escriba?

—Escribe: «Madama de Stael entra por...» —por..., ¿por dónde entra?

—Ya he puesto «por el fondo»... Cuando no me dicen nada, pongo siempre «por el fondo».

—Bueno, pues dejemos «por el fondo».

MADAMA DE STAEL (TOMÁS VIRELOQUE).

«—Soy madama de Stael...

TOMÁS VIRELOQUE.

«—¿Dice usted?...

MADAMA DE STAEL.

«—Soy madama de Stael...

VENUS.

«—¿Palabra de honor?...

EL OPORTUNISTA.

«—Es curioso. La había tomado por un turco...»

EL SIMBOLISTA.

«—Yo..., yo...»

—Espera un instante... —dijo el señor de Ruelle—, me he equivocado...

—¿Cómo es eso?

—¡Cómo es eso!... Como se equivoca todo el mundo.

—Es verdad —dijo Monina—; no se qué tiene usted, pero está muy distraído esta noche.

Ruelle, sin responder, aplastó en el papel la pluma, que crujió quejumbrosa. Juan preguntó:

—¿Pero, qué haces?

—Tacho.

—¿Qué?

—He repetido cuatro veces las mismas réplicas.

Monina y Blaye se

levantaron y se acercaron a mirar el «trabajo» de Ruelle. La joven leyó:

MADAMA DE STAEL.

«—Soy madama de Stael.

TOMÁS VIRELOQUE.

«—¿Dice usted?

MADAMA DE STAEL.

«—Soy madama de Stael.

TOMÁS VIRELOQUE.

«—¿Dice usted?

MADAMA DE STAEL.

«—Soy madama de Stael.»

—Sí —dijo ella—, hay que tachar todo eso.

Pero Juan protestó riendo:

—¡Dejémoslo!... Parecerá que ha colaborado Maeterlinck... Será de buen tono.

—¿Y si nos fuéramos a descansar? —indicó el señor de Jonzac—; Pablo está medio dormido; por eso ha escrito tres veces seguidas lo mismo sin darse cuenta. El abate también duerme. En cuanto a mí, estoy deseando hacer lo lo propio.

—¡Bah!... —dijo Monina—, si apenas es la una.

—Sí, pero en el campo me parece que... ¿Qué opina usted, señor Giraud?...

El joven profesor respondió sin quitar los ojos de Monina:

—¡Oh!..., yo, señor, pasaría aquí la noche sin pizca de sueño.

La marquesa se levantó.

—Hijos míos, el tío tiene razón, hay que acostarse; Monina, tú cuidarás de recoger los libros que habéis tomado de la biblioteca.

—Sí, abuela. Voy a guardarlos yo misma.

Todos salían del salón, menos Monina. El señor de Ruelle le preguntó:

—¿Quiere usted que me quede? Entre los dos los recogeremos más pronto.

—No; porque usted desconoce la biblioteca y lo trastornaría todo. Hace falta una persona que sepa dónde se coloca cada libro.

Y dirigiéndose al profesor, que salía el último, le dijo muy amable, como tratando de hacerse perdonar una indiscreción:

—Señor Giraud, ¿quiere usted ayudarme a colocar los libros?

El joven se detuvo dichoso, hasta el punto de no poder hablar. Y como permaneciese parado en el mismo sitio, le indicó la puerta, abierta:

—Cierre, si le parece. Y ahora, tenga ese Molière. Yo tomaré este Aristófanes. ¡Así! Luego volveremos por los otros.

Y mientras llevaba los libros parloteaba aparentando no dirigirse a su acompañante, sino como si pensase en alta voz:

—¿Por qué Juan busca en Aristófanes tratándose de hacer hablar a Tomás Vireloque y a madama de Stael?

Luego, repentinamente, preguntó:

—¿Cree usted que nuestra obra será divertida?

—Seguramente, señorita.

—¿Por qué no dice usted nunca nada? Usted debía también trabajar en ella.

—Por Dios, señorita; yo no estoy al corriente. La política y los asuntos mundanos son para mí letra muerta; no entiendo nada.

—Y además, preferiré no pasar de simple espectador.

—Tendré el sentimiento de no serlo.

Monina le preguntó sorprendida:

—¿Cómo! ¿No verá usted nuestra función?

—No, señorita.

—¿Y por qué?

—Giraud respondió, ligeramente confuso:

—Por un motivo bien ridículo.

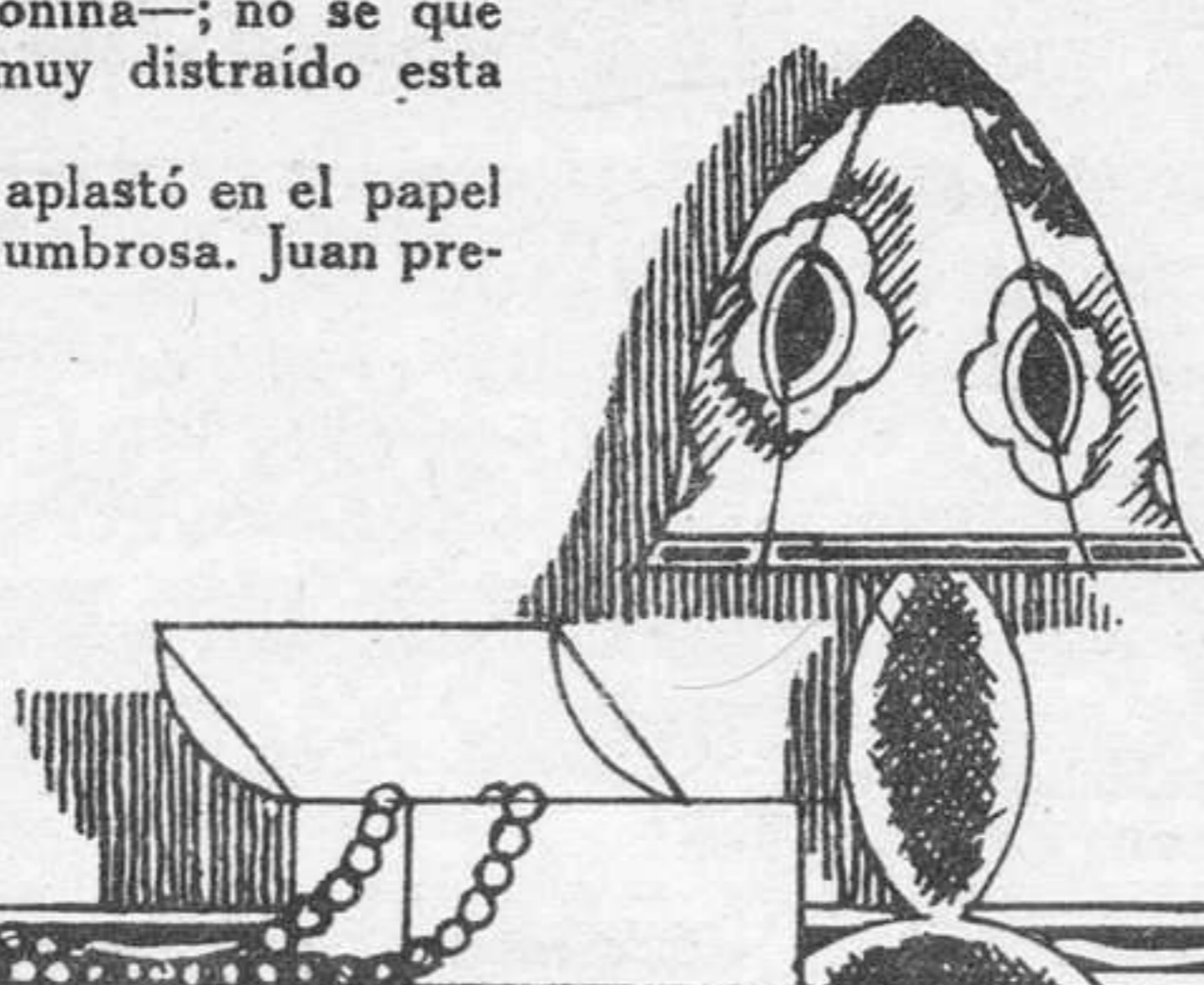
—¿Cuál?

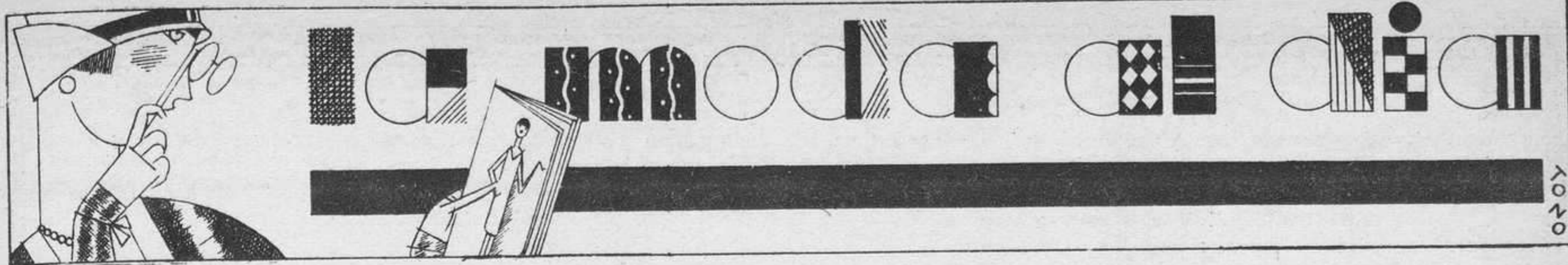
—Señorita..., yo...

—Se lo ruego; dígame por qué.

Y se inclinó hacia él, graciosa y flexible; el perfume que sus cabellos despedían llegaba al rostro del joven, sumiéndole en una especie de enervante sopor.

(Continuará en el número próximo.)





Sección compuesta y redactada en París bajo la
 dirección de Madame Martine Renier
 redactora Jefe de la Moda
 en FEMINA de
 París

Crónica

La Nueva moda



MARCELLE DUMAY

Este invierno, los sombreros predilectos seguirán siendo pequeños; el adjunto modelo favorece mucho a la cara. La copa es de fieltro «beige» claro y el ala es de felpilla marrón oscuro. A un lado, bastante hacia atrás, lleva un alfiler con la cabeza de concha.



CUÁNTO tiempo hacía que no sentíamos, al ver desfilan trajes nuevos, la sorpresa y la alegría de hoy! Cada detalle es nuevo; cada silueta es distinta de las de antes; la moda que hoy nace es el resultado de varias temporadas de indagaciones y trabajo, y de diez modas propuestas, rechazadas, re- hechas, por esos artistas pacientes que son los mo- distas.

Porque no debe creerse —insisto sobre este punto para reparar una gran injusticia— que los modistas de-



BEER

No parece que hayamos abandonado por completo el negro y blanco que estuvo en boga durante unos años y que es siempre tan gracioso como distinguido. Este vestido de «crepe satín» negro, tiene unas tablas de «crepe satín» blanco en la parte delantera.

CHARLOTTE

Encantador trajecito muy sencillo, en reps de seda verde, anudado por detrás. A los lados, tiene unos canelones pegados merced a un panel postizo, muy «en forma», que lleva la túnica. Una corbata de cinta cierra el cuello.



ciden al azar y regentan su risueño imperio femenino, sin reglas ni leyes. Lucien Lelong, uno de los modistas jóvenes más generosamente mimados por el éxito, decía una vez delante de mí, con este motivo, unas palabras muy justas: «El arte del modista —decía— no consiste en dictar decretos; consiste en adivinar tendencias nuevas, en inspirarse en las condiciones de vida y los gustos modernos, y en buscar la moda que mejor se adapte a estos diversos factores». ¡Cuán delicado se nos aparece así el papel de los árbitros de las elegancias!

Por ejemplo: este año han sabido adivinar que las mujeres estaban ya hartas de la extremada sencillez, cuyos inconvenientes se pusieron de relieve en la temporada de primavera, con aquel absurdo uniforme de la levita recta que adoptaron indistintamente todas las mujeres elegantes, altas y bajas, gruesas y flacas, jóvenes o no. ¡Qué lejano se nos aparece ya aquel error! Tan lejano, por lo menos, como la *allure* masculina, que de tanto favor gozó y que nos imponía, en los vestidos, la pechera *chemisier*, el smoking, en los trajes de sastre, etc., etc. Nos cuesta trabajo creer que todo

aquello nos parecía nuevo y encantador el año pasado; desde ahora en adelante seremos femeninas, y es de esperar que esto dure mucho tiempo.

Por de pronto, ya tenemos talle... ¿Pero es posible? Esta cintura tráfuga, que descendía cada vez más, y que luego quisimos subir de golpe con las tentativas de estilo Directorio; esta cintura, digo, se ha fijado de pronto en el sitio en que la tuvimos colocada durante tantos años. Pero como esta innovación choca todavía, se ha ideado el paliativo de señalar el talle, sin cinturón, con un levísimo movimiento entallado que recuerda los vestidos «princesa» y resulta sumamente gracioso. Mi favorable opinión respecto a esta nueva línea, acaba de confirmarse definitivamente al ver en el te del Ritz y en la *rue de la Paix* algunas mujeres luciendo vestidos con la nueva hechura. No es extraño que esta moda haya triunfado rotundamente; tiene tal elegancia de movimiento y es tan favorecedora que necesariamente las parisinas han de adoptarla, consagrándola. Como es sabido, los modistas proponen... y la parisina dispone; ésta no es tan ciegamente dócil como pudiera suponerse. ¿Acaso se ha inclinado ante la falda panta-



DOUCET

De estos dos modelos, el de la izquierda, es un traje de falla negra, con listas horizontales. La levita es larga, con cuello y solapa de nutria; debajo de esta levita, «Doucet» coloca una blusa larga, de seda blanca, «pekinée» al biès, con un cuello de encaje de plata.



DOUCET

Vestido encantador para una muchacha o para una casada muy joven. Es de muselina de seda blanca, finamente plisada sobre un viso negro. Un encaje de color crema forma el canesú y la parte inferior de las mangas y del vestido.



lón, ni ante la moda Directorio, a la cual me refería más arriba? No; la parisina no se afeará nunca, ni aun por obediencia a su modista predilecto... Y este año tendrá, ciertamente, la alegría de embellecerse.

Le gustarán los nuevos coloridos: el púrpura y el rojo vino *Chambertin*, predilectos de *Patou*; el verde ajeno, vino de Burdeos, rosa pálido y marfil. Los tonos castaños se han convertido en *mordoré* y las pieles se tiñen como si fuesen terciopelo. En la casa *Premet*, cuya colección de este invierno es evidentemente lo que puede llamarse una colección de vanguardia, las

pieles que adornan los vestidos están teñidas en el color de estos mismos trajes, y así vemos nutria o topo, en rojo, violeta o verde mirto, lo cual no deja de ser algo sorprendente. El topo y la nutria en color *mordoré* son más corrientes, son también más bonitos, por lo menos a mi entender.

En cada parte del traje femenino hay novedad, y si consideramos todos sus detalles aislados, hallamos innumerables fantasías llenas de gracia y de ingenio. En estas mismas páginas, os hablo hoy del cuello alto y de sus diversas adaptaciones; la *écharpe*, que preparó



su llegada, subsiste aún; unas veces, rodea el cuello y pasa luego por un ancho ojal, abierto en el vestido; otras veces, da dos vueltas, cruza por delante y se anuda por detrás, o cruza por detrás y se anuda por delante, formando un nudo de corbata. ¿Os he descrito los cuellos altos, rectos, ligeramente abiertos y abrochados con dos gemelos? También esta fantasía puede llevarse indistintamente por detrás y por delante. Las tiritas rectas, de cinta *gros grain*, que forman un nudo de corbata, presentan un interés especial, porque añaden al más sencillo de los vestidos una nota coquetona y también porque se prestan a fáciles variaciones.

Se verán muchos vestidos de terciopelo negro o azul, o de *drapella* verde o azul marino, con un cuello formado por una estrecha cinta de *gros grain* blanca, fácil de descoser, para que esté siempre immaculado.



LUCIEN LELONG

La nueva línea se advierte muy señaladamente en este abrigo de terciopelo de Esmirna rojo, con piel de nutria. El cuello «chale» es bastante largo. Un tenue bordado de acero adorna las mangas. Este abrigo y el vestido de al lado forman un conjunto.



NICOLE GROULT

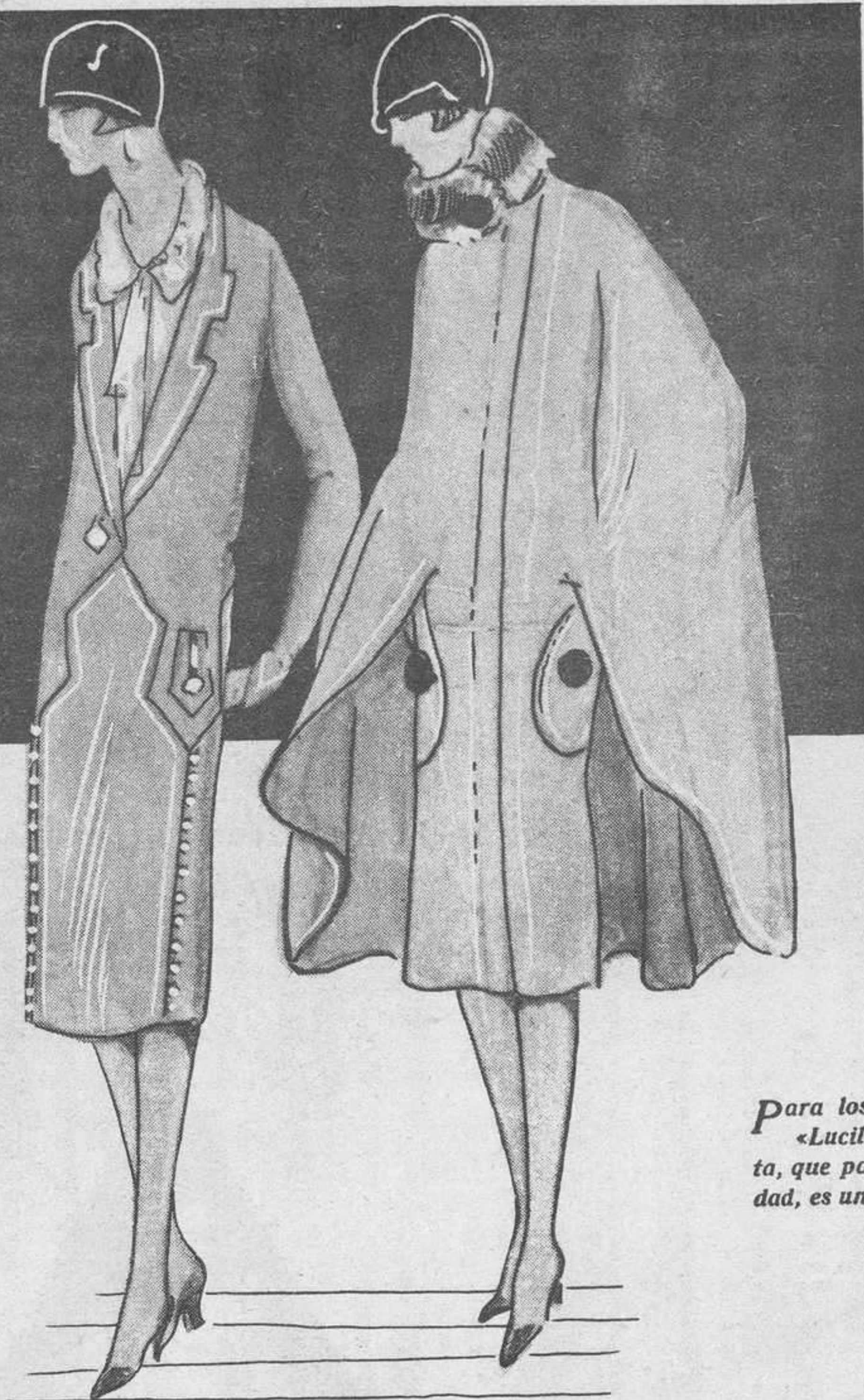
Vestido de terciopelo verde esmeralda, adornado con piel de leopardo. Son de notar, en este traje, unos pliegues que entallan algo la silueta. Las mangas, muy amplias, tienen también una línea muy nueva.

LUCIEN LELONG

Bonito vestido de crespón «Georgette» rojo, para llevar debajo del abrigo de terciopelo de Esmirna. La cintura forma a un lado un movimiento descendente; la parte inferior del vestido y de las mangas están bordados en seda multicolores y cuentas de acero.



Los cuellos de los abrigos son muy altos; incluso, en las capas de noche, vemos reaparecer el cuello Médicis. Todos estos cuellos llegan hasta la base del cabello, lo cual es muy de apreciar en una época en que casi todas las mujeres llevan el pelo cortado. *Dœillet*, ha adornado varias capas de *lamé* de oro con amplios cuellos de *vison* que forman un pico en la espalda, a modo de canesú. También he visto un cuello bastante gracioso.



LUCILE

Bonito abrigo para viaje o auto. Es de «kashaduvetina», color «beige», con un cuello de «renard» del mismo tono. La capa forma las mangas perdidas; la espalda es recta; los botones son de madera labrada.



so, compuesto de dos trozos: uno muy ancho, por detrás, y otro más estrecho, por delante. El primero se unía al segundo por medio de dos gemelos puestos a los lados.

Los escotes de los vestidos de noche, ofrecen una particularidad: son, generalmente, mucho menos acentuados de lo que parecen, pues llevan, prolongando la línea del vestido, una tira de tul rosa sujeta por un tenue bordado. Este tul llega, a veces, hasta el nacimiento del cuello.

Y hablemos ahora de las mangas. Son variadísimas. Sin contar todas las demás, sólo en la manga de puño amplio, ribeteado con piel, existe una gran diversidad de formas: unas veces, se ensancha sobre la mano, otras forma un alto «crispín», o va ceñida al brazo hasta la muñeca, y cuelga de ella una larga lazada de cinta o un colgante de encajes. También se lleva la manga «farol», que empieza en la mitad del antebrazo, o en el codo, o más alto, y se frunce en la muñeca. Confieso que no me acostumbro a esta moda que ensancha inútilmente la silueta y que no me parece muy graciosa. En algunos abrigos, el «farol» es de piel y resulta menos chocante que en los vestidos. También en los vestidos de terciopelo se ven a veces mangas «farol» de terciopelo fruncido, y, para modernizarlas, se las llama mangas *lampión*, o sea «faroli-

LUCILE

Para los partidarios del «tailleur» de fantasía, «Lucile» ha ideado este modelo de reps gris plata, que parece un «trois-pieces»; pero que, en realidad, es un vestido abierto por delante sobre un chaleco «chemisette».

LUCIEN LELONG

He aquí un traje de deportes muy práctico, a la par que muy elegante. Es de tejido inglés color ladrillo, y lleva a los lados anchos bolsillos abotonados. El canesú se abrocha por delante; la falda, de color ladrillo, está cuadrículada en cuatro matices distintos.





PAUL POIRET

Magnífico conjunto de «Poiret»: El abrigo, de terciopelo negro, lleva un amplio cuello y unos puños muy altos de piel de oso. Este abrigo va colocado sobre una túnica de «lamé» oro y verde, abrochada con botones de oro.

llo». No creo que ésta sea una de las más bonitas invenciones de la moda y muchas mujeres prescindirán seguramente de este adorno problemático...; pero tendrán otro. Esta es una noticia sensacional: el manguito resucita. Desde hace algunos años muchos abrigos, cerrados a un lado, se sujetaban con la mano y no hubo más remedio que suprimir todo accesorio molesto. ¿Quién sabe si la reaparición del manguito no cambiará la forma de los bolsos de mano y volverá a poner en boga los guantes cortos y ceñidos? En todo caso, éste es un verdadero acontecimiento. En estos momentos, el manguito es redondo y de un tamaño regular. He visto muchos, sobre todo en las casas *Premet* y *Max*, y esto basta para que sepamos que tendremos este invierno un nuevo *bibelot*... para perderlo.

MARTINE RENIER.



DRECOLL

Vestido de crespón de China gris; unos grupos de pliegues dan vuelo a la falda; el plisado del cuerpo forma un dibujo de espiguilla. El abrigo es de «buravellaine» roja, adornada con piel de cordero gris. La combinación de estos dos tonos goza actualmente de un gran favor.

Las Nuevas Colecciones



OR fin, los grandes modistas han presentado sus nuevas colecciones de invierno, y hemos podido ver que en la moda futura habrá cambios considerables.

A decir verdad, estos cambios son imperceptibles a primera vista, pues sabido es que el gusto de la parisina no admite brusquedad. Las faldas muy anchas, no sucederán nunca a las faldas muy estrechas, ni el talle

alto, destronará inmediatamente al talle bajo. Los cambios de la moda obedecen a una evolución progresiva; no obstante, hay años en que estos cambios son más sensibles que en otros, y este año es, por lo visto, uno de ellos.

¿En qué consisten estas transformaciones sensacionales? En todo y en nada. En primer lugar, la línea recta ya no existe, el vuelo se acentúa, los cane-



NICOLE GROULT

En su nueva colección, «Nicole Groult» presenta algunas tentativas de boleros. Este es de terciopelo negro y ofrece un interés especial. Las incrustaciones son de crespón de China gris, ribeteado con oro, y la faja es de «iamé» oro y rojo.

NICOLE GROULT

Vestido de noche, de línea sencilla, pero en un colorido refinadísimo. Es de crespón «Georgette» verde, con flores en crespón «Georgette» rosa malva, subrayado por un tenue hilo de plata. Un leve movimiento de «drapé» da vuelo por delante.



lones y las tablas ensanchan los vestidos.

El *fourreau* ha muerto: ¡descanse en paz! Resultaba poco estético en las mujercitas regordetas; bien es verdad que no creo que las faldas *evasés* les sienten mejor. La línea nueva sigue siendo a propósito para mujeres altas y esbeltas, y esto compensará a muchas mujeres de su constancia en la gimna-



GOUPY

Este vestido, de una gran sencillez dentro de su elegancia, puede ser llevado por una señora... no muy joven... si es que aun queda alguna. Es de «crepe satin» negro, bordado en crudo y oro, y está algo entallado. Sería de un gran efecto en un «cortejo» nupcial.

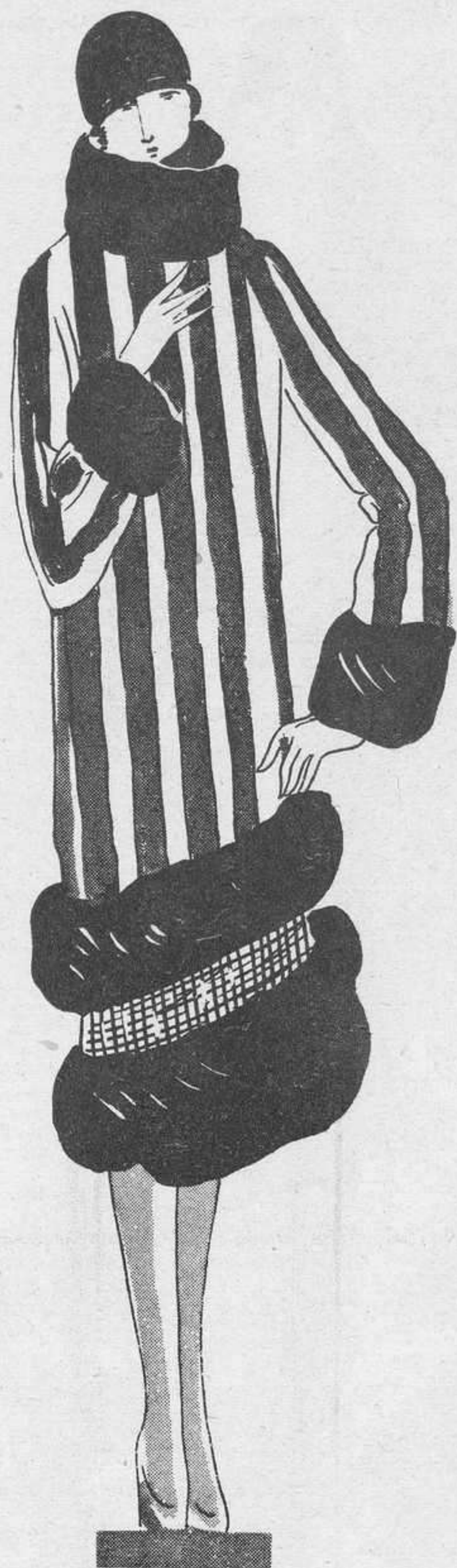
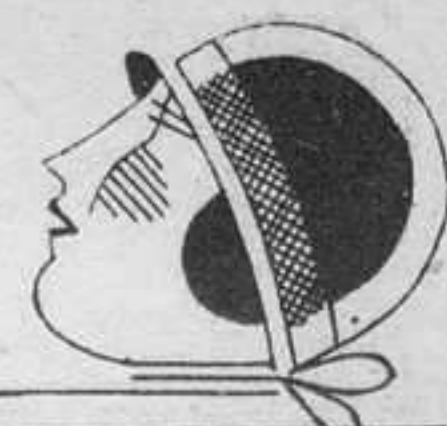
GOUPY

El encaje con metal goza de gran favor. Este vestido es de encaje «beige» y plata, sobre un viso verde, y lleva por delante, dos canelones. El cinturón, obra de orfebrería, es de esmeraldas y «strass».

PHILIPPE ET GASTON

«Philippe et Gaston» presentan este adorable traje de novia, en encaje de plata con bordados de cristal y en «crepe satin»; este modelo ha obtenido un éxito resonante en Ostende en el gran «gaia» de la moda organizado por «Femina».





sa», con canelones, que estuvieron en moda hace veinte años. Pero aquellos vestidos eran largos, mientras que los nuestros siguen siendo cortos; el corsé de entonces nos hacía un talle de avispa, mientras que las fajas actuales no comprimen más que las caderas y dejan el busto completamente en libertad.

GOUPY

Hermoso abrigo de noche en «lamé pekiné» formando anchas listas en oro y marrón. El cuello es de liebre negra; de la misma piel son las dos tiras que lleva en el bajo y que están separadas por un entredós de seda trenzada, en rojo y oro.



sia, de sus privaciones, de sus sacrificios al resistir las tentaciones que les brindan las pastelerías con sus golosinas.

El talle vuelve a colocarse en su sitio, pero rara vez lleva un cinturón. El traje sigue la línea del cuerpo, con lo cual volvemos a los vestidos «prince-

CHARLOTTE

Nos hemos acostumbrado a la hechura juvenil de los «jumpers» y aun vemos muchos en las nuevas colecciones. El adjunto modelo es de crespón «vieux bleu» con tiras de paño azul adornadas con incrustaciones de cuero cobrizo. Del mismo cuero es el cinturón.



Así, pues, los nuevos vestidos se estrecharán ligeramente en el talle, pero no serán ceñidos.

Los escotes son mucho menos pronunciados, y veo numerosos cuellos muy altos. ¿Osaré decir que he visto reaparecer las ballenas «sujeta-cuellos», aquel suplicio del que nos creíamos

CHARLOTTE

Abrigo de «ziblikasha» color rosa viejo, con un amplio cuello de piel; lo adorna alguna que otra pequeña incrustación de paño rojo antiguo. El vuelo es debido a dos grandes tablas colocadas a ambos lados.



libres para siempre? No creo que muchas mujeres se decidan a adoptarlo de momento; preferirán el escote redondo que llega hasta el nacimiento del cuello, el «cuello-écharpe», o cierta novedad ideada por *Charlotte*, y que consiste en una tira plisada, ceñida al cuello por una cinta que se ata por detrás.

GOUPY

Este trajecito ha obtenido un éxito enorme entre las escasas parisinas que han podido ver ya las colecciones de invierno. Se compone de un «jumper» con ajedrezado de oro sobre una falda de tul negro con motitas de oro. El cinturón es de ante negro.



El cuello ideado por Worth, también encantador y práctico, se compone de una tira recta y larga que rodea dos veces el cuello y se anuda, bien por delante, bien por detrás. El cuello de piel de los abrigos sube por detrás a la manera de los cuellos Médicis, pero descansa marcadamente sobre la nuca.

NICOLE GROULT

Soberbia capa de noche, en terciopelo «palo de rosa» con amplio cuello y anchísimo zócalo de «vison». El canesú, que descende sobre los brazos, forma en los hombros una línea sumamente favorecedora.



En cuanto a los puños, son muy amplios y muy altos. En mi próxima crónica os describiré los dos movimientos —el vuelo por delante y el vuelo por detrás— que constituyen la cuestión trascendental del día.

PHILIPPE ET GASTON

De estos dos modelos, el de la izquierda es un lindo vestido de muchacha, en muselina de seda color fresa; las anchas rosas estilizadas que lo adornan están hechas en muselina de seda cortada al bias, en varios matices de rosa. Unas hojas de muselina de seda verde, forman contraste con el conjunto.

Los conjuntos que hoy se hacen para la noche son de un lujo refinadísimo y de una elegancia extraordinaria. La capa que acompaña al lindo vestido adjunto es de terciopelo del mismo tono que el vestido, con incrustaciones de encaje de plata y cuello de «renard» gris.



(Foto. Laure Albin Guillot.)

JEAN PATOU

En la colección de «Patou», ha gustado mucho este vestidito de crespón de China, adornado con encaje ocre. Ofrece especial interés la chorrera «en forma» que termina el cuello, anchamente abierto sobre una pechera. La manga, recta, va adornada en el puño con un poco de encaje.



(Foto. Laure Albin Guillot.)

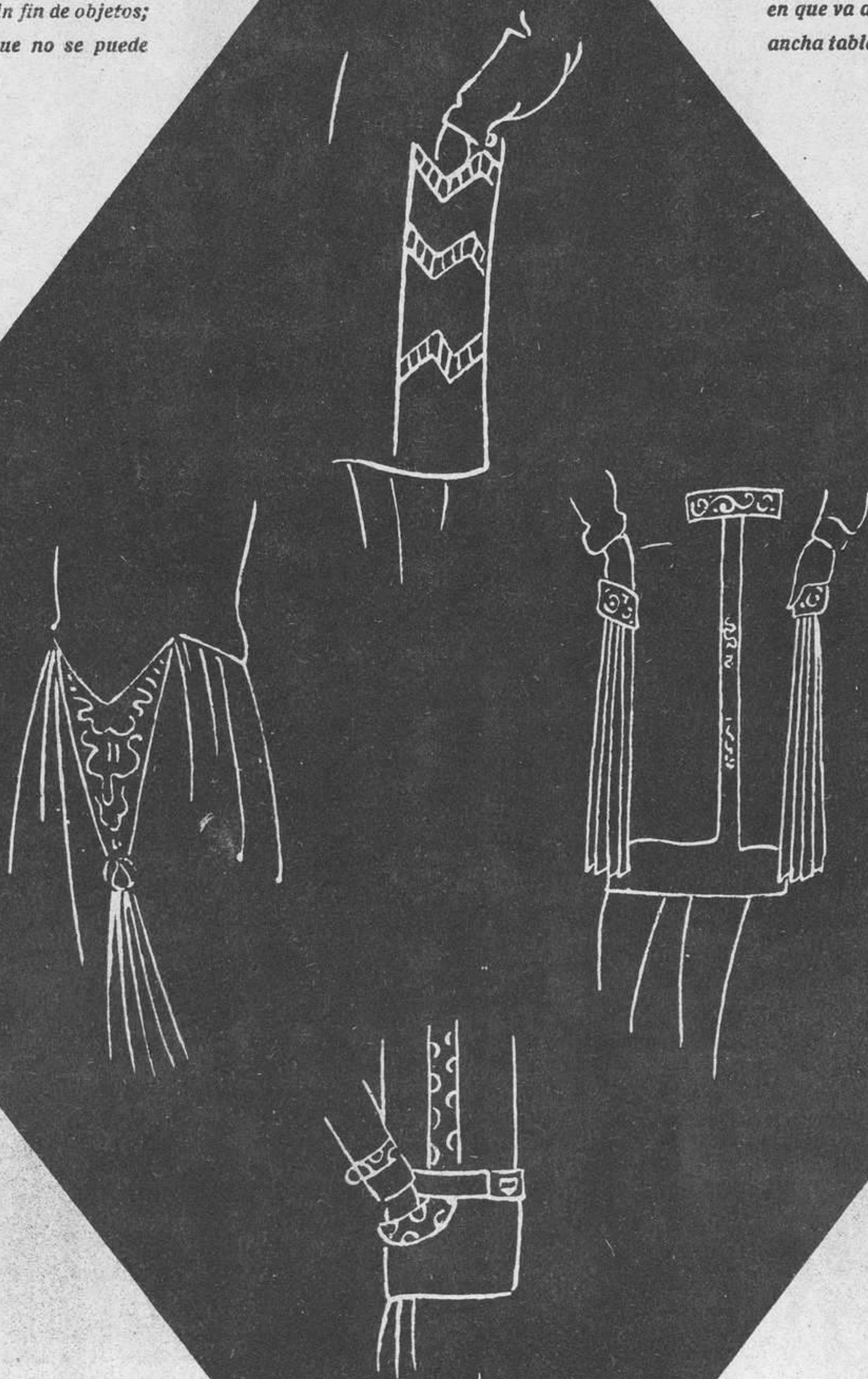
JEAN PATOU

Por la rara elegancia de su línea, este vestido de Patou ha causado una gran sensación. Es de terciopelo púrpuro, y marca algo el talle. Lo adornan, por delante, dos «paneaux», en pico. El zócalo y la «echarpe» son de chinchilla.

Bolsillos

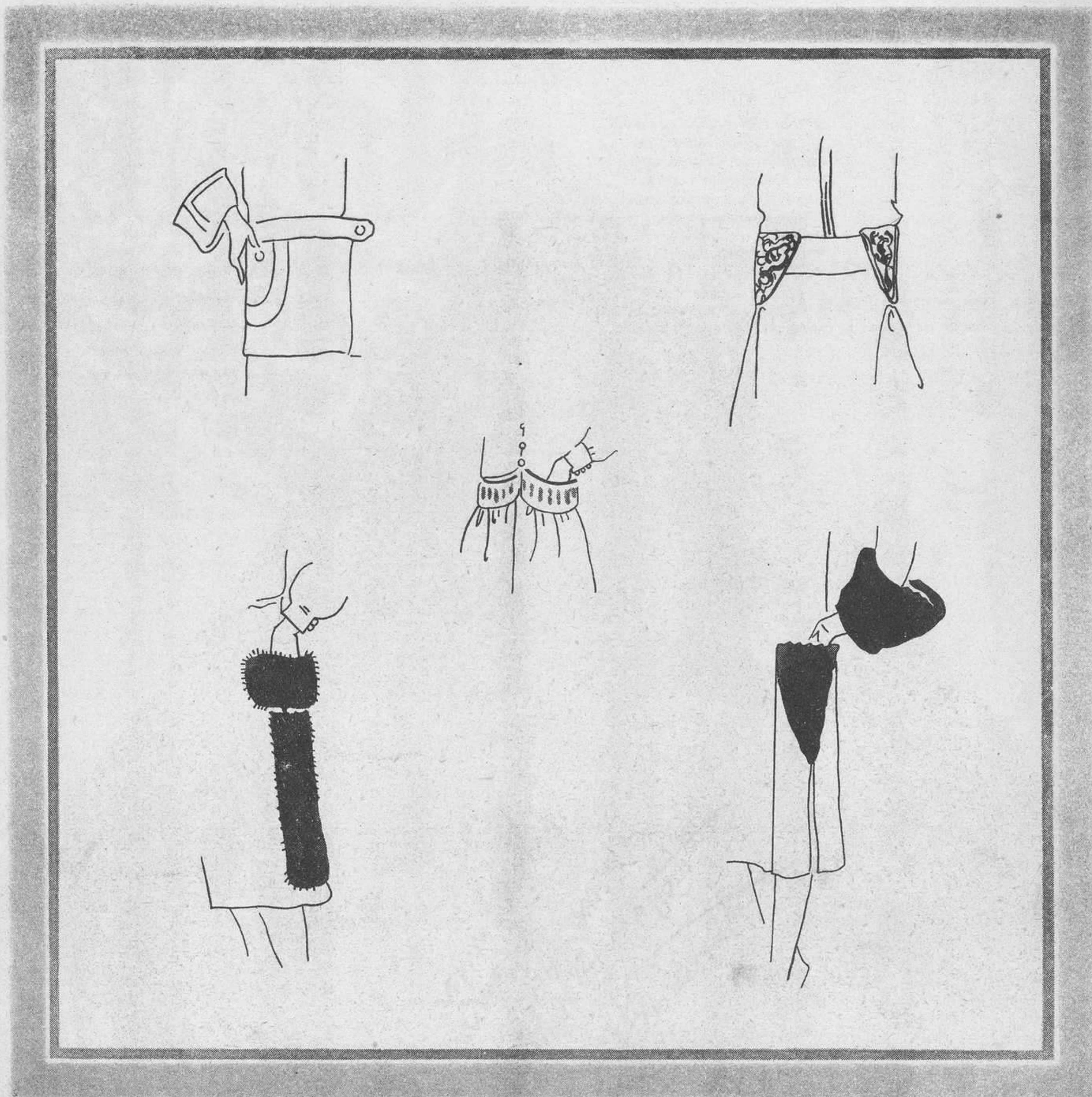
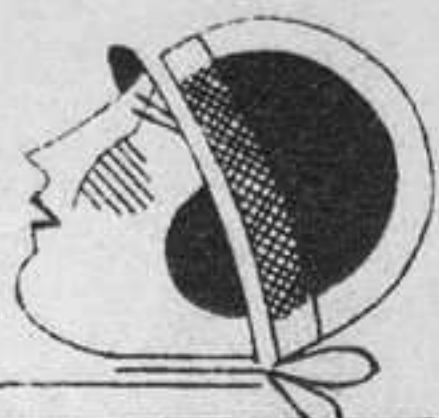
Casi todos los vestidos de ahora llevan bolsillos, pero no nos alegremos demasiado; estos bolsillos no impedirán que, según nuestra costumbre, extraviemos un sin fin de objetos; son unos bolsillos en los que no se puede meter nada.

En muchas tunicas y faldas, el vuelo se inicia bajo unos bolsillos colocados a los lados. Este es un medio práctico de señalar el sitio en que va añadido el «panneau» plisado, o la ancha tabla, que es la preferida para los trajes de «sport».



Los bolsillos, constituyen a veces un motivo decorativo; acompañando un conjunto muy sobrio, van bordados en colores; también se hacen en cuero plateado o dorado, que se recorta como un bordado «Richelieu»; se aplica sobre el tejido y se borda luego con sedas de diversos colores.

Si preferís las fantasías más discretas, ribetead sencillamente el cuello y los bolsillos con una franja de cuero metálico; esto, sin dejar de ofrecer un aspecto novísimo, es más sencillo de hacer y más sobrio. El cuero plateado armoniza admirablemente con todos los colores.



En los abrigos y los trajes de sastre clásicos, los bolsillos van, a veces, subrayados con una incrustación de otro tejido. Un amplio bolsillo abotonado, imprime un sello gracioso en los trajes de «sport».

Los bolsillos «soutachés», de los cuales nace un «godet», presentan un aspecto no menos nuevo que los anteriores. Los he visto en trajes de terciopelo negro y estaban bordados con felpilla gris, violeta y blanca, o con hilos de oro mezclados con cuentas de varios colores.

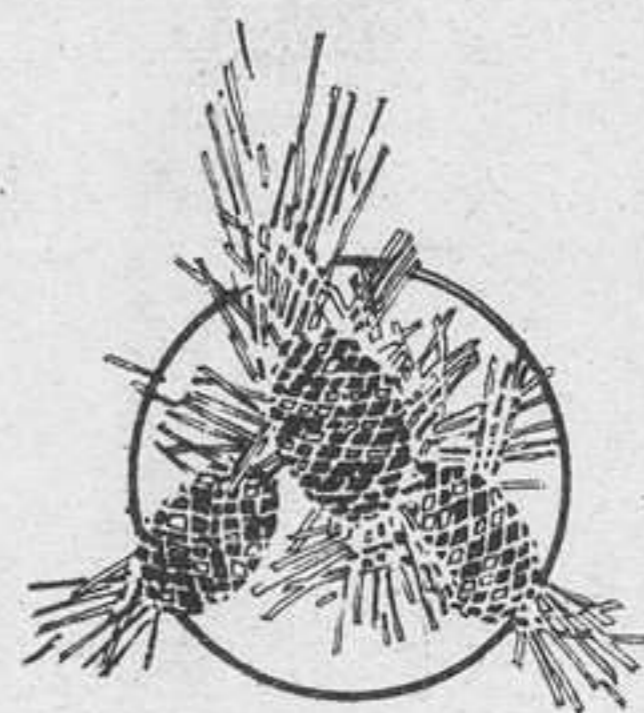
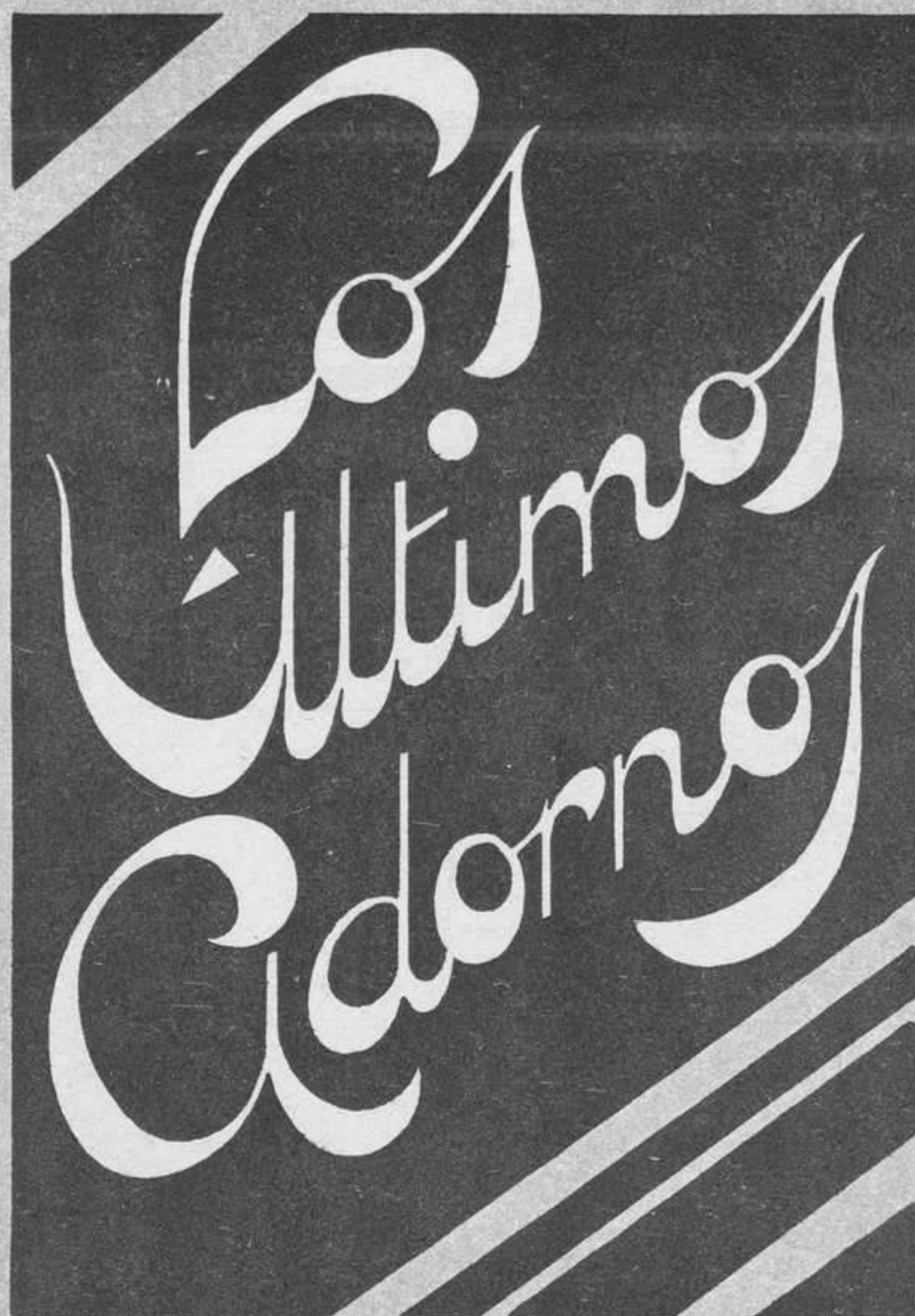
Si gustáis de las fantasías algo atrevidas, podéis colocar los bolsillos a la altura natural del talle, acentuando así el sitio que ha vuelto a ocupar la cintura. En algunos nuevos trajes de sastre, he visto cuatro bolsillos al bias, dos a cada lado.

En algunos abrigos de terciopelo de este invierno he visto «panneaux» y bolsillos de piel, colocados en la forma que indica el grabado; os recomiendo para ello las pieles de pelo corto. Sólo poseyendo la maestría en el corte, que tiene «Poiret», puede uno atreverse a utilizar pieles como la de oso.

He aquí, bajo un bolsillo de piel en forma triangular, una tabla que da vuelo a la falda, facilitando así los andares. Algunos modistas ahuecan ligeramente este bolsillo en su parte superior. Yo le prefiero plano, en nutria o en topo dorado.

POIRET

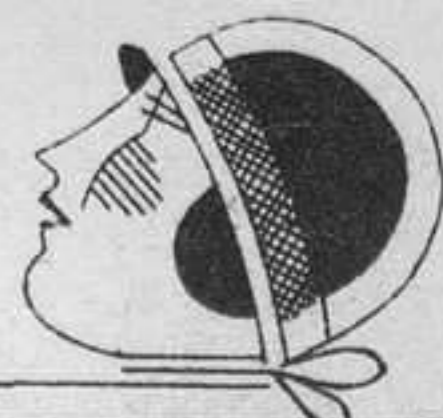
Cualquier abrigo creado por «Paul Poiret» está marcado por un sello especial. Este modelo, es de raso negro, forrado de raso verde. Cierra con dos caídas que cruzan por delante y se anudan por detrás. El cuello es de «renard» negro. Un bordado en oro y plata y unas borlas de oro adornan las mangas, que son bastante amplias.



DE algunos años a esta parte los adornos habían caído en desuso y ya casi nos habíamos desacostumbrado de ellos. El vestidito recto se contentaba con poco; un solo detalle, un escote original, se bastaban para darle el sello de *grande maison*, imprescindible a su elegancia. Pero ahora hemos cambiado muchas cosas; ya vuelven los antiguos adornos y aparecen nuevas fantasías ingeniosas.

Los calados a mano siguen en boga en la casa *Vionnet* y, por lo tanto, en todas partes.

Estos calados se disponen en los vestidos a lo



REDFERN

En las colecciones se sigue viendo mucho «lamé». He aquí, por ejemplo, un vestido de «tissu» de oro rojo, adornado con «bouillonnés» del mismo tejido. Un bordado que forma un dibujo de «matelassé» cubre el abrigo, de doble cara, en «tissu» de oro y terciopelo rojo.

largo del cuerpo; sirven también para acentuar el vuelo de la falda. He visto en algunos vestidos canelones postizos, unidos por medio de calados bordados. En otros, los calados formaban anchos entredoses cuadrículados. La diversidad de este adorno es infinita y su aspecto es siempre encantador. Un vestido de crespón de China, sencillamente adornado con calados, tiene que resultar de una discreta elegancia.

La piel ocupa hoy en los bordados un lugar preemi-

nente. Sobre los trajes de terciopelo negro se distribuyen algunas flores hechas en piel; pero estos motivos me parecen demasiado complicados y no acaban de gustarme. Prefiero

una combinación que varios excelentes modistas utilizan para hacer abrigos y chaquetas cortas: consiste en unos cuadros de piel alternando con cuadros de tejido. No diré que esta fantasía sea la más indicada para afinar la silueta, y creo que las mujeres algo «llenitas» harán bien en abstenerse de ella. A esta clase de mu-



GOUPY

Vestido graciosamente original, a la vez que fácil de poner. Es de terciopelo brochado, sobre un fondo de crespón «Georgette». La túnica negra cae, formando picos, sobre un zócalo de este terciopelo rosa. El contraste de los dos tonos es de un efecto encantador.

eres no les está permitido más adorno de piel que el del cuello alto «en forma», que se sujeta con una lazada de cinta. Un zócalo estrecho, de la misma piel ribetea la falda, y el conjunto ofrece un bonito aspecto invernal.

He visto muchos vestidos de terciopelo vino de Burdeos o verde «botella», adornados con «rata chinchilla», que es una piel preciosa. Tiene los mismos tonos que la chinchilla y no cuesta tan caro.

Los cuellos de piel de los abrigos forman un movimiento nuevo: descienden en pico por la espalda, a modo de pequeño canesú. También he vis-

to abrigos adornados con largos canelones de nutria decolorada o de topo *mordoré*. Pero es preciso, para que esto no ensanche la silueta, que los canelones sean largos y estrechos.

Ya he hablado de las pieles teñidas. ¡Extraño capricho! Tenemos topo encarnado, conejo violeta, *renard* rosa o verde. *Premet* utiliza mucho estas fantasías. Recuerdo haber visto en su colección un conjunto en terciopelo blanco, adornado con *re-*



LUCIEN LELONG

Pocas mujeres dejan de apreciar la comodidad de los vestidos de encaje. Este modelo es de encaje de seda, suavemente degradado del marrón al «beige». Un grueso ramo de claveles rojos, pone en el talle una preciosa nota de color.



REDFERN

Lindo abrigo de tarde que también puede servir para ir a un «diner». Es de alpaca de seda palo de rosa, forrado con terciopelo marrón. Ambas cosas pueden llevarse indistintamente hacia dentro o hacia fuera. El cuello es de cibelina.

nard violeta, preparado para los deportes de invierno. Si yo me atreviera, os confesaría que prefiero que las pieles conserven sus tonos naturales, y que un abrigo de piel de gacela artificialmente descolorida, no me hace mucha gracia. Puede que nos acostumbremos a estas fantasías de color.

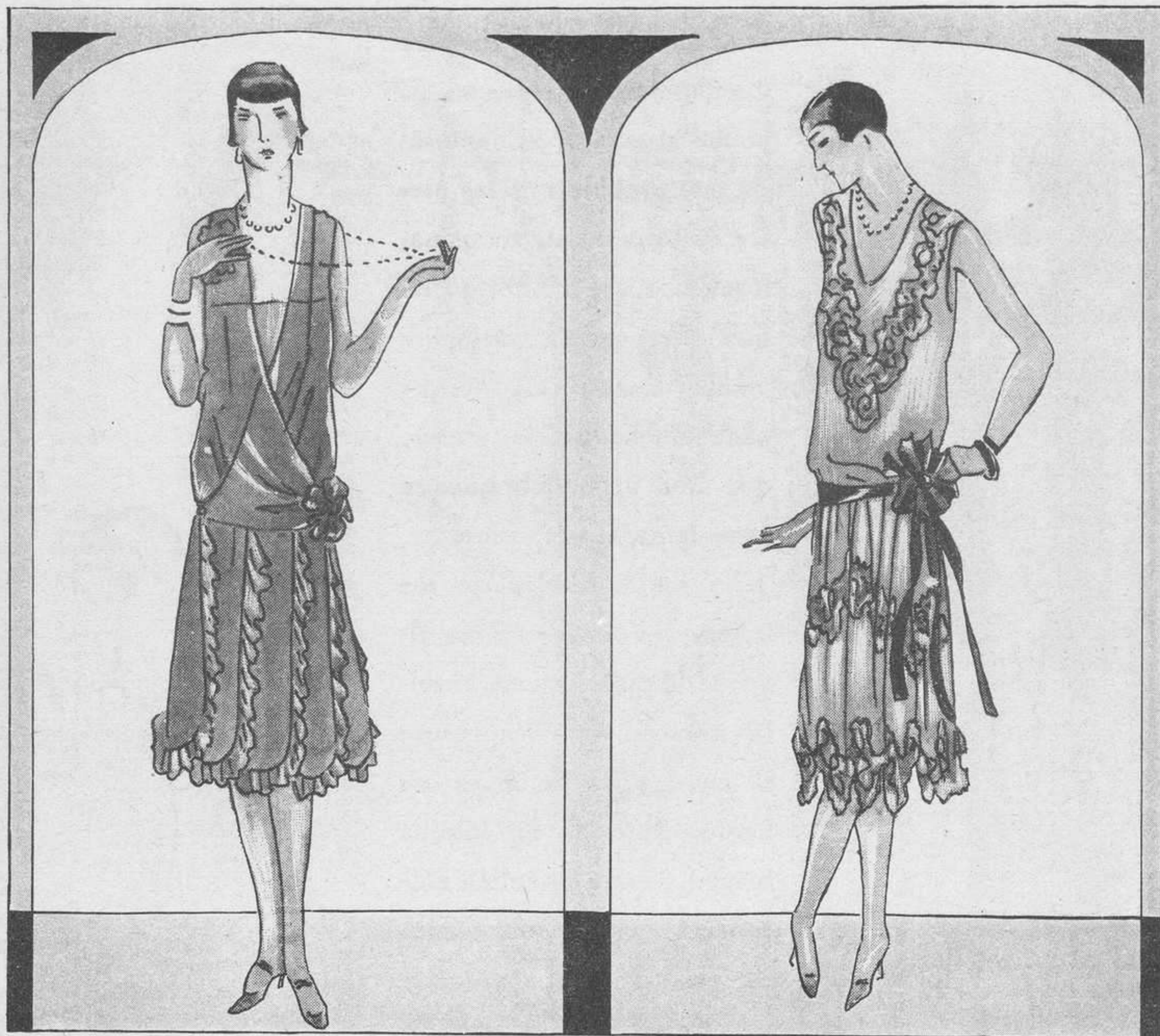
En los bordados de los trajes «de vestir» se usa algo de felpilla, lo cual resulta precioso. *Drecoll* presenta un vestido de *marocain* negro, bordado en felpilla blanca, de una auténtica elegancia. También son encantadores los abrigos *matelassés*. Resultan a la vez de mucho vestir y de un aspecto sobrio. En casa de *Dæillet*, de *Redfern*, de *Martial et Armand* he visto abrigos *matelassés*, de doble cara, en seda oscura o en *lamé* de oro, con el forro de terciopelo; la idea me parece oportunísima para las salidas de teatro, pues cuanto más abriguen, mejor.

¿Y los bordados de abalorios? Son multicolores y de una riqueza extraordinaria. Se han copiado y vulgarizado de tal modo, que para atreverse a llevar un traje de este estilo, es indispensable que sea una perfección y que los matices estén combinados con un esmero refinado. Es evidente que unas anchas flores



LUCIEN LELONG

Suntuosísimo es este vestido de «Lucien Lelong», de muselina de seda rosa, bordado con plata y cristal. La falda es de muselina de seda negra con unos paneles bordados. Tiene mucho vuelo y la ensancha aún más un zócalo de «renard» negro.



PHILIPPE ET GASTON

Vestido de noche de un aspecto gratamente sencillo. Es de crespón «Georgette» azul fuerte, ribeteado con una tenue cinta de plata. Los volantitos plisados de la falda están bordeados por un ribete de plata sin fruncir. Al talle, una gruesa flor.

NICOLE GROULT

Vestido de preciosa tonalidad, en muselina de seda blanca y encaje de oro. La falda, muy fruncida, termina con un ancho entredós de oro, dentado. El cinturón es de galón de oro y cinta de terciopelo.

bordadas con abalorios en violeta y gris oscuro, sobre un crespón *Georgette* gris o una mezcla de gris y de *mordoré*, son de un efecto muy moderno. Sin embargo, prefiero las tenues lentejuelas irisadas, que son más nuevas, y las lentejuelas de cuero dorado.

Al terminar debo señalaros, entre los nuevos adornos, los bordes de plata que habréis visto en las carteras de piel y que seguramente os sorprenderá hallar hoy en los vestidos. Se ponen principalmen-



GOPY

Vestido de «diner» en «lamé» color de berenjena y plata. Lo adorna un encaje de plata que va incrustado en la parte superior. Este encaje forma una ancha cintura y se prolonga por delante, formando en la falda un «panneau» muy fruncido. Esta disposición es muy a propósito para afinar la silueta.

te en los de crespón de China negro. *Worth* tiene un traje encantador que no lleva más adorno que éste en las mangas y la *écharpe*. Los bordados se hacen en cuero o en piel, tanto como en felpilla. En los trajes de noche las lentejuelas mates o irisadas forman bellos motivos multicolores. Pero todo esto no resta encanto a las incrustaciones de tela, que siguen siendo uno de los adornos favoritos, porque son a la vez muy difíciles de hacer y muy sobrios.

En breve, hablaré de los encajes, que, por sí solos, merecen un capítulo aparte.

MARTINE RÉNIER.



LA FANTASÍA EN LOS DESCOTES

¿Empezaremos a tener lógica? La moda de este invierno tiende a suprimir el escote, y a adoptar el cuello muy alto. Incluso hemos vuelto a ver ballenas que nos recuerdan el suplicio de otros tiempos. El cuello que aparece arriba de esta página es de terciopelo, ribeteado con piel.



En el recuadro, a la derecha, cuello de terciopelo blanco para vestido de terciopelo negro. Este cuello es amplio y, por detrás, bastante alto. Se complementa con un ancho lazo de raso verde o azul «Roy». Se lo aconsejo solamente a las mujeres muy esbeltas, que tengan el cuello bastante largo.

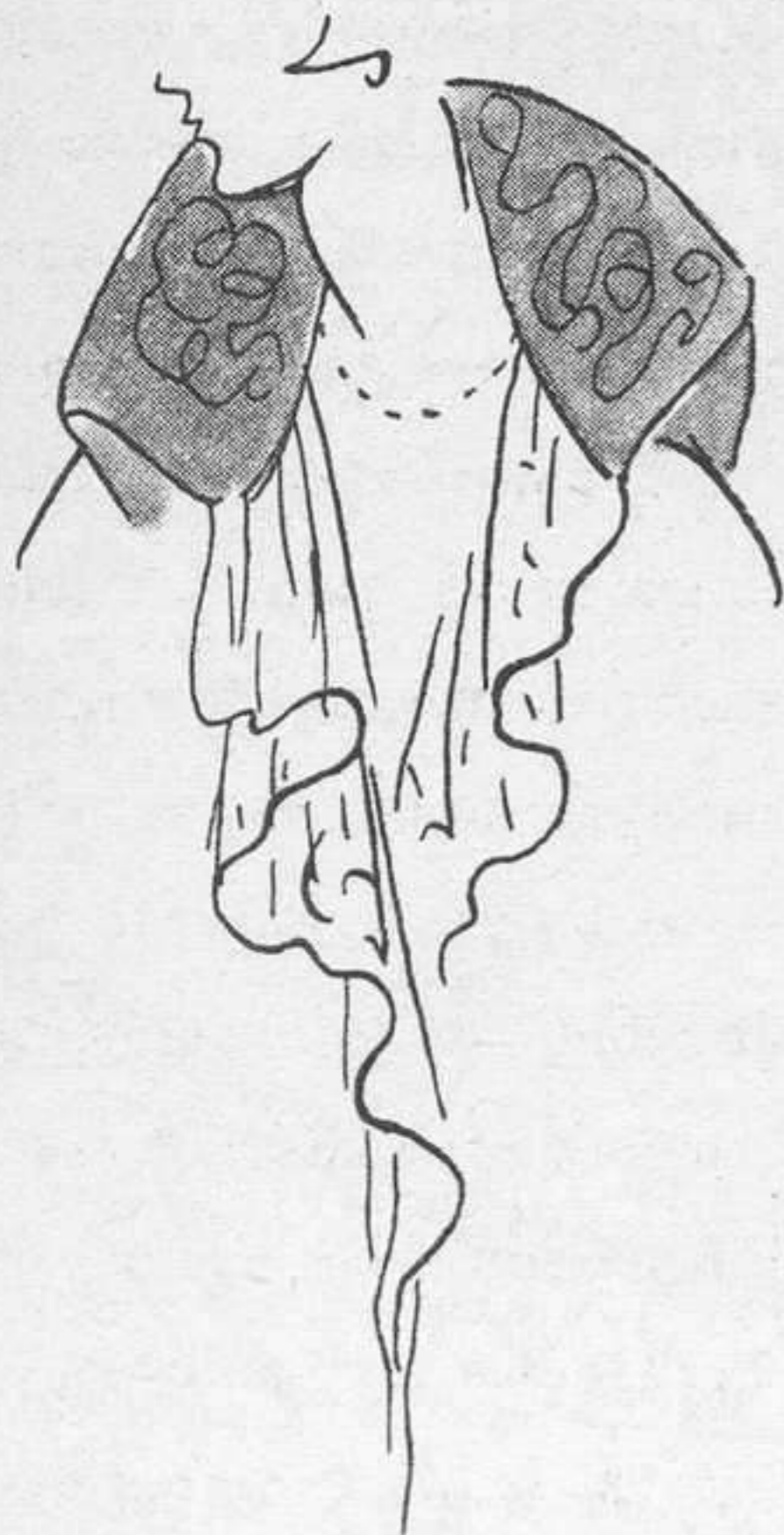
A la izquierda, en el recuadro, cuello actualmente muy en boga y susceptible de modificarse a voluntad. Consiste en una cinta flexible, que puede ser lisa o con dibujos. Esta cinta cruza por detrás y se ata por delante, bastante abajo. Su efecto es muy agradable con un vestido oscuro.

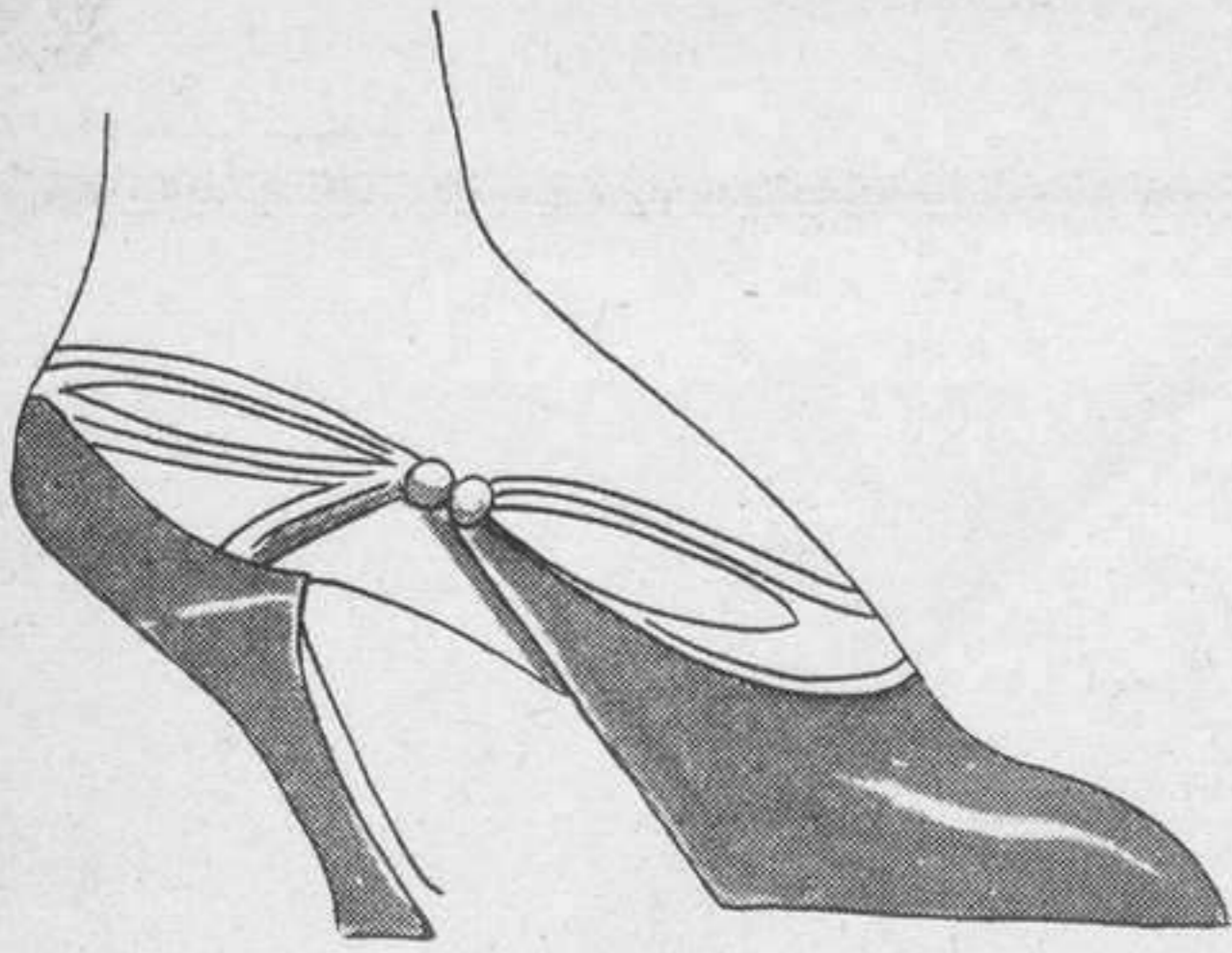
En algunos abrigos nuevos, aparece el cuello Médicis de antaño. Se forra con piel, a menos que se prefiera ribetearlo con terciopelo «coulissé». El que vemos en el recuadro, es de «lamé» de oro, ribeteado con terciopelo marrón. Idéntico terciopelo rodea el cuello y se anuda por delante.

Nada más encantador, para un traje de vestir, que la mezcla de la piel y el encaje. Este cuello —a la izquierda— está indicadísimo para un traje de sociedad, de terciopelo gris, adornado con piel de topo y encaje de plata.

Este cuello de muselina, compuesto de una tira de muselina anudada por delante, y dos caídas plisadas a ambos lados, será de un precioso efecto «flou» en un «deshabillé» de muselina de seda.

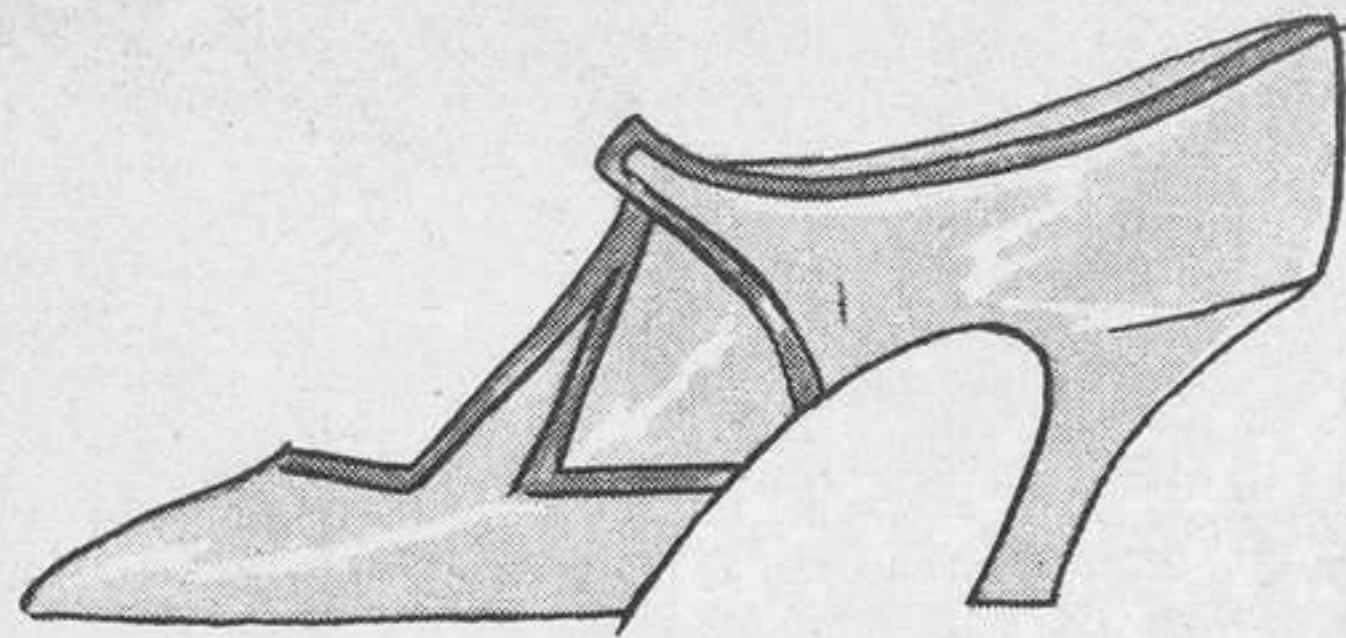
En un traje de jovencita, en crespón de China azul «lavande», he visto este escote formado por dos cintas de terciopelo del mismo color que el traje, que se juntan y se anudan por delante.





Zapato de charol negro y ante gris. Una finísima tira de charol está incrustada en el ante, y sigue el dibujo de las trabillas; el zapato cierra a los lados con dos botones grises.

Calzado

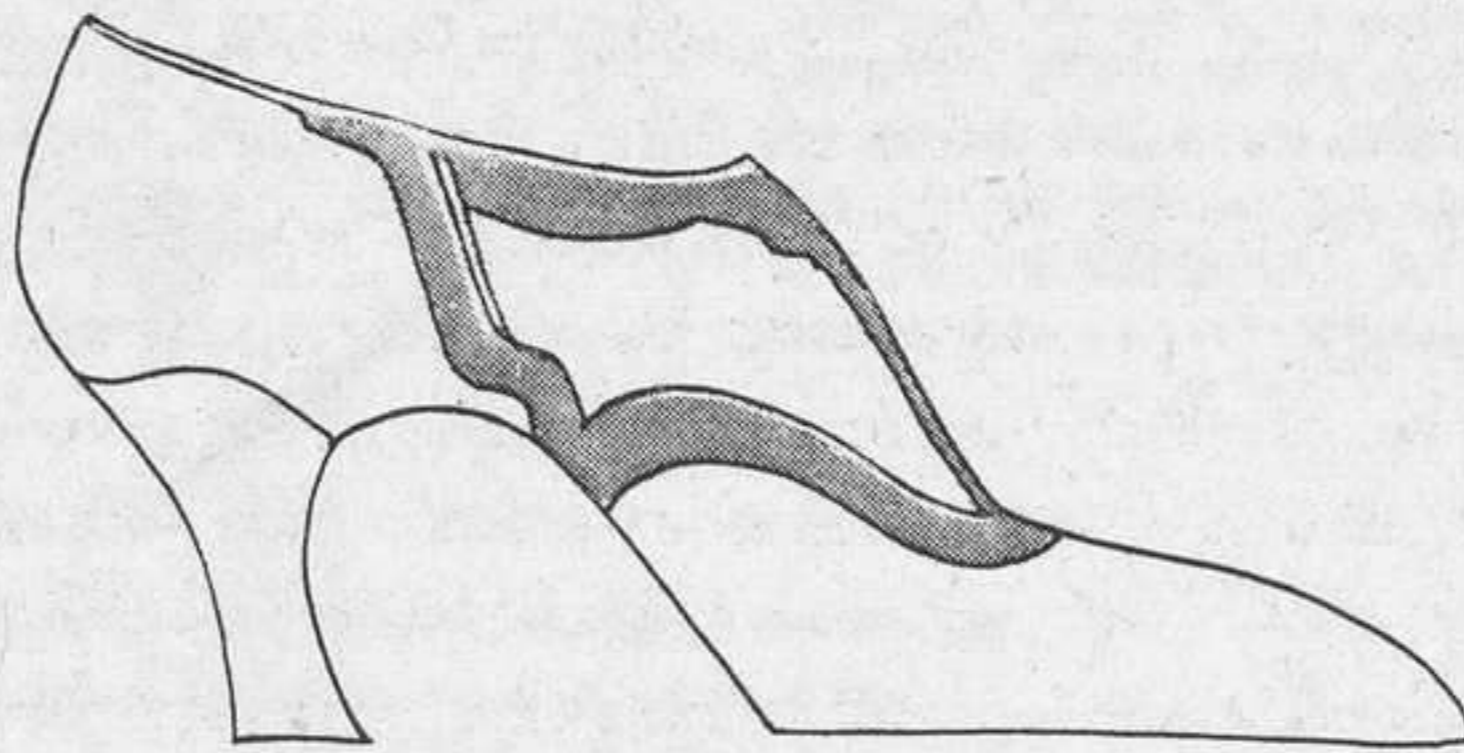


Zapato de charol «barquillo», ribeteado con una franja de charol «habano»; se puede llevar con media color barquillo o con media color «marocain», pues debe advertirse que este año las medias son generalmente más oscuras que los zapatos.

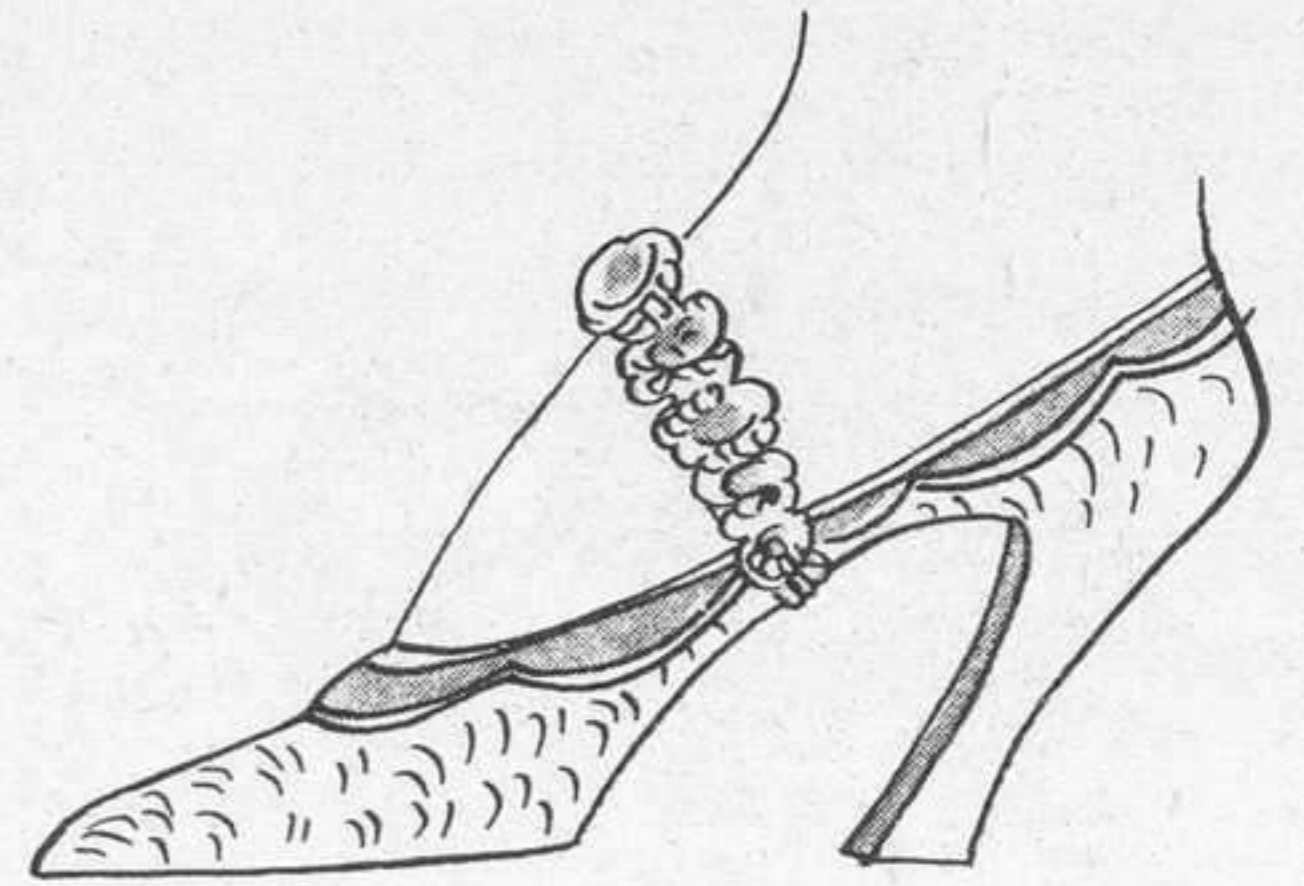


El calzado es actualmente una de las partes más importantes del indumento femenino. Las faldas cortas permiten ver, no ya sólo la delicada labor del zapatero, sino también las medias de seda, cuya perfección es una de nuestras principales causas de preocupación. ¡Qué desastre cuando se escapa un punto durante un baile o un paseo! ¡Qué de cuidados requiere el fino tejido, cuya duración, ¡ay!, no siempre está en relación con su precio.

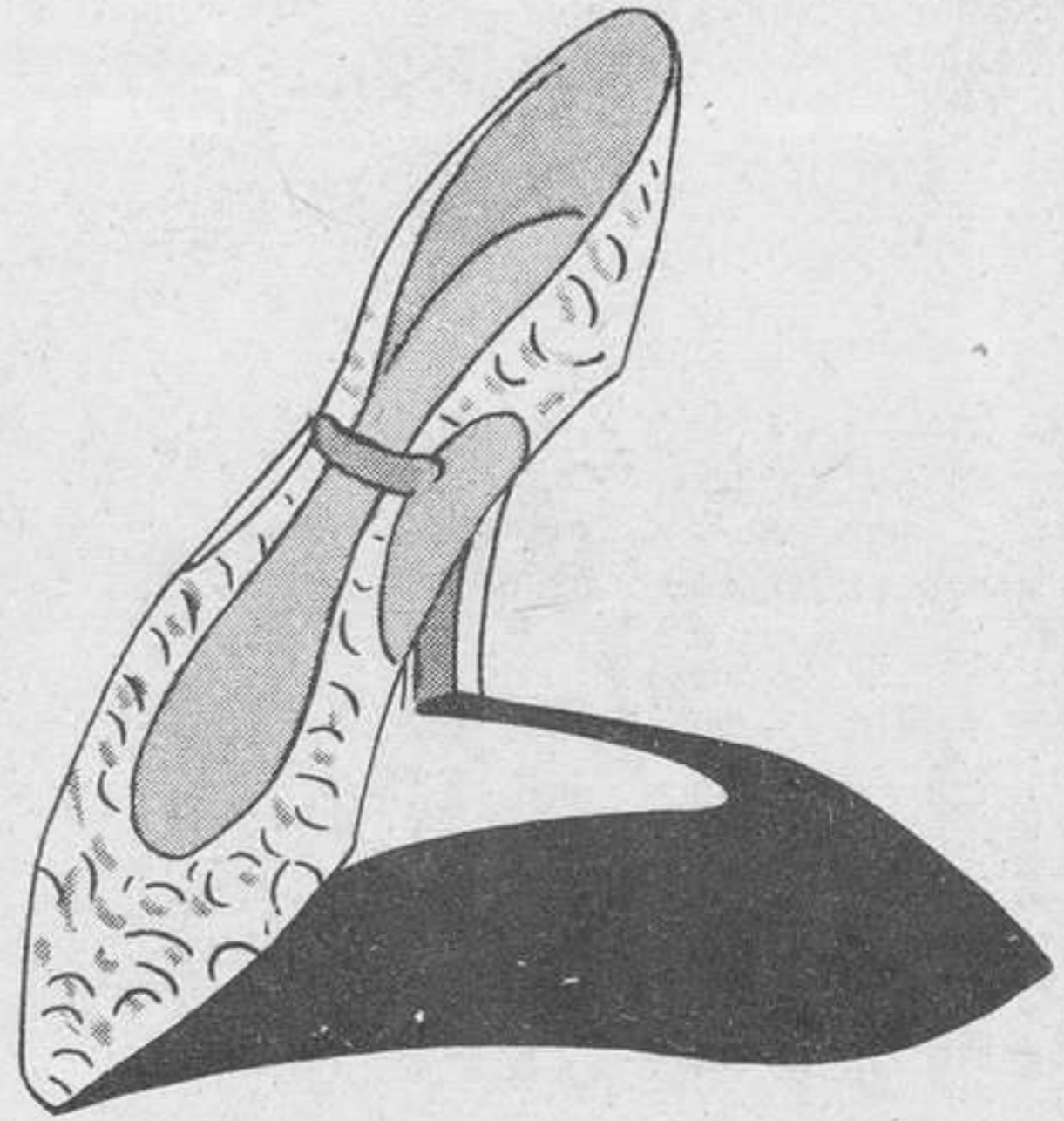
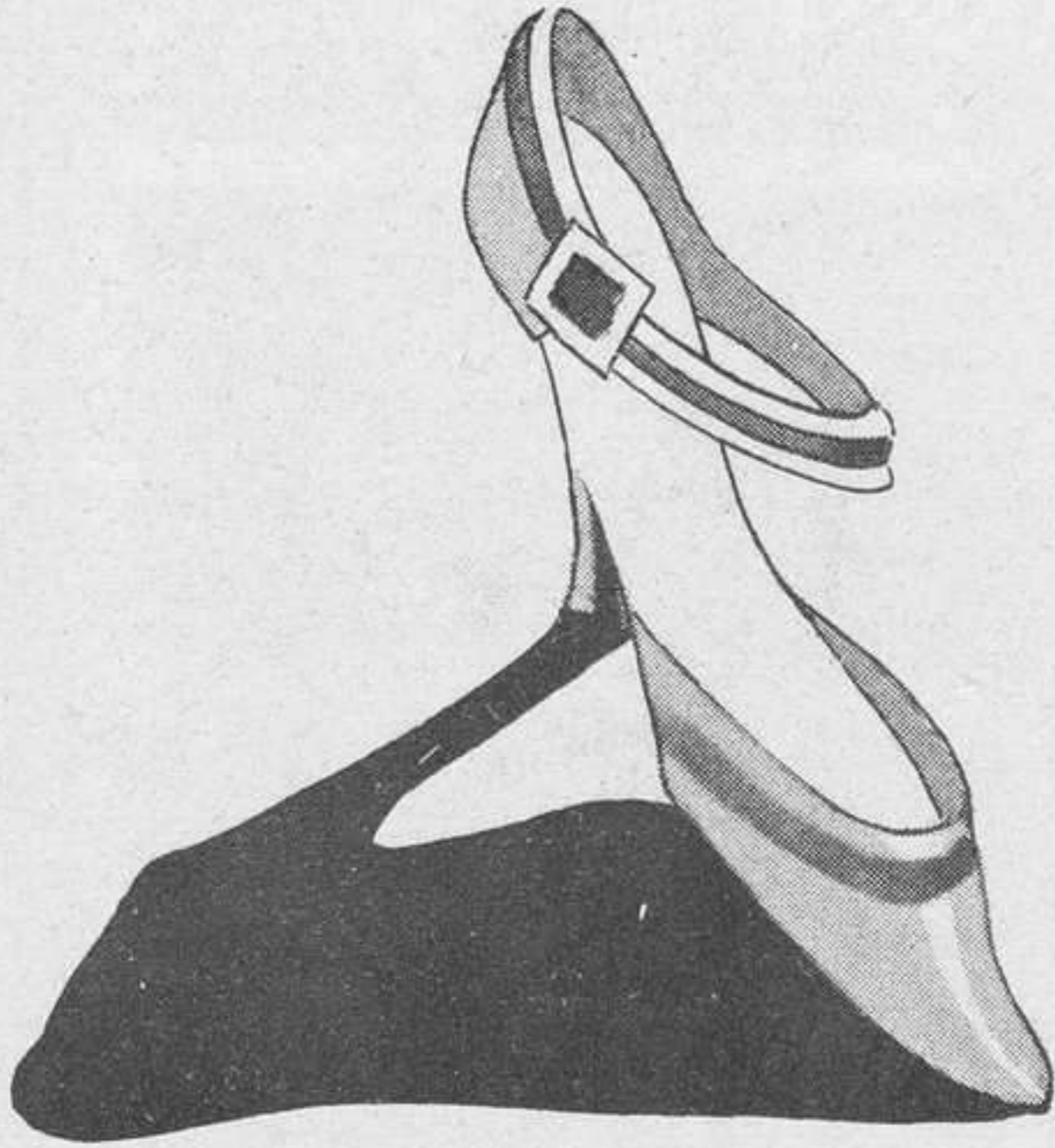
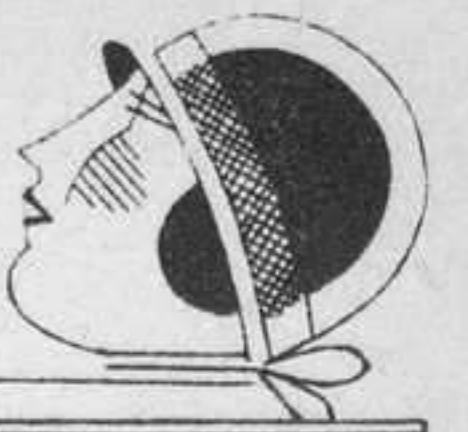
El calzado de ahora es, a la vez, sencillo y complicado; hemos abandonado un poco las numerosas trabillas entrecruzadas, y el objeto esencial de la labor del zapatero es la elección y la combinación de los cueros y de los tejidos; en efecto, casi siempre los zapatos se hacen en dos cueros distintos, y la cabritilla, que vuelve a estar en boga, se presta mucho a este género de disposiciones; en la cabritilla marrón, se incrusta una franja de la misma piel en color beige; en la cabritilla negra, una franja de



He aquí una bonita forma clásica que un gran zapatero de París hace en ante blanco y ante gris o negro, o en cabritilla blanca y cabritilla «habano». La franja, más ancha que las que se hacen habitualmente, da a este zapato mucho «cachet».



Por la noche, en Ostende, una elegantísima americana llevaba el adjunto modelo, de raso «chiné», plateado y verde, con una franja de raso verde, ribeteada por cuero de plata; unas esmeraldas aparecían incrustadas en la trabilla de plata.



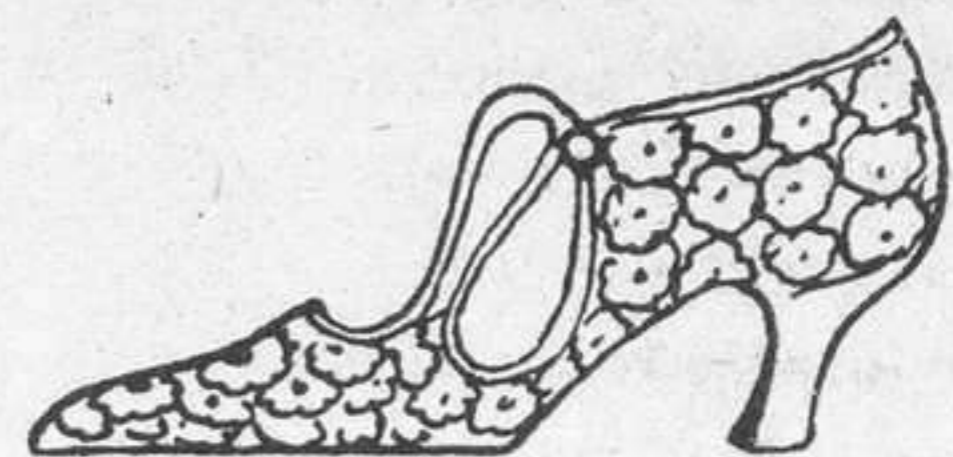
Muchas mujeres adoptan ahora el zapato de raso «rubio», del mismo color que las medias; hacen bien, pues además de ser encantador, este zapato ofrece la ventaja de armonizar con casi todos los vestidos; el adjunto modelo lleva incrustaciones de raso color castaño.

Estos zapatos de oro «gaufre» tienen una forma sencilla y original; una trabilla de galalita, del mismo tono que el vestido, sujeta los dos bordes sobre el empeine.

ante, gris. Los zapatos, sobre todo, se prestan a múltiples fantasías, y recientemente he visto en Deauville unos zapatos blancos, de cabritilla acharolada, que tenían un brillo casi irisado, y que deben de ser mucho más fáciles de limpiar que los de ante; también en Deauville he visto muchos zapatos hechos con estrechas tiritas del mismo color que el vestido, que resultaban encantadores.

Para por la noche, el cuero dorado o plateado goza de gran favor que, a juicio mío, no merece.

Confieso que esos pies que parecen realmente estar calzados de metal, me dan una impresión de mal gusto, algo así como si fueran para «nuevos ricos». Prefiero, con mucho, el raso color «rubio» igual al de la media, de la cual parece ser una prolongación; este zapato hace el pie tan menudo, tan gracioso!... Acaso os parecerá demasiado sencillo..., puede que lo sea, en efecto; pero hay casos en que la sencillez sigue siendo la suprema elegancia. Y si deseáis fantasías más lujosas, buscad zapatos finamente bordados; entre éstos los hay de una gracia, a la vez discreta y fastuosa.



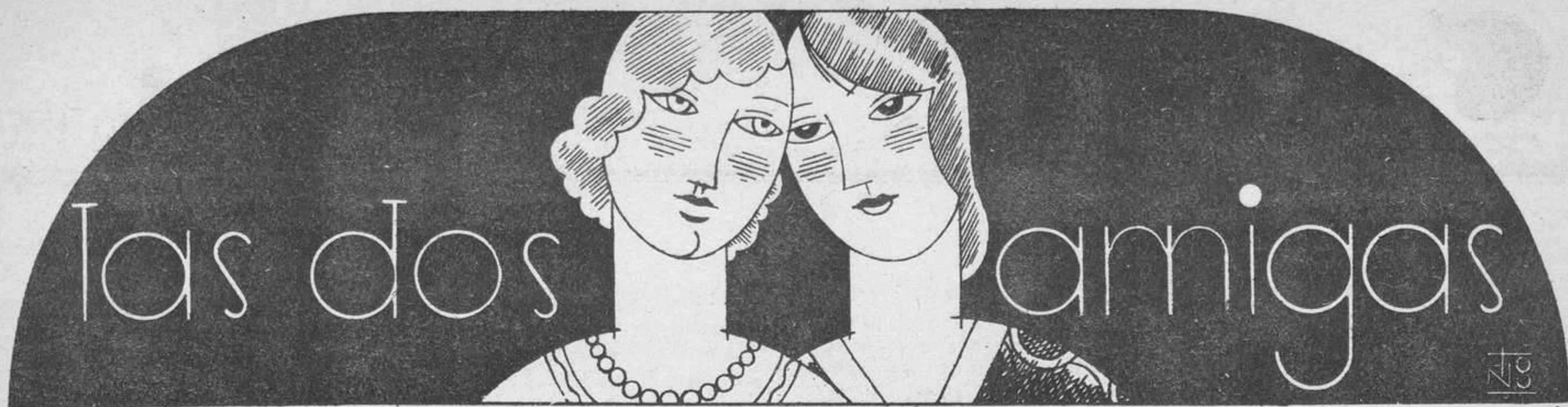
Zapato de plata, listado con respuntes de oro; dos botones de plata sujetan sobre el empeine una trabilla, bordada con un finísimo «soutache» dorado. El tacón, es dorado también.

Unos dibujos menuditos —un motivo ancho sería antiestético y haría parecer grueso el pie—, bordados con avalorios multicolores, dan a este zapato un brillo resplandeciente. El ribete y la trabilla son de cuero de plata.



(Foto. Madame Albin Guillot.)

He aquí un nuevo adorno, o, mejor dicho, un adorno antiguo, que vuelve a estar en boga: los rizados de cinta. Este modelo es rosa pálido; la parte superior es de «crepe satin», y la falda es de muselina de seda.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

La heredera sentía por su amiga una especie de piedad afectuosa, mundana, ligera, imperceptible; uno de esos sentimientos confusos, de los cuales uno se da cuenta perfecta, y que se guardan en el fondo del corazón, sin saberlo, cual un mal ignorado que no nos altera el color ni el carácter. ¡La pobre Clara! Odette, bondadosa por naturaleza, hubiese querido serle agradable, sobre todo aquel día.

Hay también en la vida días felices, en que la dicha que experimentamos nos hace mejores, nos infunde la idea de dar gusto, de hacer regalos, de ver como una imagen de nuestra alegría la alegría en los rostros de los demás.

A los postres, la señora Angerolle abrió la bolsa de bombones y la hizo pasar de mano en mano.

Era la última «creación» de aquel año de un gran confitero; una envuelta fina de chocolate recubriendo una cereza al *kirsch*. Se rompía de un mordisco la envuelta succulenta y se sentía la pulpa de la fruta impregnada de licor, que al aplastarse ligeramente sobre la lengua llenaba la boca con su perfume.

El abogado instalóse aparte, en un sillón de brazos. Cerró los ojos; desde hacía tiempo, no guardaba etiqueta alguna con Clara. Y en seguida se quedó dormido. Aquella siesta constituía la diversión de las tres mujeres, pues al despertarse, jamás quería convenir que había estado durmiendo.

Ellas siguieron saqueando la bolsa y comiendo bombones. Por fin las dos muchachas marcharon al cuarto de Odette.

—Dejemos dormir a papá —dijo ésta.

En cuanto se encontraron solas, la conversación recayó sobre la moda de que habían hablado en la mesa. Odette quiso que viese el nuevo vestido que acababan de traerle. Lo colocó sobre la cama. Era muy lindo.

—He pedido a papá que para el día de mi santo, el mes que viene, me regale un *renard* azul, que irá muy bien con el vestido.

—¡Pero si ya tienes un *renard* blanco! ¡Y un cuello de *skungs*!

—Es que me gustan mucho las pieles; además, tengo mucho frío.

—También a mí me gustan —dijo dulcemente Clara—. ¡Tienes mucha suerte en que tus padres te regalen todo lo que les pides! El mío ha encontrado una excelente fórmula: «Si yo ahora te hago muchos regalos, tu marido no podrá regalarte nada después».

Odette había abierto el armario, del cual salían las perfumadas pieles. Hundía en los largos pelos suaves sus dedos voluptuosos. Sopló sobre el pelo del *renard* blanco. Recorrió con el olfato aquella piel que desprendía el persistente olor del animal, mezclado con el delicado perfume de violeta que, impregnando los vestidos y hasta el propio cuerpo de la muchacha, ascendía de las pilas de ropa blanca, se escapaba de los entreabiertos cajones, flotaba en el aire en torno de ella, siguiéndola como una estela.

Era, en verdad, un hermoso *renard* blanco, entero, grueso, sedoso, de largos pelos, sin manchas amarillentas y con las cuatro patas provistas de uñas. Sus ojos de vidrio parecía que miraban. Odette le abrazó cariñosamente. Lo colocó sobre los hombros de Clara.

—¿Qué te parece?

Clara, aunque no entendía de pieles, le gustaban. Sabía además que su amiga no llevaba más que cosas buenas.

—Es muy bonito.

—Te sienta muy bien. Quédatelo, te lo regalo.

Clara enrojeció de gusto. Saltó al cuello de Odette y se plantó frente al espejo del armario, colocándose la blanca piel de diversas maneras para juzgar de su efecto.

Y las dos muchachas, entregadas al placer de los trajes, que es la cuestión más importante para las mujeres de todas las clases sociales, examinaron vestidos, ropa blanca y adornos de Odette.

—¡Qué bonito bolso!

—Tengo tres.

Clara acariciaba con los dedos el pequeño bolso amarillo, de piel de ante, suave y flexible, todo hinchado cual una pequeña odre por el pañuelo, la caja de polvos, el tarjetero y los indispensables *bi-belots*. El cierre era de concha rubia.

—Lo llevo con el traje *beige*, y el bolso de seda negro, con el cierre de marfil, para hacer juego con un traje negro.

—Deberías decir a tu padre que te comprase uno de malla de oro.

—No me gustan para una muchacha soltera. Y además, es más elegante, más *chic*, llevar el bolso que haga juego con el vestido.

Sonrióse al indicar aquella muestra de coquetería. Aún había en el armario otro bolso de tela antigua, con un cierre de plata.

—Mi tía Oudry encuentra que tengo aspecto de una dama antigua cuando llevo este bolso.

—¡Qué idea!

—Me da lo mismo, porque no lo llevo nunca.

—¡Es lástima pensar que está arrinconado en el fondo de un armario!

—No, porque te lo regalo.

Hubiese dado los cuadros, los vestidos, las bomboneras, los sombreros, todo lo que había en el cuarto, por el placer de que los demás fuesen dichosos aquel día, que para ella era un día de fiesta, de gran alegría, de grandísima ventura. Sonrióse.

—¡Tómalo! ¡Mi futuro me regalará otro!

Clara tomó un tono de voz indiferente para hacer una pregunta. Indudablemente, aquella idea de un futuro esposo la preocupaba. Y preguntó curiosamente:

—¿Qué te ha dicho esta mañana el señor de Ansauvillers? Le gustas mucho. Se ve a la legua.

—Ha prodigado elogios a mi vestido.

Y añadió:

—Eso siempre agrada.

No quería decir nada más.

Guardaba su delicioso secreto con una ardiente voluntad de enamorada huraña, delicada y sentimental.

Y sus ojos color de zafiro se oscurecieron, como si voluntariamente se enturbiase su agua clara para ocultar a todos los maravillosos tesoros de sus íntimos pensamientos.

VII

Odette, tendida en la *chaise-longue*, tenía un libro abierto sobre las rodillas. No leía. Estaba en la misma posición de la «soñadora» que figura al pie del busto de Maupassant, en el parque Monceau.

Un forro de tela antigua bordada en oro, que un día le regaló Clara, recubría el libro. Un gran radiador esparcía un calorillo dulce. Para alegría de los ojos, ardía una hoguera en la chimenea. El suave olor de las flores era penetrante en aquella cálida atmósfera de invernáculo.

Fuera de los cristales, la columna plateada del termómetro había bajado. Adivinábase, al ver el cielo rojizo, que hacía un frío húmedo y que las avenidas debían estar llenas de hojas secas, podridas, y de gente con frío que marchaba de prisa.

Pero toda aquella tristeza de noviembre —que es, seguramente, el mes más triste del año— se detenía allí, delante de la ventana de la alcoba clara, alegre, coquetona, en donde vertían su luz los espejos, los cuadros y las flores.

Odette sentíase feliz; pero estaba nerviosa, emocionada e impaciente. Mauricio de Ansauvillers aquel mismo día, casi en aquel mismo momento, iba a hacer la petición oficial de su mano. Lo sabía por él, y esperaba el resultado.

No había salido para poder leer más pronto en los ojos de su padre su opinión; para oír la famosa frase: «El señor de Ansauvillers nos ha pedido tu mano», y contestar en seguida: «Se la concedo de muy buena gana»; para defender cuanto antes su felicidad de muchacha y su porvenir de mujer, si hacía falta; para poder arreglar, por fin, de un modo definitivo, la gran cuestión del matrimonio.

Y, a pesar de todo, sentía no haber salido; tan oprimida se encontraba. Debía haberse distraído, ocupar su imaginación en algo, elegir telas o escuchar una conferencia, telefonar a Clara para que le hiciese compañía, a fin de no encontrarse sola y llena de ansiedad, tendida en aquel sillón.

Era la primera vez que Odette sentía una emoción semejante. A los diez y siete años había estado completamente contenta, contenta de ser ya una verdadera mujercita, a la que podían amar y que, seguramente, amarían los muchachos. Más tarde había sentido una especie de sorpresa y de agradable orgullo al enterarse de que la pretendía el barón Vanquelin, un hombre maduro y seductor.

¿Por qué razón se encontraba tan emocionada en aquel momento? Entonces es que amaba de veras, bien de veras, a aquel señor de Ansauvillers, ¡a Mauricio! ¿Por qué le amaba? ¿A causa de qué? Entre los demás aspirantes a su mano, muchos eran tan distinguidos, tan interesantes, tan buenos mozos como él. ¿Por qué amaba sólo a él? No lo sabía. No podía explicarse aquel gran misterio de la pasión. Y estaba inquieta, asombrada, encantada.

Llamaron.

Hubiera querido correr a la puerta. Tuvo que seguir sentada. A veces resulta bien enojoso ser una persona bien educada y pertenecer a cierta clase de la sociedad.

Se puso de pie. Apretó el botón eléctrico. Se presentó Sabina; Odette preguntó:

—¿Quién ha llamado?

—Una señora que trae billetes de una rifa.



- Para la señora o para mí.
- Para la señora.
- Si viene la señorita Vimereux, hágala pasar.
- Está bien, señorita.

Odette acercóse a la ventana. Con el brazo levantado para apoyarse, con el puño en los pliegues del cortinaje, el busto erguido, contemplaba la avenida.

El viento, de vez en cuando, hacía rodar las hojas. Estas se detenían, se alzaban de nuevo, palpitaban aún, cual pequeños seres vivientes que agonizan. Los cadáveres amarillos quedaban, por fin, parados, expuestos a las pisadas de los transeúntes, que los aplastaban en las aceras y en medio de la avenida.

Había pocos peatones en aquel barrio de gente rica, impropio a los negocios. ¿A dónde iban? ¿A dónde va toda la gente apresurada que se encuentra en el centro de las ciudades?

Vió abrir la verja del hotel de enfrente para dejar paso a un coche con dos caballos. Pensó: «La baronesa Tillier va de visita.» Era una señora muy anciana, conocida de todo el barrio por vivir en él desde hacía muchos años. Salía y entraba todos los días a las mismas horas, con la regularidad de una vieja maniática.

Las brumas del ocaso subían lentamente por detrás de las casas. La obscuridad invadía las habitaciones. Odette cogió dos leños de la leñera y los arrojó a la hoguera agonizante. Aplastaron los tizones que acabaron de consumirse.

Entonces se agachó y, con la ayuda de las tenazas, rehizo la hoguera, cuyas llamas eleváronse claras y oscilantes, haciendo aparecer rosa y luminoso el atento rostro de la joven, que tuvo que apartarse por el intolerable calor. Y recordó el dicho popular: «¡Es preciso estar enamorada para saber arreglar bien el fuego!»

Ella lo había sabido arreglar, y sonrióse ante esta idea.

Llamó de nuevo.

Púsose en pie. Mandó entrar a la doncella.

- Sabina, haga el favor de cerrar los postigos. Encienda la luz. ¿Quién hay?

- El conde de Ansauvillers, señorita. ¿Hay que traer el té?

- No, gracias; no tengo hambre. Puede usted retirarse.

Odette se paseó de un extremo al otro de la habitación. No conseguía permanecer sentada ni siquiera dos minutos.

¡Si por lo menos ha sabido hablar a papá y a mamá! ¡Que les guste! ¡Que no se deje impresionar por lo solemne del acto! ¡Que conteste hábilmente a las preguntas! Hubiese querido estarle detrás para dictarle las palabras, alentarle, prestarle el esfuerzo de su presencia y la ayuda de su fina comprensión de mujer, de futura compañera, amante, dispuesta y abnegada.

Oyó marcharse a Mauricio de Ansauvillers, y luego cómo avanzaba su padre a lo largo de los corredores. Persignóse rápidamente, como en el colegio:

- ¡Dios mío, ayudadme!

- Odette, ¿estás aquí?

- Sí, papá.

Entró. No tomó asiento, y dijo:

- Creí que estabas fuera. El señor de Ansauvillers acaba de marcharse. Ha venido a pedirnos tu mano.

Lanzó un «¡ah!», como si no esperase aquella petición. Y permaneció erguida, las manos heladas, delante de la chimenea. El señor Angerolle añadió:

- ¿Qué hay que contestarle?

Ella creyó que no podría hablar. Su voz se le atragantaba.

- ¡Hay que decirle que sí!

Entonces el señor Angerolle abrió la puerta, dió unos cuantos pasos y gritó:

- ¡Matilde!

La señora Angerolle se presentó.

- La nena quiere casarse con el señor Ansauvillers.

Sentáronse los tres. La mamá fué la primera que habló:

- ¿Qué pronto te has decidido, Odette. ¿Lo has pensado bien, querida?

- Mamá, hace tiempo me dí cuenta de que el señor de Ansauvillers me hacía la corte; de modo, que he podido reflexionar acerca de ello.

- ¿Conoces, por lo menos, la situación del señor Ansauvillers? El príncipe sólo le da seis mil francos al año. ¡No tiene fortuna alguna!

¡Siempre la posición, de la que todos hablaban!

Odette replicó:

- Pero como yo llevaré de dote quinientos mil francos.

- Sería mejor que los llevases a un joven que tuviese alguna fortuna y una lucrativa profesión.

- ¡Pero, papá, si el señor Ansauvillers, que no tiene dinero y que es un buen médico, hubiese podido tomar un buen piso, en un barrio de lujo de París y amueblado ricamente, ganaría ahora mucho dinero!

- ¿Quién te dice que no piense en casarse para hacer todo esto, precisamente?

Odette pensó en los proyectos de Mauricio. Palideció un poco. Tenía rabia a su padre por haber pronunciado aquellas palabras, pero encontró argumentos contra ellas.

- ¡Eso es! ¡Cuando uno no es rico siempre sospechan de él, siempre le acusan y le condenan! ¡Hay que dar pruebas de toda clase de virtudes! ¡Ni siquiera tienen el derecho de amar a quien quieren! Y aun en el caso de que el señor de Ansauvillers tenga el proyecto de poner una clínica, de crearse una clientela, ¿qué probaría? ¡Que quiere trabajar, que quiere triunfar! ¿Es que todo esto debe impedirle necesariamente que me quiera?

Cogió con las dos manos su melena de cabellos de oro, y sacudiéndola, aplastando los rizos contra su cabeza, dijo con fingida indignación:

- ¡Miradme! ¡Mirad a vuestra hija! ¿Tan fea soy que no puedan enamorarse de mí?

Sus padres sonriéronse ante la exhuberancia de aquella linda criatura: ¡ante su hija! Odette terminó de aquel modo su apóstrofe:

- Y todos los pasantes de abogado o de notario que durante dos años seguidos me habéis ido presentando, ¿qué buscaban? ¡Mi dote, para comprar un estudio! Y vosotros encontrábais aquello muy bien, porque eran pasantes de abogado o de notario. No me amaban. Y él... ¡me ama!

- ¿Te lo ha dicho?

Odette replicó con acento de una profunda certeza:

- ¡Estoy segura de ello!

La señora de Angerolle observó, con la solicitud de las madres que han conocido la vida y las desilusiones, porque todos los hombres son iguales:

- ¡Ten cuidado, nena mía; cuida de no engañarte y no cedas a un capricho pasajero! ¡No quisiera verte desgraciada!

El marido y la mujer se miraron. Y sus ojos parecían decirse: «¿Qué te parece? ¿Hay que ceder? ¡Sí, puesto que ella lo quiere!»

El señor Angerolle añadió, sin embargo, con la unción persuasiva de abogado, que en otro tiempo empleaba en los actos de conciliación.

- Siempre te hemos asegurado que te dejaríamos en libertad de elegir, siguiendo los impulsos de tu corazón. Todas las observaciones que ahora te hacemos son en interés tuyo. Tanto tu madre como yo hemos dedicado nuestra vida a tu felicidad. Te suplico, te suplicamos que lo pienses bien.

- Papá, te lo repito, he reflexionado bien sobre ello. Mi dicha está en casarme con el señor de Ansauvillers.

Contestaron en tono resignado, porque aquella unión destruía sus secretas esperanzas:

- Está bien.

El señor Angerolle añadió:

- Transmitiré tu contestación al señor de Ansauvillers.

La señora de Angerolle se levantó. Odette se arrojó a su cuello. Las dos se abrazaron largamente. La joven besó a su madre, con pasión. Y ella, que no se engañaba respecto a la vehemencia de aquellos besos, repetía, mitad feliz por aquella dicha, mitad inquieta ante el porvenir:

- ¡Querida! ¡Querida nena!...

Porque comprendía perfectamente que su hija era demasiado delicada, demasiado sensible, demasiado sincera para no tener que sufrir mucho, muchísimo durante la vida.

VIII

El señor de Ansauvillers volvió al día siguiente para enterarse de su suerte.

El papá y la mamá se encerraron con Mauricio en el despacho.

Odette adivinó que los tres iban a hablar de intereses, señalando la cuantía del dote, las señas de los inmuebles y la lista de los valores que lo integraban. Papá diría, insistiendo sobre la última palabra: «Caso a mi hija bajo el régimen dotal». Y añadiría al final de esta frase y de algunas otras de igual importancia: «¿Comprende usted?»

Era su muletilla de antiguo abogado, acostumbrado a sortear los ardidés del código, a señalar, en medio de los términos bárbaros y caducos de la jerga judicial, el párrafo peligroso, la cláusula pérfida, el contrato leonino: «¿Comprende usted?», quería decir: «Voy a traducirle en buen francés todo esto, escuche y fórmese usted una opinión»; lo cual significaba a su vez: «No se lo explico todo; no comprenderá mi idea, porque no es usted del oficio; pero trate de darse cuenta de la jugarreta que vamos a hacer al adversario»; y todo aquello quería decir, en lo relativo a Mauricio de Ansauvillers: «¿Comprende usted, joven? Yo soy un zorro viejo y un padrazo. Defiendo los intereses de mi hija. Se la doy a usted porque ella le ama. Pero no tocará usted un cuarto de su dote. Ya me arreglaré para ello. ¿Entendido? ¿Me comprende usted?»

¡Cómo defendía a su pequeña Odette! No quería que se encontrase en un día como aquel molestada por las antipáticas cuestiones de dinero, y le preparaba con solicitud un porvenir dichoso, mientras ella esperaba en un cuarto, frente a la chimenea. ¡Dentro de un instante, no tendría que hacer nada más que entrar en el salón, tender la mano a Mauricio y ser feliz!

(Continuará en el número próximo.)



que en ciertos casos empleaba su difunta abuela, que los dedos de los pies de Dudley se agitaron inquietos dentro de sus zapatos. Sus párpados se abrieron y se cerraron rápida y repetidamente.

—Es que... Yo creía que estaba usted enterada de todo.

—Yo no estoy enterada de nada.

—Pero ¿no le ha enviado a usted Bobbie un telegrama?

—No me lo ha enviado. Sin contar que no tengo ni idea de quién es Bobbie.

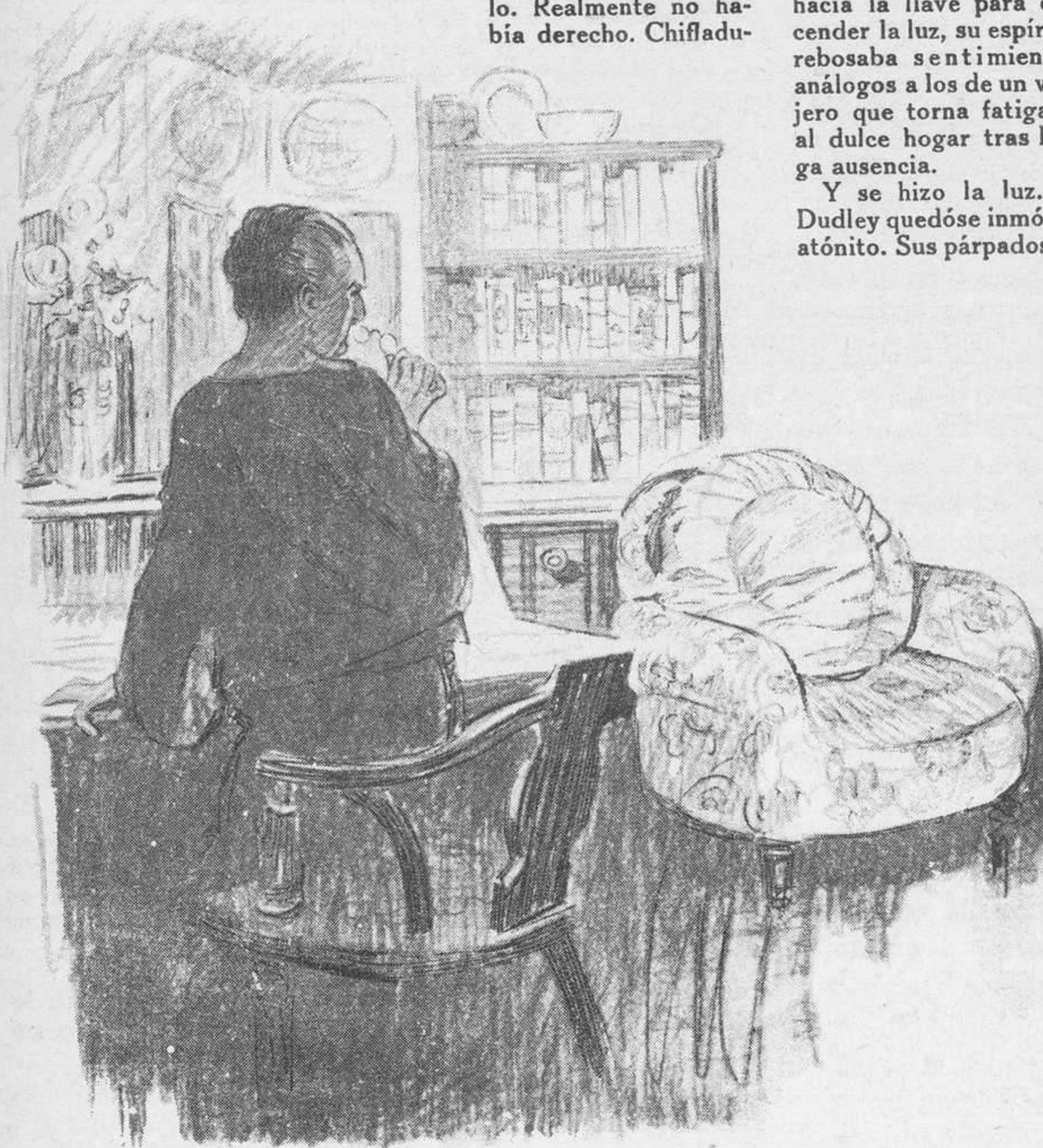
—Miss Wickam quise decir. Su hija de usted, Roberta, me ha invitado a venir y me ofreció prevenirle a usted por teléfono. ¡Diantre de olvido! ¡Qué chica! ¡Qué chica! ¡Diantre de olvido! ¡Es toda una ocurrencia enviarme a su casa y no avisar! ¡Qué chica! ¡Qué chica!

Por segunda vez en aquel día Dudley encontraba una sombra en la perfección de su ídolo. Realmente no había derecho. Chifladu-

conmovía. Su frac sería la varita de virtudes. Porque hay que reconocer que en Londres hay cierto número de sastres capaces de mal pergeñar una especie de sayal con colas; pero hay uno solo capaz de modelar, de cincelar un frac airoso, perfecto, irreprochable, bello como un amanecer en el estío. Y ese artista era el sastre que gozaba el privilegio de vestir a Dudley. Sí; Dudley, al entrar en el cuarto azul, palpaba la certeza de aplastar veinte minutos más tarde a la enfurruñada suegra en perspectiva.

En el breve instante que permaneció en el dintel a oscuras, su imaginación adivinaba con regodeo aquel frac magistral cuidadosamente extendido sobre la cama; y cuando se dirigió hacia la llave para encender la luz, su espíritu rebosaba sentimientos análogos a los de un viajero que torna fatigado al dulce hogar tras larga ausencia.

Y se hizo la luz. Y Dudley quedó inmóvil, atónito. Sus párpados se



ra o frescura, el caso era fantástico. Jamás hubiera él supuesto que Bobbie pudiera...

—¡Ah! —dijo Lady Wickam—, ¿es usted amigo de mi hija?

—Tengo ese honor.

—¡Ah!, vamos... Y ¿dónde está Roberta?

—Dijo que vendría en el auto.

A través de los labios de Lady Wickam cruzó un leve chasquido de impaciencia.

—La chifladura de Roberta está progresando de un modo insoportable.

—¡Hum!... ¡Ejem!... —murmuró Dudley—. Claro, que si estorbo..., ¿comprende?, no tiene usted más que decirme una palabra, ¿comprende?, y tomo el portante hacia el hotel más próximo.

—Nada; nada de eso, míster...

—Finch.

—Nada de eso, Mr. Finch. Tengo mucho gusto en recibirle. —Y lo dijo y le miró como a una babosa repugnante que hubiese interrumpido uno de sus inspirados éxtasis en la rosaleda del jardín. Llamó al timbre—: Simmons —dijo, cuando acudió el mayordomo—, ¿en qué cuarto ha puesto usted el equipaje de Mr. Finch?

—En el cuarto azul, Milady.

—Haga el favor de enseñarle el camino. Querrá vestirse para cenar. Cenamos a las ocho, Mr. Finch.

—Perfectamente —contestó Dudley, que empezaba a sentirse un poquito más animado. La vieja era un pajarraco imponente; eso era positivo; pero ¿qué duda cabía?: en cuanto él se presentase dentro de su magnífico frac, de su frac deslumbrador, ya veríamos si no se

abrían y cerraban con inusitada rapidez.

Pero por mucho que parpadeaba, el horrendo espectáculo que se presentaba ante su vista no se dignaba variar ni el más mínimo detalle.

Lo que estaba extendido sobre la cama no era su frac: era la más lúgubre colección de prendas de vestir que en su vida había visto. Parpadeó una vez más, como pudiera hacerlo

en campaña el destacamento encargado de una empresa peligrosa y desesperada, y trémulo, pálido, avanzó.

Ya junto al lecho, permaneció unos instantes contemplando aquellas cosas inmundas, mientras sentía helarse su horrorizado corazón. Leídos de izquierda a derecha los objetos alineados sobre la cama eran los siguientes: un par de calcetines blancos de burda lana; una gigantesca corbata, «de lazo hecho», púrpura y reluciente; una especie de blusa marinera de jerga azul; un pantalón bombacho y, por último —y esto era lo que a los ojos de Dudley daba a todo el conjunto su matiz más infausto y desesperante—, un sombrero chiquitín de marinero, con su barbuquejo y su cinta en torno, en la que se leía, en gruesos caracteres, la inscripción *H. M. S. Indefatigable* (1). En el suelo yacían un par de enormes zapatones de color con hebillas y correas.

Dudley saltó al timbre.

Acudió un criado.

—¿Llamaba el señor?

—¿Qué..., qué es esto? —tartamudeó Dudley frenético.

—Es lo que contenía la maleta del señor.

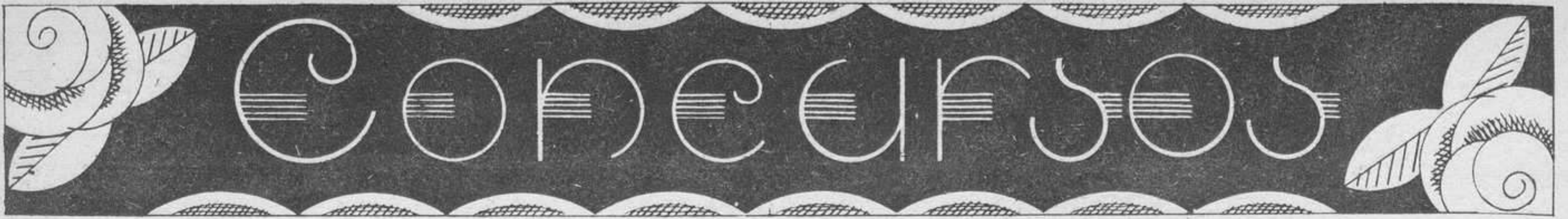
—Pero mi frac, mi frac, ¿dónde está mi frac?

—En la maleta no había frac, señor.

(Continuará en el número próximo.)

(Traducción del inglés por RAFAEL CALLEJA.)

(1) Del barco *Infatigable*, de la flota de Su Majestad. Inscripción de los gorros y sombreros de los marinos ingleses.—(T.)



LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

I. Un bueno y un mal recuerdo.

¡Hay tan pocos buenos recuerdos! Con un presente desgraciado, el buen recuerdo se torna malo por la fuerza del pesimismo que brota de la comparación. Lo que se echa de menos, amarga el hoy y no sirve para nada. Aquí de la negación del buen recuerdo cuando se vive un presente triste. Y viceversa. Pero como hay que anotar un caso, diré que el hecho que hubiera podido constituir para mí el mejor recuerdo, sucedió el día en que tuve valor para romper con un novio impuesto por la familia, y a quien yo no quería. Y el peor, una tarde hermosa de verano en la Sierra, cuando oí al hombre a quien yo amaba locamente declararse a otra mujer.

II. Mis preferencias y mis antipatías.

Tengo pocas, pero las más caracterizadas son las que siento por el deporte y por el amor. Me gusta lo bello sobre todas las cosas; pero hay bellezas de bellezas. Por eso me encanta el hombre bello en alma y en inteligencia, el que lleva dentro de sí más parte espiritual que material. El alma «masculina» del todo (y perdonen la paradoja) me horroriza. Un hombre que no llevase dentro de sí algo del espíritu de la mujer, creo que resultaría un marido grosero, sin ninguna ternura, sin esa encantadora delicadeza que es el mimo más humanamente divino con que sueñan las mujeres espirituales.

En el deporte, me apasiona el fútbol, porque es viril y retazón a la vez, porque es brusco y artístico al mismo tiempo, y sobre todo porque es un deporte de amor propio.

¿Quieren ustedes la indiscreción de una confidencia? Pues allá va:

Me gusta el Real Madrid, lo mismo cuando gana que cuando pierde, porque sabe ser caballeroso siempre.

Mis antipatías no las necesito citar. Vuelvan la medalla del revés y aparecerá, con respecto al amor, el hombre bello de cara, pero fatuo y grosero. En el fútbol, Bilbao y Barcelona. Y ustedes perdonen...

III. Un deseo y un temor.

¿Quién se atreve a desear una cosa sin el terrible temor de no alcanzarla? Mi gran deseo, pues, sería el poder desear siempre, sin miedo a una desilusión. Y mi temor, esta amarga desilusión que acecha continuamente.

MAGG.

I.—Un mal recuerdo: Las enfermedades de mi hija.—Un buen recuerdo: Su nacimiento.

II.—Mis preferencias: La música, las ocupaciones caseras; también los viajes.—Mis antipatías: La mala literatura, las malas películas.

III.—Un deseo: Alcanzar la perseverancia.—Un temor: No obtener la salvación. Pero no la mía, sino la de la Humanidad; ¡la de todos los hombres!

J. de C.
Madrid.

1.^a Un bueno y un mal recuerdo: ¿Qué mejor recuerdo para mí que las caricias de mi madre? ¿Qué peor recuerdo que haberla visto en agonía y... muerta?

2.^a Mis preferencias: El trato con personas intelectuales, elegantes y dignas.—Mis antipatías: Las gentes que huelen mal, ineducadas, ignorantes y groseras.

3.^a Un deseo: Ganar el cielo.—Un temor: Perderle.

«ALMA GAZULES».
Toledo.

1 Mi mejor recuerdo: No tener ninguno, porque me vería obligada a vivir pendiente de él. Y es signo de vejez espiritual vivir la vida de los recuerdos. La juventud, la salud y la fortaleza miran siempre hacia adelante.—Un mal recuerdo: El de un amor que «no fué» por cobardía...

2 Mis preferencias: Se cifran en una bella toaleta de corte impecable.

Mis antipatías: Odio el bigote en los dos sexos.

3 Un deseo: Un chiquillo, mío, mío, mío... Y de su padre, naturalmente.

Un temor: Tengo miedo..., miedo a que este hijo, que no me ha nacido, venga algún día a pedirme la felicidad...

OJOS OSCUROS.
Málaga.

¿QUÉ ES FLIRTEO?

El flirteo, generalmente, no suele ser más que una «pose» que adopta la mujer para dar envidia a sus amigas y establecer una competencia entre sus admiradores.

MAGG.

Según muchas, el flirt tiene todas las ventajas del noviazgo y ninguno de sus inconvenientes; pero según yo, «es una frágil embarcación que, engañando con su marcha suave y graciosa, naufraga poco después en alta mar, cuando ningún auxilio puede llegar a los pasajeros que lleva a bordo».

ALICIA.

El flirt es un juego de azar que suelen comenzar las niñas entre risas y acabar de mujeres entre llanto cuando, habiendo perdido la partida, tienen que dejar en prenda su corazón.

NEUCA.

El flirt es un peligroso juego que emplean algunas mujeres para conocer a los hombres, y en el cual suelen, por el contrario, dejarse conocer ellas mismas.

NENIÑA.

Flirtear es mostrar interés cuando un «plan» no nos interesa; en cuanto comienza a interesar, deja de ser flirt para convertirse en algo muy molesto...

ROSEANA.
Biarritz.

Yo no he flirteado jamás, y me he casado tres veces. Ni sé lo que es, ni me interesa, como ustedes comprenderán.

A. G.
Castellón.

Flirteo es un pasatiempo de sonrisas, suspiros y palabras... cruzadas.

YO MISMA.
Badajoz.

¿Qué es flirteo? Pues una cosa muy barata, que puede costar cara.

R. A.
Avilés.

Flirteo es el jugueteo con que se divierte el espíritu femenino.

ADELA.
Rivadesella.

PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

Problema número 6

PREMIOS

por

Pesetas **1.000** en metálico

- 1.º =500 pts.=500 pts.
- 2.º =200 pts.=200 pts.
- 3.º =100 pts.=100 pts.
- 4.º a 7.º = 25 pts.=100 pts.
- 8.º a 17.º =10 pts.=100 pts.

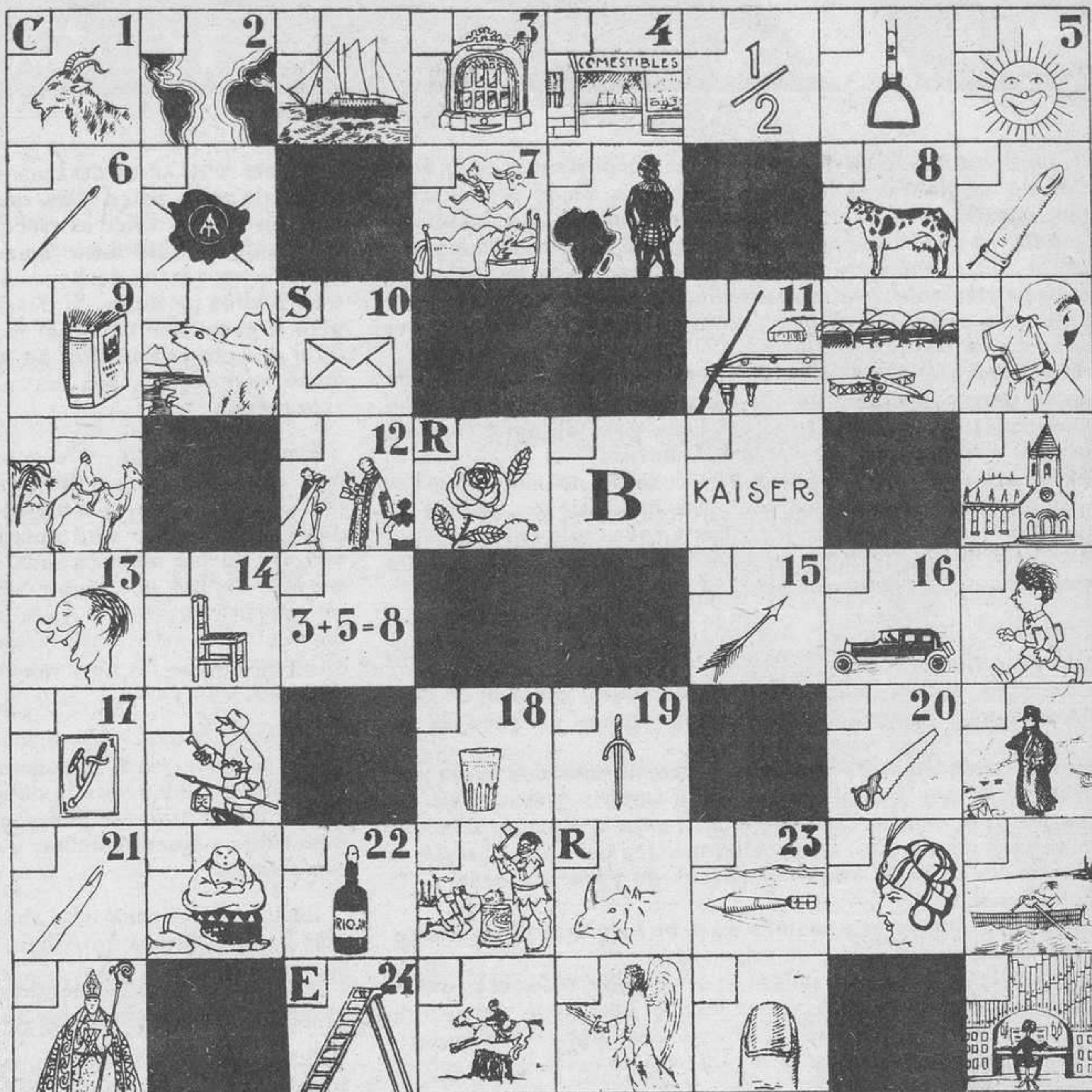
Total 1.000 pts.

El entretenido pasatiempo de las PALABRAS CRUZADAS, difundido por el mundo entero con inusitada rapidez y éxito sin igual, consiste en una figura (rectangular o no) hecha con cuadrados blancos y negros. Los blancos corresponden a letras que forman palabras. Los negros son puntos de división entre unas y otras palabras. Hasta ahora se daba como orientación para buscar las palabras una alusión a su significado, hecha no sólo con deliberada vaguedad, sino con propósito de despistar o dificultar la solución. Decíase, por ejemplo: «Se usa para pescar», y la palabra resultaba ser MANO, que, en efecto, se usa para pescar, y también para dar enérgicos puñetazos... Por primera vez en España damos nosotros las PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS. En ellas cada cuadrado contiene un dibujo representando un objeto cuya primera letra corresponde con la del cuadrado mismo. Trátase, pues, de adivinar qué representan los dibujos contenidos en los cuadrados y de ir colocando las letras correspondientes en los cuadraditos en blanco colocados a la izquierda de cada cuadrado.

Las letras deben formar palabras no sólo en sentido horizontal, sino en el vertical también.

Las palabras empiezan siempre en un cuadrado de esquina o desde un cuadrado numerado. Terminan siempre en un cuadrado de esquina o en un cuadrado negro. Nunca una palabra continúa de una línea a otra.

Sólo van sin número aquellos cuadrados que encierran en sí toda la palabra. Para facilitar la solución, se indica en algunos cuadrados la letra que les corresponde. Se advierte que entre estas palabras cruzadas hay a veces algunas abreviaturas muy conocidas como: S. M. - Pts. - R. A. - R. O. - etc.



Condiciones del Concurso

1.º Consta de catorce problemas que se publicarán simultánea y semanalmente en MUJER y en CHIRIBITAS, revistas ambas de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A. El Concurso es único para las dos revistas, pero basta con ser lector de una de ellas para poder tomar parte en él. El mismo problema se publicará los miércoles en MUJER y los sábados en CHIRIBITAS.

2.º La solución de cada problema se escribirá en los cuadrillos blancos que hay para ese objeto a la izquierda de cada cuadro grande.

3.º Las catorce soluciones se enviarán juntas al final del Concurso. Las que se envíen sueltas serán desechadas.

4.º Cada lector podrá enviar una o varias series de soluciones a los

catorce problemas si encuentra varias que se ajusten exacta o aproximadamente a los dibujos publicados. Si envía varias lo hará en sobres separados.

5.º Un concursante no podrá obtener más de un premio.

6.º Las soluciones se habrán de escribir con claridad y precisamente sobre el dibujo recortado de una de las dos revistas MUJER o CHIRIBITAS. Las que se reciban confusas o hechas sobre calcos, etc., serán desechadas.

7.º Los premios serán adjudicados en todo caso; si nadie envía soluciones completamente exactas, los premios serán—por su orden—para aquellos cuyas soluciones se aproximan—por su orden también— a la exactitud. En cambio, si hubiese varios concursantes que enviaran todas las soluciones exactas o con igual aproximación, el premio se dividirá o se

sorteará, según lo que, a juicio del Jurado, proceda, en vista de la cantidad y circunstancias de los concursantes cuyas soluciones coincidan.

8.º Los nombres de los premiados se publicarán en MUJER y en CHIRIBITAS tan pronto como se hayan podido clasificar las soluciones recibidas.

9.º El plazo para enviar las soluciones caducará dos meses después de publicado el último problema.

10.º No se mantendrá correspondencia acerca de este Concurso. Tomar parte en él supone someterse a sus condiciones y renunciar a toda posible reclamación.

11.º Ningún redactor de CHIRIBITAS ni de MUJER, ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja» podrán ser premiados en este Concurso.

PASATIEMPOS

LOCUCIÓN

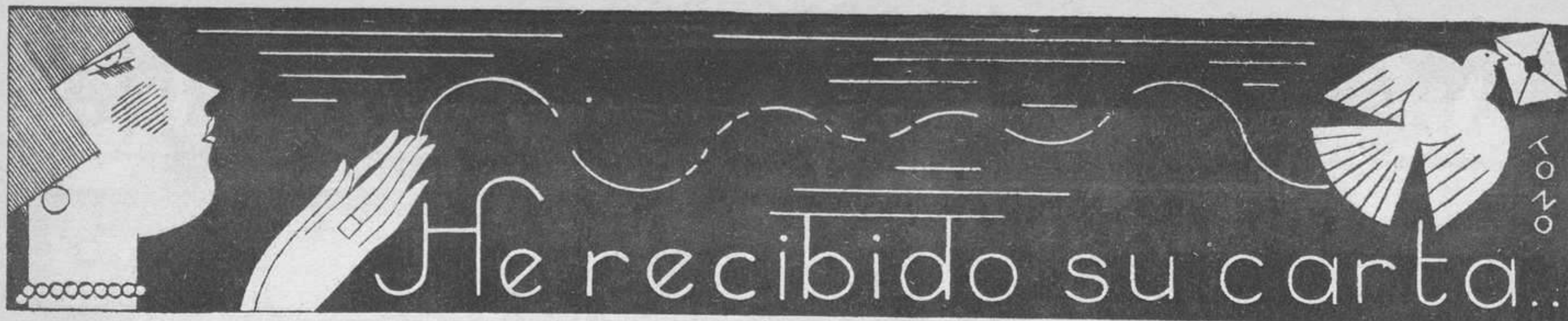
Los pescadores salen al mar. Interrogan al cielo con la mirada inquieta.

¿Volverán todos? Y si vuelven, vendrán cansados de cuerpo y alma, después de un día de fatigosos trabajos, sin haber apresado nada en sus redes.

JEROGLÍFICOS

OCEANO
OCEANO
OCEANO
FALTAN DOS LETRAS





ROSA DE PITIMINI.—Una de las cosas más importantes en la conservación de las plantas es la hora de regarlas. En la primavera y el otoño, cuando es necesario conservar el calor del día durante la noche, se regará por la mañana, a fin de que el sol tenga tiempo de calentar el tiesto antes de que llegue la frescura de la noche. En verano, es conveniente, por el contrario, regar por la noche, para que la frescura, saludable en esta época del año, pueda conservarse toda la noche en las raíces.

En las tardes del estío se pueden regar alguna vez las hojas de las plantas; pero nunca durante el amanecer, porque si las hojas no están bien enjutas cuando salga el sol, cada gota de agua formará una mancha, y si la planta tiene muchas, morirá.

En el invierno debe tenerse mucho cuidado de no mojar las hojas de las plantas colocadas dentro de las habitaciones, porque se pudrirían rápidamente y morirían. En esta época sólo se ha de regar lo preciso para que no se seque la planta y se mantenga la frescura de sus raíces.

ANA BOLENA.—Para la conservación del terciopelo existen innumerables procedimientos.

Las manchas de barro se quitan cepillándolo, con hiel de vaca disuelta en agua hirviendo, y a la cual se agrega un poco de alcohol.

Las manchas de esperma o de cera se mojan repetidas veces con alcohol de 90 grados, que disuelve toda la materia grasa y deja reducido a polvo lo demás. Con este mismo objeto, algunas personas aplican rebanadas de pan, bien ahumadas, que derrite y absorbe la grasa; pero nunca debe usarse el consabido papel de seda ni la plancha caliente.

Cuando el terciopelo está mojado no debe limpiarse ni cepillarse, porque se aplastaría el pelo y se estropearía.

Para quitarle el polvo y la pelusa, que se adhieren, sobre todo a los sombreros, conviene utilizar un hisopo, hecho con una tira de crespón inglés usado, enrollada. Otro sistema consiste en frotarle con arena lavada, muy fina y bien seca, que se quita luego con un cepillo muy suave.

Para levantarle el pelo, lo mejor es humedecerle por el revés con agua caliente y plancharle por el mismo lado, mientras otra persona lo sostiene en el aire.

FLOR DE NIEVE.—Ahí va el plan minucioso que me pide para adelgazar:

Parte negativa:

1.º Nada de beber agua, *sobre todo en las comidas.*

2.º Debe suprimir en absoluto de su alimentación las féculas —patatas, garbanzos, lentejas, judías blancas, etc. etc.—; las grasas, las salsas, las golosinas, el chocolate, la cerveza y el pan del día.

3.º Nada de dormir la siesta.

Parte positiva:

1.º Debe desayunarse muy ligeramente.

2.º Puede comer carnes asadas, verduras —espárragos, judías verdes, berenjenas, alcachofas, etc.—, y, sobre todo, mucha lechuga —cocida y luego con vinagreta, o muy ligeramente rehogada con un poco de aceite, la lechuga debe ser, por sus virtudes nutritivas, la base de su alimentación—; macarrones, huevos pasados por agua; frutas ácidas —naranjas, fresas, cerezas, manzanas, etcétera...—; café sin azúcar, tomates, pan muy tostado.

3.º Si tiene sed entre las comidas, tome te frío con limón; si tiene hambre, coma una fruta.

4.º Después de cada comida, levántese inmediatamente, y no se vuelva a sentar hasta transcurrida, por lo menos, media hora.

5.º No deje pasar ni un solo día sin andar unas dos o tres horas; si no está acostumbrada a hacer ejercicio, empiece por una hora y siga progresivamente.

6.º Le convienen los baños fríos, los masajes y las fricciones.

7.º Los deportes más adecuados son el «tennis», la equitación y el «golf».

8.º Por la mañana, al levantarse, y por la noche, antes de acostarse, tumbese *en el suelo* y «ruede» durante diez minutos de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda. Este ejercicio es insuperable para la conservación de la línea.

9.º Si no les teme a los medios enérgicos, quédese un día a la semana a dieta láctea, tomando, además, por la mañana un vaso de magnesia bisurada; y

10.º Use siempre faja y sostén, no de punto, ni de tul, ni de seda o *coutil*, sino de goma.

Yo casi me atrevo a responderle de que siguiendo este plan, adelgazará notablemente, no de repente, lo cual sería perjudicial, incluso peligroso, pero sí poco a poco. Y —esto es lo esencial—, adelgazará sin debilitarse, sin sufrir y sin atracarse de tiroidina y demás drogas infernales que están costando la salud y la belleza a tantas infelices mujeres de esta generación.

A su disposición me tiene para servirle lo mismo en lo «frívolo» que en eso «serio» y «formal» que me anuncia, no sin gracioso retintín.

LA DEL COLLAR DE CEREZAS.—Si el defecto está aún tan poco pronunciado como usted dice, quizá sea posible remediarlo; pero... ¡si viera usted que difícil es eso! Pruebe usted lo siguiente: unos fomentos de algodón en rama mojado en agua fría, todas las mañanas, durante un cuarto de hora. Y, desde luego, recobrar cuanto antes esos 3 kilos perdidos. Si desea que le indique el medio, dígame, pero dígame también cual es, actualmente, su peso y su estatura. Si el defecto en cuestión no se corrige, entonces lo más eficaz, lo único casi seguro, son los masajes eléctricos en casa de un buen especialista.

PAQUITA... Y PON.—De goma, o, al menos, de punto de goma. Es muy conveniente que lleve siquiera dos aceros muy flexibles delante, para que no se arrugue, ni tome la forma del cuerpo, lo cual daría un resultado contraproducente. Bien hecha, a la medida, le aseguro que no molesta nada; no deje de llevarla, por que no basta ser esbelta; hay que seguir siéndolo, y para ello no descuidar esta precaución elemental. Además, la higiene se ha reconciliado por completo con estas fajas modernas que nada tienen que ver con los antiguos corsés. La inmensa mayoría de los médicos están de acuerdo sobre este punto.

LA REINA MORA.—No estoy de acuerdo con usted y creo que no tiene motivos para desesperarse. El encanto singularísimo de la piel olivácea bien vale la delicadeza del cutis sonrosado, y el pelo negro, liso y brillante posee, por lo menos, tanto atractivo como el pelo rubio y fosco. Créame, no se tiña; lo lamentaría usted... demasiado tarde.

IDEAL.—En el tomo «Le charriot d'or». En efecto, es uno de los más bonitos versos de Albert Samain.

XXX.—Lavados frecuentes con agua clara; luego, espolvorear con polvos de talco, comprados en caja cerrada, y nada más.

B. S.—Esmalte, no le aconsejo ninguno; más o menos adolecen todos ese defecto a que se refiere usted. Es mucho mejor una pasta o piedra; las hay excelentes, se lo afirmo. Rojo, es de muy mal gusto; lo mejor, es el brillo sonrosado.

CARMEN.—Sí, se seguirá llevando; pero me parece poco apropiado para morenas.

UNA MUJERCITA SERIA. - No; está traducido.

C. N. DE R.—Completamente inofensivo.

UNA INGÉNUA.—No me parece mal sistema. Pero, ¡cuidado con extremar las cosas! Eso degenera fácilmente en ñoñez y entonces se hace intolerable. Si he de serle franca, lo mejor me parece siempre la sinceridad y la sencillez. Además, es lo más fácil... y lo más raro.

R. D.—Con amoníaco y agua templada.

COPELITA.—Nunca pura; siquiera con un poco de zumo de limón y agua de rosas.

CONCHITA.—De cabritilla combinada con piel de ante y también la piel de lagarto o la de cocodrilo.

UNA LECTORA ASÍDUA.—Es usted demasiado amable. Muchas gracias por las frases encantadoras que dedica a MUJER; sí, desde luego, mándelo.

BERLANGA.—1.º Esos masajes, y todos los masajes, deben ser hechos por personas especializadas en la materia. 2.º Otro procedimiento es el de ciertas tiras de goma, que se llevan en casa durante una hora o dos al día, y que, a la larga, afinan bastante. También existen unas tiras de goma finísima, color de carne, invisibles debajo de la media, y que hacen aparentar la pierna más delgada. 3.º Lo mejor son los baños o fomentos de agua fría, en la que se disuelven unos polvos de alumbre. 4.º La moda, menos cruel de lo que usted cree, admite ahora medias más oscuras que las de antes —sobre todo en color ocre—, que son el mejor de los paliativos para disimular la forma defectuosa de las piernas. Pero si es usted bonita —y adivino que lo es—, tenga la seguridad de que quien la mira la cara se olvida de un defecto completamente secundario, y cuya importancia usted exagera.

LA DAMA ANÓNIMA.—Nos honraremos publicando sus preciosos trabajos en «La página de las lectoras» cuanto antes nos sea posible.

ANTONIO MORALES.—Eso que usted desea no encaja en la sección, ni en la revista. Crea que de veras nos duele, cada vez que tenemos que oponer esta respuesta a una petición de esta índole; cada vez... ¡y son tantas!

S. R. y M. T.—Lo mismo que a Antonio Morales.

E. M.—Idem.

MARIANO Y ANTONIO. (Larache).—Idem ídem.

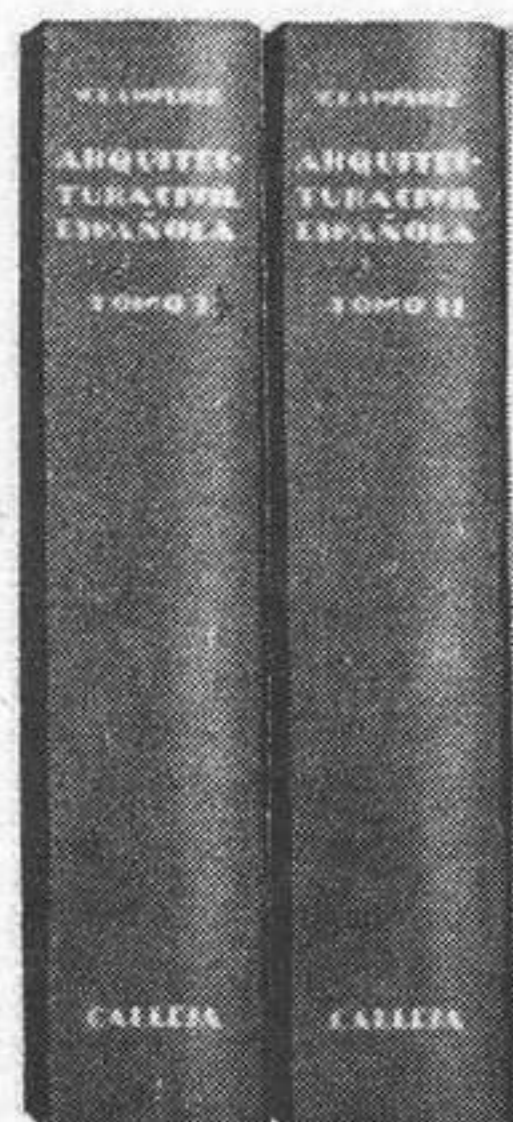
ARQUITECTURA CIVIL ESPAÑOLA

DE LOS SIGLOS I AL XVIII

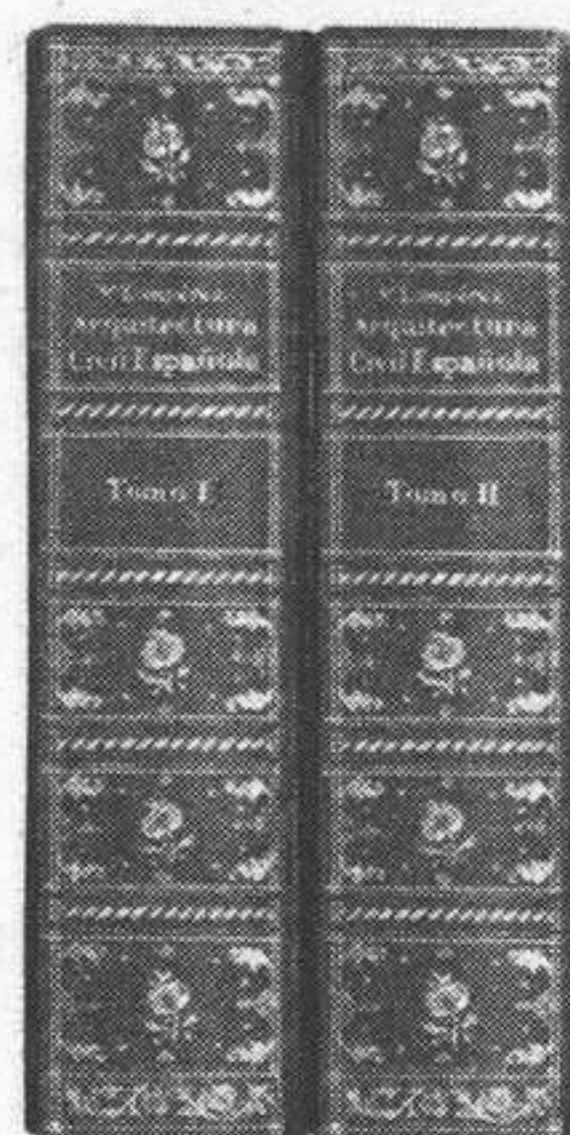
POR

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA CON EL PREMIO FASTENRATH

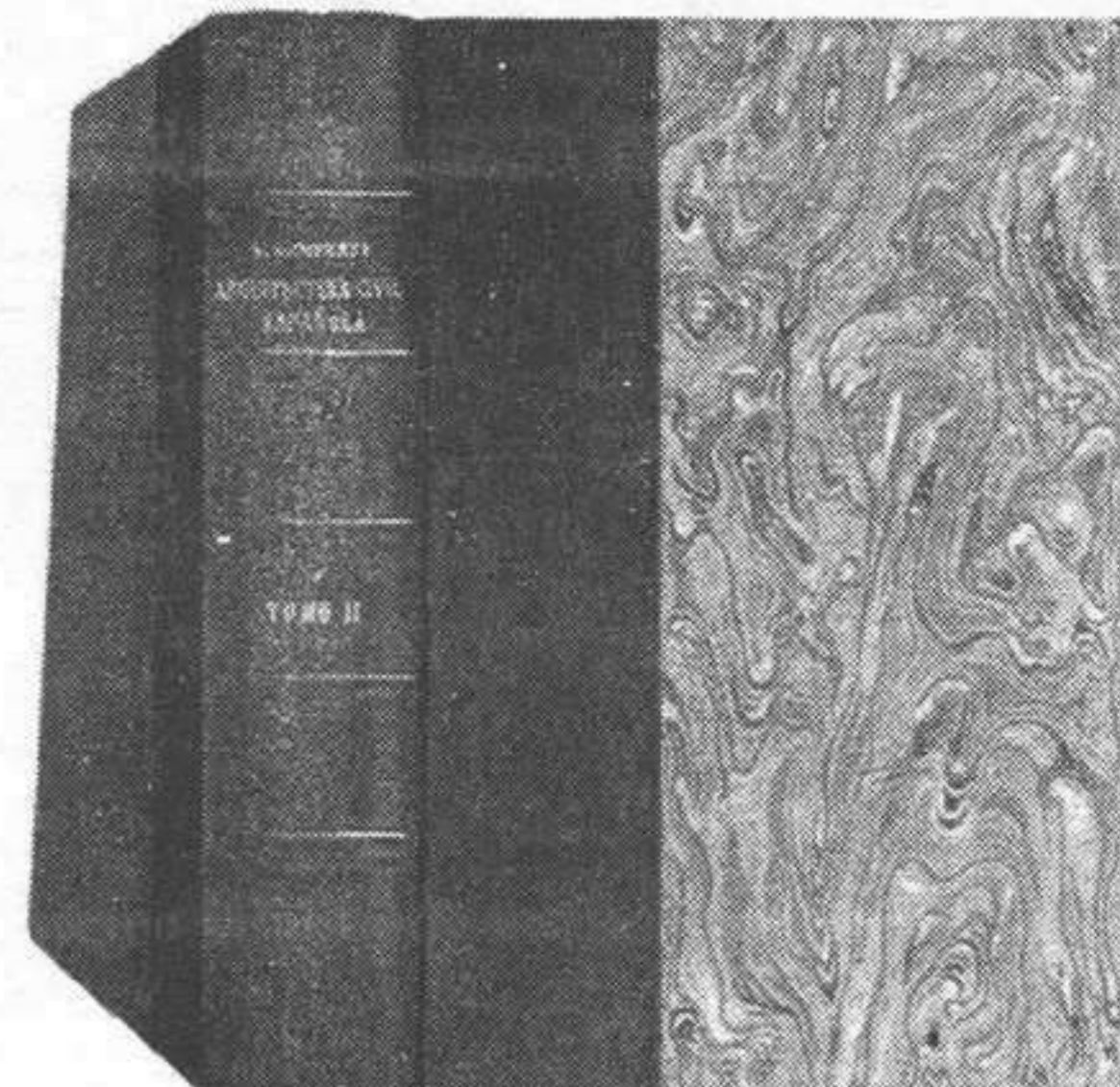
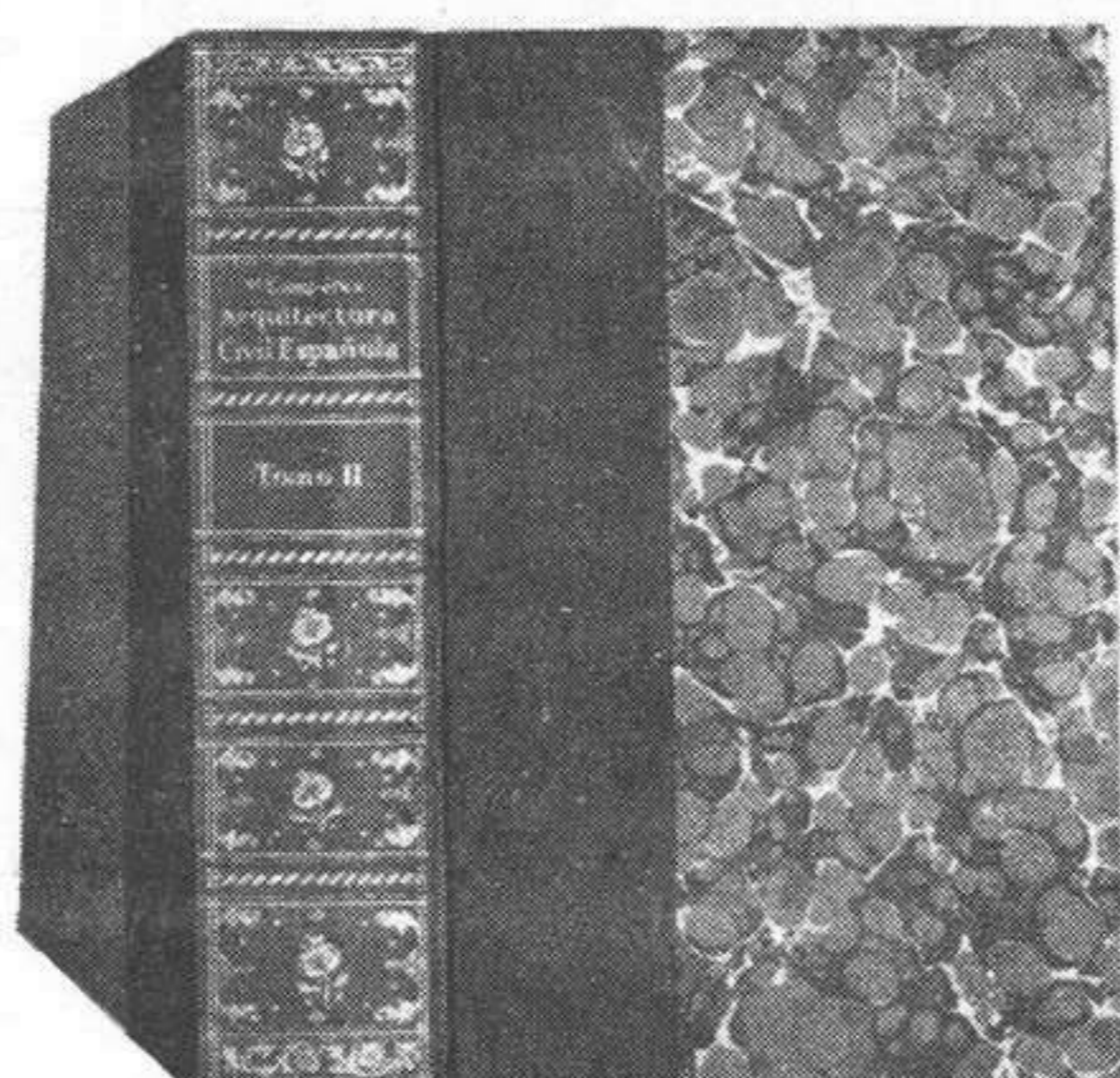
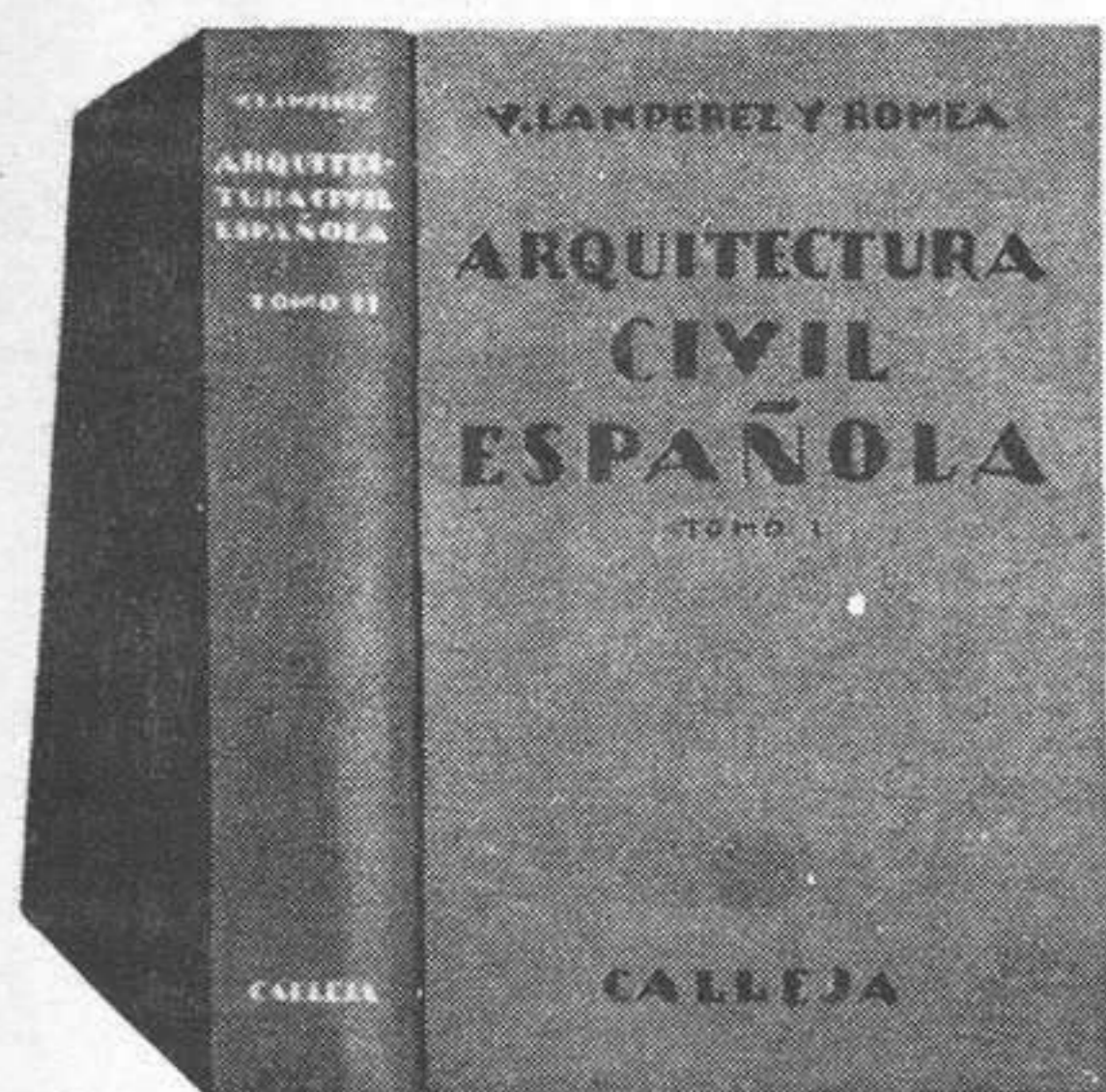


**DOS MAGNÍFICOS
TOMOS CON 1.162
GRABADOS EN PAPEL
COUCHÉ**



Nadie desconoce la personalidad ilustre de Lampérez. Un libro, en el que aquel sabio maestro enfoca con la luz poderosa de su insuperada autoridad cada monumento de la riquísima colección desparramada por España, es algo excepcional en mérito y en interés, y nada podría añadirse para encomiar el uno y el otro si no cupiera agregar que la documentación gráfica de la obra es de una esplendidez tan inusitada, que ella sola representaría un tesoro de información y de arte, aunque no tuviera trenzados en torno suyo los juicios certeros, los comentarios luminosos del maestro Lampérez, de inolvidable memoria. Nadie puede preciarse de amar el Arte español, *primus inter pares*, sin haber estudiado estos dos volúmenes sustanciosos y riquísimos.

DOS TOMOS CON 1.320 PÁGINAS, DE 289 × 200 mm.



En rústica, **125** pesetas.
En tela, **137** pesetas.

En medio chagrín, **155** pesetas.
En chagrín fino, **175** pesetas.

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

BIBLIOTECA

A U R E A

COLECCIÓN LITERARIA DE LA FAMILIA

LA MÁS SELECTA :: LA MÁS LUJOSA :: LA MÁS BARATA



TOMOS DE 400 O MÁS PÁGINAS, CON DOBLE CUBIERTA Y UN DIBUJO A TODO COLOR DE LOS MEJORES DIBUJANTES

TÍTULOS PUBLICADOS

M. Maryan. *Caminos de amor.*
— *Amor atormentado.*
— *Orgullo de casta.*

M. Thiery. *La flor venenosa.*
J. de Coulomb. *La cruz luminosa.*
M. Aigueperse. *El desquite.*

CADA TOMO
3,50 pesetas.



EN P R E N S A
NUEVA EDICIÓN DE

J. de Coulomb. *Feminismo.*
E. Marlitt. *La segunda mujer.*
M. Aigueperse. *Las fases de una vida.*
M. Maryan. *La novela de una heredera.*

V. Monnot. *Rafaela de Merans.*
— *El diario de Margarita.*
— *Margarita a los veinte años.*

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A., Apartado 447.—MADRID